

Otero Silva Miguel

Oficina N 1



calibre 0.9.32

Sinopsis

La novela narra el nacimiento de un campo petrolero en torno al pozo Oficina N° 1, primero del oriente de Venezuela, el cual fue perforado por la 'Venezuelan Gulf'. La novela sigue la transformación del pozo en un pueblo petrolero, que en la vida real corresponde a la ciudad de El Tigre, y su desarrollo anárquico. Esta novela es una continuación de Casas muertas.

MIGUEL OTERO SILVA

Oficina N° 1

Editorial Seix Barral, S.A.

Sinopsis

La novela narra el nacimiento de un campo petrolero en torno al pozo Oficina N° 1, primero del oriente de Venezuela, el cual fue perforado por la 'Venezuelan Gulf'. La novela sigue la transformación del pozo en un pueblo petrolero, que en la vida real corresponde a la ciudad de El Tigre, y su desarrollo anárquico. Esta novela es una continuación de Casas muertas.

Autor: Miguel Otero Silva

©1975, Editorial Seix Barral, S.A.

Colección: Nueva narrativa hispánica

ISBN: 9788432213717

Generado con: QualityEbook v0.60

OFICINA N° 1

MIGUEL OTERO SILVA

CAPÍTULO I - RUPERT

CRUZARON caminos, trochas, arenales, lechos de rios, matorrales y barrancos. Las maderas del camión rechinaban a punto de cuartearse en cada salto sobre pedregales y desniveles. De repente, el vehículo cojeaba de una de sus cuatro ruedas. El chofer trinitario se llevaba ambas manos a la cabeza y gruñía sordamente:

—Oh, God!

Después descendía sin prisa, resignado y silencioso, a reparar el daño. En un cajón guardaba los hierros mohosos que le servían para desmontar y volver a montar las ruedas. Doña Carmelita y Carmen Rosa bajaban del tinglado ayudadas por la mano que Olegario les tendía desde tierra. Caminaban unos cuantos pasos por entre pajonales chamuscados y buscaban amparo en la sombra del árbol más cercano.

—No llegaremos a ninguna parte

—rezongaba la madre sin

—renunciar de un todo a la idea de un eventual regreso al pueblo en ruinas que dejaron a la espalda.

—Llegaremos

—replicaba la hija.

Olegario permanecía junto al trinitario para observar su trabajo y alargarle los hierros que no estaban al alcance de su mano. La rueda maltrecha iba quedando en el aire, levantada en vilo por los dientes de acero de un pequeño instrumento herrumbroso. El trinitario desajustaba tuercas con sus metálicos dedos negros. Faltaba todavía extraer el neumático, localizar la pinchadura, adherirle un parche humedecido con un líquido espeso, esperar que se secara el emplasto, inflar luego la goma con los silbidos de una bomba endeble y lustrosa, reponer la rueda en su sitio, ajustar las tuercas, hacer descender lentamente el engranaje que mantenía el equilibrio. Todo un largo proceso que se repetía una y otra vez porque Rupert no llevaba consigo neumático de repuesto. Y aunque lo hubiese llevado, aquella ruta agresiva y abrupta parecía defender sus terrones con navajas y espinas.

—Si pasas en invierno es peor

—le decía Rupert a doña Carmelita, a manera de consuelo y tuteándola como tuteaba a todo el mundo, ya que en Maracaibo no le mencionaron la palabra usted cuando le enseñaron español

—. Entonces llueve como en el infierno, tú te trancas en el pantano tres noches seguidas y no pasa un alma que te remolque.

Y seguían dando tumbos hasta el próximo reventón. En el tragaluz de un recodo surgía inesperadamente un rancho de palma y bahareque. Tres niños desnudos, caritas embadurnadas de tierra y moco, barriguitas hinchadas de anquilostomos, piecitos deformados por las niguas, corrían hasta la puerta para mirar a los viajeros. Luego el camión atravesaba sabanas resacas, sin un árbol, sin un charco de agua, sin un ser humano, sin la sombra huidiza de un pájaro.

Con la noche llegaron a un pueblo y encontraron posada. Madre e hija compartieron el alambre sin colchón de una camita estrecha y al amanecer despertaron sobresaltadas cuando cantaron los gallos, lloró un niño en un cuarto vecino y tartamudeó impaciente desde la calle la bocina del camión de Rupert.

—Hay que ir hasta Santa María de Ipire de un tirón

—explicó el trinitario, sin dar los buenos días, mientras encendía el motor a golpes de manubrio

—. Y el camino es tan malo como el de ayer.

Era peor, indudablemente. Apenas un brazo de sabana por donde pasaba el ganado desde hacía muchos años. Las pezuñas asolaron la paja y sembraron una ancha cicatriz terrosa que cruzaba la llanura. El camión saltaba como un caballo rabioso. Al segundo pinchazo, la flema del trinitario comenzó a presentar síntomas de quebrantamiento.

—Shit!

—gritó entre dientes.

Olegario intuyó que había pronunciado una palabra inconveniente y lo miró con severidad. Pero doña Carmelita no entendía inglés, y además, en ese momento manoseaba abstraída las cuentas de un rosario y rezongaba incansablemente: «y bendito sea el fruto de tu vientre, Jesús».

En cuanto a Carmen Rosa, pensaba. Por vez primera desde que decidió abandonar las casas muertas de Ortiz, la iglesia muerta, la escuela muerta, el cementerio donde también su amor había quedado muerto y enterrado, por vez primera sintió miedo. La silenciosa soledad de aquel descampado, el bamboleo indeciso y mortificante del torpe carromato, un horrible pajarraco negro que voló largo tiempo sobre sus cabezas como si señalara un camino, el rezo quedo y lastimoso de su madre, todas esas cosas juntas la arredraron. Quizás habría sido más juicioso quedarse entre los escombros a vivir su sentencia de morir de fiebre, a esperar como las casas su destino de agobio y de desintegración. Quizá tuvieron razón la maestra Berenice y el cura Pernía cuando calificaron de insensatez y desvarío sus propósitos de escapar hacia regiones desconocidas. Quizás estaba arrastrando a su madre y arrastrándose a sí misma en pos de una aventura desatinada al borde de la cual acechaban peligros y maldades. Pero quizás era todavía tiempo de detenerse, de ordenarle a Rupert que regresara a Ortiz.

—Oiga Rupert...

—comenzó a decir en voz alta.

—¿Por qué lloras hija?

—le preguntó doña Carmelita asustada, temblequeando en el filo de una avemaría trunca.

Recordó entonces que el único recostadero de la madre era su fortaleza, su no volver atrás camino andado, que si le fallaba ese soporte la pobre vieja se vendría abajo como una enredadera al derrumbarse la pared que la sostiene.

—Estaba pensando en Sebastián

—respondió.

Y se puso a pensar realmente en su novio muerto para seguir llorando.

Durmieron en Santa María de Ipire y emprendieron una nueva jornada, el rumbo puesto siempre hacia el Oriente. Acamparon la noche siguiente en Pariaguán, en la posada de una mujer gorda y parlanchina que no ocultó su asombro ante la inusitada presencia de aquella señora tan respetable y de aquella joven tan bonita trepadas a un camión en mitad de los llanos, como dos fugitivas.

—Les voy a dar el mejor cuarto de la casa

—decía mientras caminaba con ellas por los corredores

—. Por aquí nunca pasa gente tan distinguida como ustedes. ¿Son de Caracas, por casualidad? Yo tengo un primo hermano en Caracas que ha montado una magnífica botica, la mejor de Candelaria según me cuentan. ¿Qué quieren que les sirva para la comida? Aunque la verdad es que solamente tengo huevos para freír y arroz blanco que siempre hay. ¿Qué vinieron a hacer por estos lados? ¿Van para Ciudad Bolívar? Hubiera sido mejor que tomaran un barco en La Guayra, aunque se marearan. Es más cómodo y se conoce mundo. Creo que hasta se pasa por Trinidad. Este aguamanil está casi nuevo y las bacinillas no las ha usado nadie todavía. Les voy a traer un jabón de olor. La cama es la del difunto Romualdo, mi marido, ¿saben ustedes? un hombre muy bueno, que en paz descansa. Si quieren bañarse, pueden hacerlo detrás de la casa. Hay tina, agua del río y totuma. Y un tabique de tablas para que no la vean a uno los curiosos...

—Gracias

—interrumpió Carmen Rosa fatigada.

Volvieron a salir de madrugada. La dueña de la casa se levantó antes que ellas y se vistió de limpio para la despedida. Las acompañó hasta los listones del camión e inclusive las besó en los cabellos al decirles adiós entre suspiros como si se tratara de familiares o de antiguas amigas. Todo sin parar de hablar:

—Tengan cuidado con el sol. No se quiten los sombreros ni un momento, si no quieren pescar un tabardillo. Hoy amanecí con la maldita puntada en el hígado que no me abandona desde que se murió el pobre Romualdo. No se imaginan qué contenta estoy de haberlas conocido. ¡Adiós, señora Villena, no se olvide de rezar un padrenuestro por el alma de Romualdo, de vez en cuando! ¡Adiós, señorita Carmen Rosa, antes de casarte piénsalo bien porque eres muy linda y tienes derecho a escoger lo mejorcito! ¡Que San Celestino las acompañe por esos caminos...!

Cuando el camino

—cruzó la primera esquina, la mujer seguía repartiendo consejos y adioses desde su puerta. En un principio las había impacientado el torrente de palabras, la infundada familiaridad de aquella

desconocida. Pero luego recibieron ambas cosas con bondadosa tolerancia y más tarde, cuando se adentraron en las sabanas y volvieron a ser presas del silencio y la soledad, llegaron a añorar el parloteo inconexo de la dueña de la posada.

La ruta seguía siendo detestable, pero ya no valía la pena pensar en eso. Aunque al bordear una meseta todo cambió y el camión comenzó a correr alegremente como una cabrita cuando la libran de las amarras. Esta de ahora era una carretera apisonada por herramientas y acondicionada por manos humanas, no senda abierta por las patas de los animales en éxodo. Se sorprendió Rupert en el volante, se sorprendió Olegario a su lado, se sorprendieron las mujeres en la tarima. Y todos comentaron risueñamente aquel imprevisto deslizarse sin saltos por encima de una superficie lisa y racionalmente orientada.

A Carmen Rosa se le secó la sonrisa cuando vislumbró en la lejanía el motivo del inesperado bienestar. Una larga hilera de hombres se alzaba a cada lado del camino. A medida que el camión se aproximaba eran más precisos los rasgos de los brazos prolongados al cielo por la continuidad del pico que esgrimían; se divisaba en detalle las ropas andrajosas que los cubrían, el grillete que les encadenaba los tobillos, las barbas hirsutas y amarillas de polvo, finalmente los ojos. Cuando estuvieron frente a ellos, los forzados detuvieron un instante el trabajo para verlos pasar.

Rupert, atemorizado, hundió el acelerador. Ante las dos mujeres desfiló raudamente un friso angustioso de miradas de presos, melancólica la una, rabiosa la otra, desesperada aquella, inexpresiva o enferma la última. Uno de los forzados gritó palabras cuyo sentido exacto no captaron porque un latigazo le silenció la mitad del grito. Carmen Rosa no logró apartar los ojos de los doscientos desventurados sino cuando fueron apenas una mancha parda y se sepultaron en una vuelta del camino.

Un trecho más allá el camión volvió a dar bandazos por entre hondonadas y peñascales. Se escucharon las maldiciones intraducibles de Rupert y se detuvieron otras cinco veces mientras el trinitario reparaba unos neumáticos que ya no tenían sitio libre para costurones y parches, o se asomaba al motor para investigar el origen de una vibración extraña, o se afanaba en atajar un humillo espeso y hediondo a chamusquina que se colaba por los resquicios de las hendidias metálicas.

Ni un rancho ni un vehículo en sentido contrario, ni un hombre a caballo, ni el canto del aguaitacamino, ninguna señal de vida durante largas horas, Apenas una culebra invisible como el viento estremeció el pajonal. Lentamente habían entrado a una llanura extensa sobre la cual campeaba un solo tipo de árbol, el mismo árbol que se reproducía aquí y allá, sin variar su tamaño, ni el retorcimiento de sus gajos, ni el tono de sus verdes. Tanto se repetía a sí mismo sobre tan invariable llanura que los viajeros llegaron a experimentar la sensación de que cruzaban y recruzaban idéntico trecho, sin avanzar un palmo.

—Son chaparros

—dijo Olegario.

Eran árboles de mediana altura, más bien bajos que altos, más bien arbustos que árboles, cuyos troncos se ramificaban en múltiples brazos tortuosos, como raíces gigantescas que hubiesen crecido hacia arriba. De intensas hojas verdes cuando las tenían, grotescos pulpos de madera cuando estaban desnudos. Sin flores para ataviarse, sin frutos para la sed de nadie, tan torcidos que nunca servirían

para apuntalar un techo, tampoco darían buen fuego sus nudosos leños escuálidos.

Millares de chaparros verdes o reseco se esparcían en rebaños por el extenso descampado. Un penacho de humo blanqueaba a lo lejos, deshilachado por el viento.

Guiados por el humo se aproximaban a un campamento de lona plantado en el corazón de la sabana.

—¡Aló! ¡Aló! ¡Aló!

—¡Listos!

—¡Aló! ¡Aló! ¡Aló!

—¡Listos! ¡Listos! ¡Listos!

—¡Uno!

—¡Dos!

—¡...Y tres!

El estampido de una explosión sacudió el mediodía y un surtidor de tierra se elevó por encima de los chaparrales. Tres hombres habían corrido a guarecerse bajo el tinglado de un camión rojo. Terrones y peñascos rebotaron sobre la paja de la sabana como lanzados desde lo alto por una mano poderosa. En el interior de otro camión rojo, una aguja en movimiento registraba sobre una cinta de papel los estremecimientos que el estallido había despertado en los hondones de la llanura.

A un kilómetro de distancia, en lo alto de un camión rojo igual a aquéllos, el americano George Wilkinson, un gigante pecoso que había dejado mujer e hijos en Kansas City, iba sentado sobre una caja de dinamita. A su lado, de pie sobre el entablado del camión y mirando hacia el horizonte como si estuviera en el mar, se hallaba Arturo Villarroel, un margariteño silencioso, su ayudante.

Súbitamente

—nadie se explica ni podrá explicarse nunca cómo pudo suceder aquella desgracia

— una lengua de fuego pequeñita, una chispa tan solo, se introdujo en el recipiente de explosivos y un estampido pavoroso se mezcló con la naciente llamarada.

—God damn it!

—gritó Francis J. Taylor, jefe de operaciones, cuando divisó, desde la puerta del campamento

de lona, aquel extraño relámpago que alumbraba la lejanía. Saltó al estribo del camión más cercano y gritó al chofer:

—¡Corra! ¡Rápido! ¡En aquella dirección!

Detrás de él corrieron todos, ingenieros, capataces, obreros, los chinos del servicio, las mujeres de la posada, el comisario, los perros. Encontraron el camión volcado a la orilla de una trocha, quemado y retorcido el metal del techo, hecha trizas la parte posterior. El chofer, un negro costeño increíblemente ileso pero atontado por el estruendo y el porrazo, se quejaba con el rostro sudoroso latiendo sobre la paja seca. Los otros dos hombres habían volado en fragmentos. Al pie de un chaparro distante hallaron el cráneo sanguinolento, el rostro desfigurado del margariteño Arturo Villarroel, que iba mirando al horizonte como si estuviera en el mar. Mucho más lejos, a quinientos metros de la explosión, apareció una bota vacía, sin destrenzar, del americano George Wilkinson, que había dejado mujer e hijos en Kansas City. La otra bota no la encontraron nunca.

La gente se arremolinaba alrededor del vehículo tumbado, sin saber qué hacer. En el primer instante ninguno deseaba ir en busca de los horribles pedazos dispersos de los dos cadáveres. El propio mister Taylor, siempre tan seguro de sí mismo, siempre tan tajante en sus órdenes de mando, se mantuvo cinco minutos en silencio, vacilante como todos los otros. Finalmente se sobrepuso y habló, pero sin su habitual acento autoritario:

—Recojan al negro y llévenlo al campamento de lona. Debe estar muy aporreado.

Y un momento después, el capataz Luciano Millán:

—Vamos a buscar los huesos de los otros dos. Hay que enterrarlos.

En ese punto llegó el camión de Rupert. Pero aquellos hombres desconcertados no se dieron cuenta de su presencia sino algunos minutos más tarde, cuando Carmen Rosa y doña Carmelita, ya integradas al grupo en zozobra, interrogaban a diestra y siniestra con ojos suplicantes:

—¿Qué ha pasado? Por Dios, ¿qué ha pasado?

Nadie les respondió porque ninguno deseaba hablar de lo que había sucedido. Solamente mister Taylor, el primero en sosegar, les preguntó tras un largo intervalo:

—¿Qué traen en ese camión?

—y señaló los bultos que se amontonaban en el entarimado.

Doña Carmelita guardó silencio.

—Cosas de comida y bebida. También telas y ropas...

—respondió por último Carmen Rosa.

Ya se habían llevado al chofer golpeado. Ya Luciano Millán y su cuadrilla recogían los restos de los dos muertos. Ya la gente comenzaba a dispersarse calladamente. La mujer de Arturo Villarroel se fue a llorar al rancho.

—Si venden esas provisiones, se las compro a buen precio

—dijo Taylor.

Carmen Rosa meditaba, o tal vez dudaba, antes de responder. El americano le ofreció entonces otra solución:

—También pueden quedarse aquí y montar una tienda que nos hace falta. En mi opinión, tendremos trabajo y gente por largo tiempo en esta meseta.

—¿Quedamos aquí?

—y Carmen Rosa extendió la mano hacia la sabana despoblada

—, ¿Dónde?

—Un indio del Cari les hace una casa en dos días por sesenta bolívares.

—Mister Taylor había recobrado totalmente su aplomo y no pensaba más en los dos hombres muertos

—. Y si no tienen los sesenta bolívares en efectivo, la Compañía se los presta, Carmen Rosa seguía retardando su respuesta. Doña Carmelita la miraba anhelante porque no deseaba quedarse en aquel lugar donde la muerte se había adelantado a recibirlas. Sin embargo, si Carmen Rosa aceptaba las proposiciones de Taylor, tendría forzosamente que acatar su dictamen, ¿qué otra cosa podría hacer?

—Mientras les construyen la casa

—argumentaba el jefe de operaciones pueden dormir en la de George Wilkinson que ha quedado sin dueño.

Y como al mencionar el nombre del artillero de sismógrafo que acababa de morir volvió a asaltarlo una turbación que lo desazonaba, que se le parecía al desasosiego de los cobardes, mister Taylor subió resueltamente al camión que lo había traído y dio orden al chofer de encender el motor y regresar al campamento. Carmen Rosa comprendió que era imprescindible responder algo.

—Nos quedaremos

—dijo entonces con voz clara y entera.

—Bien

—asintió el americano desde su asiento

—. Las espero en el campamento de lona para arreglar lo de la casa.

El camión del trinitario siguió las huellas del que conducía a mister Taylor. A la puerta del

campamento de lona, Rupert ayudó de buena gana a descargar los bultos. Luego dijo simplemente:

—Yo no me quedo aquí. Yo sigo hasta Caripito.

Carmen Rosa le pagó el viaje en monedas de plata y le regaló una botella de ron, El trinitario se aprovisionó de gasolina y perdió media hora conversando con un paisano suyo que trabajaba en la cuadrilla de Luciano Millán. Mencionaron a una tal Dorothy, conocida de ambos, y los dos negros rompieron a reír a carcajadas, en falsete. Luego Rupert se despidió de Carmen Rosa, de doña Carmelita y de Olegario y subió a su camión. Desde lo alto canturreó:

After Johnny eats my food,

y la caja de velocidades chirrió desagradablemente, como raspadura de un garfio de hierro sobre otro metal. El camión se movió desarticulado en el cruce del primer bache.

After Johnny drinks my rum,

Rupert había cambiado a segunda velocidad y su mano izquierda aleteaba en la ventanilla una postrera despedida.

After Johnny wears my clothes,

El camión, en tercera velocidad, se enrumbó al trote por sobre la planicie endurecida por el sol del verano. Rupert alzó la voz:

Johnny comes back and takes my wife.

Y se lo tragó la lejanía.

CAPÍTULO II - LUCIANO MILLÁN

PARA aquellos días no eran más de ocho los ranchos de palma de moriche plantados sobre la sabana. El más importante era el de Nemesio Arismendi, el comisario, un vendedor ambulante que llegó al lugar con las limitadas aspiraciones de liquidar una carga de cerveza. Fue designado comisario desde Cantaura a petición de la Compañía, porque ya estaba haciendo falta una autoridad en aquel campamento donde con frecuencia se reunían, jugaban a los dados y bebían aguardiente más de doscientos hombres. Nemesio Arismendi era un tipo hosco y seco, de muy pocas palabras, alto y desgachado, con la cara llena de barros. La Compañía le suministró un revólver y le pagaba también el

—sueldo de comisario, ya que nunca enviaron el dinero de Cantaura, pero Nemesio siguió vendiendo cerveza después del nombramiento y se colgaba el arma en la parte delantera de la faja para que se la vieran y lo respetaran. Nunca antes había sido autoridad policial ni nada parecido. Sin embargo, desde el momento mismo en que se supo comisario, se sintió a gusto dentro de su investidura y jerarquía, comprendió que era esa su real vocación, que no había nacido para otra cosa.

—Fue un verdadero acierto psicológico de la Compañía

—le dijo Guillermito Rada, pagador del personal, cuando vino a felicitarlo y a traerle la primera quincena.

Y los demás comenzaron a llamarlo coronel Arismendi.

También existía la posada de las hermanas Maita, una choza rectangular, considerablemente más larga que las otras. Las hermanas Maita llegaron de un pueblecito cercano con el humilde propósito de venderle unas gallinas a la Compañía. Se quedaron allí y montaron posada, invitadas por mister Taylor, como luego lo fuera Carmen Rosa. Julia y Petra Maita eran dos mujeres rezanderas pero útiles. La mayor sabía pegar botones, zurcir remiendos, cortar y coser camisas y pantalones de hombre. La menor cocinaba para los obreros en grandes calderas y servía el hervido en platos de peltre. La mesa era un tablón alongado, sostenido en sus extremos por dos horquetas clavadas en la tierra apisonada del corredor. San José serruchaba un madero y bendecía a los comensales desde una estampa de colores, tapado con vidrio para que no lo cagaran las moscas.

Estaba en pie igualmente el rancho

—cantina y gallera

— del tuerto Ulises Montero. A ese personaje no lo invitó a quedarse mister Taylor, como era de suponer, pero se quedó por su cuenta y riesgo. Al fondo del primer cuarto, medio visibles en la penumbra de un rincón, se alineaban en el suelo las botellas de ron, los frascos de aguardiente

preparado con hierbas y trozos de frutas, los vasos de vidrio tosco para servir las bebidas. Al tuerto Montero no le faltaba un ojo sino que tenía velado el izquierdo por una nube turbia y tenebrosa. Había construido un círculo de troncos de palma, con fines de gallera, tangente a uno de los costados de la casa. Ganaba casi siempre en las peleas de gallos, como ganaba en el dado corrido como ganaba en el dominó y en la cruceta, y empleaba un tono sarcástico y humillante a la hora de cobrar las apuestas. Se contaba que había llegado huyendo de Guayana, después de un pleito entre caucheros que concluyó cuando dos de ellos fueron asesinados por la espalda; pero nadie en el campamento, ni la Compañía, ni el comisario Arismendi, se tomó la molestia de averiguar si tal historia era cierta. Se contaba también que sus propios gallos le tenían miedo y retrocedían asustados cuando les llevaba el maíz y el agua. Y no era para menos. El domingo anterior a la llegada de las Villena, por ejemplo, se presentó un campesino de Pariaguán con un gallo tuerto en una busaca, dispuesto a jugarlo.

—¿Quién me suelta otro gallo tuerto para estar parejo?

—preguntó medio en broma.

Y Montero fue calmosamente en busca de uno de sus gallos

—uno blanco muy bonito que había comprado en La Canoa

—, le sacó un ojo de una dentellada y lo soltó al centro del círculo de palmas, mientras decía sin restañar el hilillo de sangre que le cruzaba los labios:

—¡Ahí lo tiene! ¡Tuerto contra tuerto!

Si se recorría un kilómetro, por el camino que llevaba al río, se desembocaba en el campamento de moriche. Era un largo corredor techado de palma, sostenido el techo por grandes horcones. De los horcones colgaban sus sesenta chinchorros los trabajadores del sismógrafo, o sus veinte los hombres de los levantamientos topográficos, cuando les tocaba acampar en las cercanías.

Al aparecer el sismógrafo, la sabana adquiría bullicio de pueblo en domingo. Se animaba la posada de las Maita, llegaban mujercitas de quién sabe dónde, se jugaban gallos buenos en la casa del tuerto Montero, y el comisario Nemesio Arismendi disparaba unos cuantos tiros al aire para que todo el mundo supiera que estaba armado.

Las otras cuatro chozas de moriche fueron construidas por obreros margariteños. No satisfacía a los margariteños la vida nómada del sismógrafo, ni el alojamiento transitorio en los campamentos inestables. Ellos llegaban a los lugares para quedarse, para levantar casa propia, para fundar algo, para tener mujer y hacerle un hijo.

—La primera casa que despuntó en esta sabana, cuando todo era solamente paja y chaparros, fue la mía

—solía decir el capataz margariteño Luciano Millán.

Después hizo la suya Arturo Villarroel, el ayudante dinamitero, y en ella una pobre mujer lloraba ahora su muerte.

En tres días estuvo en pie y techada la casa de las Villena. Dos indios del Cari trabajaron en silencio, casi sin alzar los ojos.

—Esto no puede llamarse casa

—sentenció doña Carmelita.

Y tenía razón. Casas eran aquellas de Ortiz, con sus zaguanes esterados de piedrecitas blancas y huesos de ganado que entretejían iniciales y arabescos; con sus corredores familiares refrescados por el aliento húmedo de los helechos; con sus amplias habitaciones enladrilladas, como de copetes torneados al centro, en la pared ventanas que daban a la calle, en un ángulo la imagen de Santa Rosa y la repisa para ponerle flores y encenderle velas. Casas eran aquellas con un jardín estallante de clavellinas y un patio posterior donde el pavo enamorado arrastraba el ala y enrojecía de gozo.

Carmen Rosa dijo de pronto, como si hubiese seguido palmo a palmo el recorrido del pensamiento de la madre:

—Aquellas casas de Ortiz son muy bonitas, mamá, pero se están cayendo solas.

Los dos indios llegaron el primer día con un burro que apenas se veía bajo su cargamento de palmas. De esa palma de los morichales del río, entretejida con bejucos y sujeta por alambres que aportó la Compañía, hicieron el techo y las paredes. Olegario contempló cómo abrían las zanjas que demarcaban los contornos del rancho, cómo afilaban a machetazos los vástagos de las palmas, cómo sembraban las púas de esos vástagos en las zanjas abiertas, cómo, quedaba erigida la mitad inferior de la pared vegetal. Los miró al día siguiente trenzar nuevas palmas a las ya plantadas, éstas de ahora con la púa del vástago hacia arriba para contemplar la pared y dejar al descubierto en alto los asideros del techo. Los vio, por último, entrecruzar las palmas del techo, afinadas en cuatro troncos de árbol, también traídos de las orillas del río.

De palma de moriche hicieron igualmente la puerta que se abría hacia la sabana y la otra puerta interior que conducía a una pequeña cocina, es decir, a un recinto oscuro en mitad del cual tres piedras redondas y simétricamente dispuestas invitaban a encender un fuego.

Fuera de la casa, a escasos metros, los indios excavaron un hoyo. Después lo cercaron y techaron de palma. Era la letrina.

Entonces fueron en busca de las dos mujeres y les dijeron:

—La casa está lista.

Se habían esmerado en construir el rancho más airoso de aquellos contornos, con las palmas más largas del moriche más alto. La casa se dividía interiormente en dos habitaciones, una destinada al comercio de víveres y otra que serviría de dormitorio. En esta última cabían estrechamente las dos

hamacas, el baúl y el aguamanil.

—Esto no puede llamarse casa

—volvió a decir doña Carmelita.

—Olegario dormirá a campo raso mientras encuentra dónde meterse

—resolvió Carmen Rosa, sin prestarle atención.

—Sí, niña

—contestó el viejo servidor.

Los dos indios se mantenían a distancia, sonreídos, orgullosos de su obra. Se les encaró Carmen Rosa:

—¿Y el baño? Falta el baño. Hay que hacer un baño en cualquier forma.

Sonrieron una vez más y, al cabo de pocas horas, la casa tenía baño. Levantaron una nueva celda de palma, adherida a la pared del fondo y trajeron del campamento de lona un tambor de petróleo vacío. Tomaron la trocha del río y regresaron con el burro cargado de agua en dos barriles, para llenar el tambor, y con una totuma recién pulida por mujeres de su raza.

Al atardecer apareció el capataz Luciano Millán, y sin que nadie le pidiera nada, comenzó a trabajar en ayuda de las Villena. Luciano Millán era un margariteño de rasgos blancos aunque de piel curtida, alto y forzudo, que conocía todos los oficios: carpintería, mecánica, manejar un tractor, capitanear un barco, matar reses. Llegó a la casa de las Villena, se remangó la camisa azul y se puso a deshacer los cajones que él mismo había traído y a martillar tablas. Volvió a la tarde siguiente, serruchó y clavó con igual ahínco y dejó en pie un mostrador y una armadura en cuyas maderas se leían letreros amenazantes en inglés: «Be careful», «Danger», «Dynamite».

—¿Cuánto le debemos?

—preguntó Carmen Rosa.

—¿Por qué me van a deber?

—respondió Luciano Millán

—. Si yo trabajé por mi voluntad, sin que ustedes me lo ordenaran. A voluntario no se le paga.

Rieron todos, el capataz, Olegario y las dos mujeres, y se pusieron a deshacer los bultos que había transportado el camión de Rupert. En los tramos de la armadura y sobre el mostrador recién claveteados por Luciano Millán resurgieron las mercancías que habían logrado salvaguardarse del naufragio de la que fuera tienda más surtida de Ortiz: las alpargatas, los sombreros de cogollo, las piezas de tela, las panelas de jabón, las botellas de anisado y cocuy, las ollas de peltre y hasta el

corset de mujer que nunca llegó a venderse en Ortiz y que allí tampoco encontraría comprador.

El primer cliente en llegar fue Julia Maita, la mayor de las hermanas Maita, haciendo equilibrio entre la curiosidad y el recelo. Entró, lo miré todo cuidadosamente y no pronunció palabra hasta tanto doña Carmelita le preguntó inquieta:

—¿Qué desea, señora?

—Una vela de a medio para San José

—dijo desafiante.

—Con mucho gusto

—sonrió doña Carmelita

—. Y, a propósito, ¿por estos lados no hay iglesia?

—Ni iglesia, ni cura en cuatro leguas a la redonda

—le informó desolada Julia Maita.

—¡Qué calamidad! Pero la verdad es que todo sitio es bueno para rezarle a Dios.

La desconfianza de Julia Maita se disolvió en resplandeciente alegría. En pocos minutos se puso de acuerdo con doña Carmelita para rezar juntas el rosario de los domingos.

—Nunca es una misa, pero siempre ayuda.

—La posada está completamente a la orden

—añadió desde la puerta, con una vela de a medio envuelta en papel de estraza

—. Podemos hacerles la comida mientras ustedes se acomodan.

Ya en su casa, comentó con Petra Maita, la hermana menor:

—Esas mujeres de la casa nueva son gentes de bien. ¿Quién lo hubiera pensado?

Y luego, ahogando una risita de arrepentimiento:

—Yo me había figurado que era una vieja vagabunda que traía a su hija para vendérsela a los americanos. ¡Perdóname, San José!

Carmen Rosa se asomó a la puerta porque una luna torrencial se volcaba sobre la llanura, convertía la paja seca en pelusas de oro y encendía láminas de bronce sobre la palma de los techos.

Junto a la casa del comisario distinguió una silueta corpulenta que se paseaba, y al hacerlo, recorría siempre el mismo breve trecho. Observó luego que tenía las manos atadas a la espalda y un pie también atado al tronco de un chaparro. Iba y venía, tasados sus pasos por la longitud de la cuerda. Era el Morocho Alegría

—ya se lo contarían las Maita a la mañana siguiente

—, que había peleado a puñetazos con sus compañeros de parranda. Entre cinco lograron someterlo, porque el Morocho Alegría era un toro enfurecido cuando los tragos se te subían a la cabeza. El comisario Nemesio Arismendi en persona, revólver en mano, lo llevó preso. Pero, como no disponía aún de calabozo donde encerrar gente, lo guardaba privado de libertad al aire libre, amarrado aun árbol, como una vaca. ¡A él, al Morocho Alegría, macho probado cien veces!

—¡Esta vaina no se le echa a un hombre!

—bufaba al cabo de cada caminata. Carmen Rosa volvió los ojos en dirección opuesta y los fijó en la casa del tuerto Montero. A pocos pasos de la puerta, sobre una cobija y a mano limpia, aprovechando la luz de la luna para economizar lámpara y velas, cinco hombres hacían correr los dados. El viento traía hasta Carmen Rosa dichos extraños, frases incomprensibles:

—*¡Paro ese fuerte por mitad!*

—*¡Maraquéeme los dados!*

—*¡Barajo tercio y parada!*

—*¡Topo a todos!*

—*¡Se peló el hombre!*

Más lejos, frente a la casa del capataz Luciano Millán, un corro hacía rueda a tres hombres sentados en cajones. Luciano Millán rasgueaba la guitarra ¡también sabía tocar la guitarra!, y los otros dos cantaban. Por encima de los gritos huraños de los jugadores saltaban y llegaban hasta Carmen Rosa las coplas del polo:

*Cante, cante compañero,
no tenga temor a naiden,
que en la copa del sombrero
traigo a la Virgen del Valle.*

Era una música cadenciosa y

— dulce, no impetuosa y fanfarrona como los galerones y corridos que ella escuchaba en Ortiz. Una hermosa música marinera que los margariteños apeñuscados en grupo cantaban y escuchaban con el recuerdo puesto en arrecifes y balandras. Como esquivando oleajes y remolinos, surcaban ágiles los versos:

*En alta mar viene un barco
y en él viene mi amor;
se viene peinando un crespo
al pie del palo mayor.*

El Morocho Alegría, fatigado de tanto andar, se tendió a dormir al abrigo del chaparro que lo encadenaba, no sin antes lanzar un último grito amenazante que retumbó en la sabana:

— ¡Como me llamo Jesús Antonio Alegría, esta vaina me la pagan completa!

Los jugadores de dados se redujeron a tres: el tuerto Montero que ganaba y dos que seguían perdiendo y que sólo dejaron de perder cuando se les acabó el dinero.

En la noche revoloteaban los pájaros del viento, aullaban los perros del viento, bramaban los toros del viento. Un viento frío y fuerte que pugnaba por llevarse las palmas de los techos, por apagar la luna con

— su soplo frenético.

Eres un lirio del río,

blanca como cual ninguna,

hecha con rayos de luna

y con gotas de rocío.

Carmen Rosa permaneció largo rato, reclinado el rostro sobre la palma de moriche de su puerta, escuchando a los cantadores. Y aún después, cuando calló la guitarra de Luciano Millán y se disolvió la rueda de margariteños, se quedó respirando el áspero aroma de la sabana hasta que una nube opaca le oscureció, el cielo y el llanto del viento entre los chaparrales comenzó a ponerla demasiado triste.

CAPÍTULO III - FRANCIS J. TAYLOR

A la puerta del campamento de lona, con las dos manos enfundadas en los bolsillos del pantalón de kaki, mister Taylor impartía órdenes a un capataz:

—Búsquese dos peones para que ocupen los puestos de los despedidos ayer.

Francis J. Taylor había trabajado para la Compañía desde que salió de la Universidad de Oklahoma con el título de geólogo en un diploma caligrafiado. La Compañía le firmó un contrato por mero compromiso, para no desatender la carta de un pastor evangelista que ejercía marcada influencia sobre un sector nada despreciable del electorado regional. Nunca sospechó la Compañía el excelente negocio que había realizado cuando inscribió en su larga lista de empleados a aquel joven atlético y sin corbata, con más aspecto de pitcher que de geólogo.

—Mañana hay trabajo desde muy temprano

—añadió Taylor

—. Dígale al chino que tenga el café listo.

Lo verdaderamente inestimable en Francis J. Taylor no eran sus conocimientos

—cualquiera de sus compañeros de curso lo aventajó en nociones teóricas

—, sino su sentido o sentimiento práctico de la vida, de su profesión, de los estratos recónditos que se superponían o se trenzaban en los entresijos de la tierra. Todo ser humano, todo animal, todo vegetal, todo mineral había sido creado para cumplir una misión útil y lógica

—pensaba

—y uno tenía el deber de ayudarlos a realizar ese destino. Y si forcejeaban por escaparse de esas leyes, si no permitían que se les auxiliara, compromiso ineludible era obligarlos sin contemplaciones. Lo cual sucedía con excesiva frecuencia porque seres y cosas se empeñaban en mostrarse renuentes en llevar a cabo el cometido que Dios les había asignado. Ante tan insensata terquedad, era necesario pelear. Y Francis J Taylor nunca rehuía la pelea.

—Reynolds

—dijo entrando al campamento

—. Vamos a revisar los levantamientos topográficos y a releer las cintas del sismógrafo. Hay algo que yo no comprendo bien.

La Compañía lo envió primero al Asia Menor, luego a México. De todas partes llegaron informes satisfactorios que acumularon lentamente en la oficina central de Pittsburgh

—letra T, inacabable hilera de los Taylor, Francis J.

— un brillante expediente. Tanto que, cuando irrumpió en una reunión de Directiva el delicado problema de comprobar la existencia de riquísimos yacimientos petrolíferos en el oriente de Venezuela, y el otro aún más delicado de localizar los laberintos donde se escondía ese petróleo, la Compañía pensó en Francis J. Taylor como piloto legítimo de las operaciones más substanciales. Para esa época, Taylor se acercaba a los cuarenta años y había servido más de quince a la Compañía con ofuscada lealtad y tremenda eficiencia.

—Es que los paleontólogos y los petrógrafos andan siempre complicando las cosas con sus palabras raras y sus experimentos funerarios, Reynolds. Yo me atengo al sismógrafo, que es un instrumento de precisión. Y el sismógrafo ha dicho lo mismo cada vez que se le ha preguntado.

No se trataba solamente de descubrir la presencia del petróleo en el vientre de aquella explanada medio desierta. Se trataba asimismo de adelantarse a las compañías rivales, más aún, de perforar y poner a producir el primer pozo sin que las compañías rivales se enteraran del hallazgo. Esa carrera contra el tiempo ajeno, ese avance cauteloso y resuelto de sabueso que ya ha husmeado una pista, esa rebusca del petróleo por los métodos más diversos

—manejando aparatos de precisión, leyendo el lenguaje de los fósiles o invocando la ayuda del azar

— apasionaba a Francis J. Taylor. Una pasión sólo equiparable a la del policía vocacional que rastrea las huellas de un delincuente, lo persigue a través de ciudades y despoblados, ya parece que logra escapársele, lo acecha en sus querencias y escondites, finalmente lo acorralla, lo atrapa y lo lleva esposado ante sus superiores.

—Reynolds

—continuó en voz baja para que no lo oyese ninguna otra persona

— ya no hay necesidad de mandar más piedras a los laboratorios, ni de tomar fotografías desde los aviones, ni de poner a temblar las agujas del sismógrafo. En esta sabana hay petróleo o Francis J. Taylor es un idiota.

Sin embargo, no era de un todo correcto el símil que confrontaba la vehemencia de un geólogo como Francis J Taylor con el interés febril de un detective que persigue a un criminal Porque la cuestión no residía en capturar a alguien y conducirlo preso, no, la cuestión residía precisamente en todo lo contrario: en poner en libertad una substancia eficaz y productiva, un semillero de energía sepultado bajo millares de metros y por millones de siglos. Tremendos cataclismos inimaginables por la mente humana sacudieron una pelota viscosa y ardiente que era la tierra. Ríos anchurosos de lava humeante destruyeron y arrastraron montañas, secaron lagos y océanos bajo la avalancha de encrespados escuadrones de fango. Durante centenares de años cayeron sin cesar lluvias como mares volcados, cruzaron los cielos tempestades enloquecidas, soplaron

vientos terribles que ululaban día y noche como monstruos agonizantes, descendieron interminables murallones de nieve. Infinidad de pequeños organismos muertos, corpúsculos animales y vegetales aventados por los cataclismos quedaron extendidos sobre los piélagos secos y fueron arrojados por espesas capas de timo verdoso en cuyas hondonadas de terciopelo se estremecían vidas gelatinosas y embrionarias. Y de nuevo, durante millares y millares de años, silbaron vendavales y ventiscas, tronaron enfurecidos los terremotos, arrojaron fuego y peñascos los volcanes, otras montañas se desplomaron con estruendo y otros ríos humeantes acarrearón sus despojos. Agua, candela, fuego y viento resquebrajaron la corteza de la tierra, trituraron rocas y doblegaron farallones. En remolinos de cieno se hundieron helechos descomunales e inmensos cadáveres de animales inverosímiles. Sobre la superficie de los mares secos, donde yacieron por siglos bajo el limo los pequeños organismos muertos, se integraron lentamente coberturas macizas de arena y piedra. Y entretanto, allá en el fondo, a través de un proceso que requirió igualmente millones de años los organismos muertos se transformaron en una resina negra y espesa que el hombre habría de llamar petróleo. Pero era una fuerza soterrada, acuñada entre pliegues de agua y gases, perdida bajo toneladas de piedra y arcilla, dormida al pie de profundos murallones de arenisca y pizarra. Era preciso descubrir su escondrijo, hacerla saltar a ras de tierra como el agua de los manantiales, liberarla, ponerla al servicio de la humanidad. Justamente para eso existían seres como Francis J Taylor.

—Reynolds

—concluyó Taylor

—. Aquí hay petróleo y yo siento su olor sofocante en mis narices. Aquí mismo donde estamos parados, debajo de este campamento, a unos cuantos pies de la superficie, hay petróleo. Ya este negocio no necesita exploradores sino taladros.

Charles Reynolds lo miraba desde la cama de campaña donde estaba tendido, con una pipa humeante entre los labios. Había dejado caer al suelo un plano topográfico para escuchar con mayor atención las razones de Taylor.

—Naturalmente que hay petróleo

—respondió empuñando la cazoleta de la pipa con la mano derecha

—. Pero tú bien sabes lo que dicen los ingleses: «La única prueba irrefutable de la existencia del petróleo, es encontrarlo».

Charles Reynolds pertenecía a una familia linajuda de la ciudad de Nueva Orleans y si se hallaba trabajando en un campo petrolero tan remoto y tan desvalido se debía exclusivamente a su empeño o en demostrarle a su padre que él no era un «parásito social» ni un «hijo de rico», como solía llamarlo el viejo socarronamente en sus charlas de sobremesa, sino un hombre que sabía valerse por sí mismo. Charles Reynolds se alistó en una compañía petrolera para ponerle fin de algún modo a las insostenibles ironías paternas. Y como había heredado el carácter imperativo de los Reynolds, ascendió sin dificultades en el escalafón de la Compañía.

—La verdad es que espero con impaciencia la aparición de tu petróleo, Taylor. Tengo inmensas ganas de retornar cuanto antes al mundo civilizado.

Charles Reynolds se parecía muy poco a Francis J. Taylor, no obstante que ambos coincidían en amar a la Compañía por encima de todas las cosas. Pero Reynolds no se encontraba nada a gusto entre aquellos mestizos bullangueros ni compartía el entusiasmo deportivo, él arrebató bucanero que Francis J. Taylor desplegaba cotidianamente en el ejercicio de su profesión. A Reynolds le chocaba particularmente el natural irrespetuoso de los nativos, fruto inevitable de la descabellada mescolanza de razas. El propio Taylor, sin duda constreñido por el ambiente, había admitido que un empleado de color, por el solo hecho de trabajar como agrimensor y hablar inglés, durmiera cerca de ellos, bajo el mismo techo, en el campamento de lona. Charles Reynolds le oía respirar a tres metros de su cama de campaña entre las mil cabuyas de un chinchorro multicolor tejido por los indios de La Canoa. Iba hasta las membranas de su nariz el mensaje acre de las axilas del negro y se sentía profundamente humillado por aquella convivencia.

—Good morning!

—pronunció correctamente Guillermito Rada, detenido a la puerta del campamento como si esperase la aquiescencia de los dos americanos para decidirse a pasar al interior.

—Morning!

—gruñó Taylor.

—El dinero está completo

—dijo el recién llegado y entró por fin al recinto del campamento

—. Esta misma tarde podemos pagar, aunque quizá nos va a faltar plata sencilla para el menudeo.

—Pagaremos mañana, al regreso de la expedición

—respondió Taylor.

Guillermito Rada tenía los ojos verdes. El cabello, en cambio, no era muy liso en verdad, aunque tampoco llegaba a pasa de mandinga. Prueba de ello es que en el Norte lo trataron como blanco puro y jamás lo echaron de ninguna parte por causa de sus abuelos. Guillermito Rada se marchó a Nueva York en 1922

—*apenas tenía veinte años y dos fluxes*

— *alucinado por fabulosas historias que contaban los periódicos de Caracas. Llegaban tipos de Polonia o de Italia, sin conocer el idioma, se ponían a trabajar como unos bueyes y se hacían millonarios. Guillermito Rada reunió unos centavos y se metió en la tercera clase de un barco, junto con otros dos jóvenes de su edad y de su parroquia. Los tres lavaron platos en el mismo restaurant de la calle 14. Después Guillermito se separó de ellos, aprendió un poco de inglés y estuvo largo tiempo de pagador en una fábrica de cajas de cartón, donde casi todos los obreros eran puertorriqueños. Regresó, a los diez años de su partida, siempre en tercera clase, con una modernísima máquina de afeitar, un retrato de Margaret, seis camisas a rayas y cincuenta dólares en moneditas de oro.*

—¿Nos tomamos un trago, Guillermito?

—le preguntó Reynolds desde su cama de campaña.

Y sin esperar respuesta gritó al cocinero chino:

—¡Alfredo, trae la botella de whisky!

Guillermito Rada habría preferido de todo corazón que Reynolds lo hubiera llamado William y no

Guillermito. Hizo cuanto estaba a su alcance para que los americanos de la Compañía lo llamaran William, pero nunca logró su propósito. Es cierto que lo trataban con gran deferencia, que le confiaban fuertes sumas de dinero para pagar al personal, que demostraban una fe ilimitada en su honradez, pero no lo llamaban William. Llegaba un americano nuevo al campamento y él pronunciaba muy claramente a la hora de la presentación: «William Rada, very pleased to meet you». A los pocos minutos el americano titubeaba un instante pensativo y luego le ponía la mano en el hombro para decirle: «Guillermito Rada, ¿verdad? Ya había oído hablar de usted».

—¡Salud, Guillermito!

—gruñó Taylor, y le tendió el vaso de whisky, sin hielo y sin soda. Ya Reynolds, escarranchado en su cama de campaña, había recibido el suyo de manos del chino Alfredo y lo apuraba de un trago, Después chasqueó los labios y desfiguró el rostro, como si hubiese ingerido una amarga medicina.

Guillermito Rada se sintió un hombre feliz desde el momento en que obtuvo aquel puesto en la Compañía. Profesaba hacia los Estados Unidos una admiración que desbordaba todos los contornos de su alma. Servir a la Compañía era, en cierto modo, contribuir al mantenimiento de la grandeza inmanente de aquella nación que tanto veneraba. No logró quedarse en el Norte, por desgracia, ni hacer fortuna como los polacos y los italianos de que hablaban los periódicos. Pero, al fin y al cabo, aprendió a ver la vida de otra manera, a tener confianza en sí mismo, a hablar inglés. Y las cosas que no podía contar: Margaret, por ejemplo, la hermana de la dueña del boarding house que sí lo llamaba William, Billy, lo que él quisiera, y se le metía a media noche en el cuarto, desnuda bajo la bata de baño y olorosa a bay rum. Por lo demás, Guillermito Rada era un correcto y eficiente empleado.

—Mañana comenzará el trabajo a las cuatro de la madrugada

—dijo Taylor una vez más.

Y se sirvió otro vaso de whisky.

Era una madrugada impenetrablemente oscura que no permitía distinguir la silueta de un árbol a dos pasos. Lo cual constituía un obstáculo, indudablemente, pero domeñable si se le enfrentaba la voluntad porfiada de Francis J. Taylor. Primero se encendió en su mano derecha el cocuyo de una linterna eléctrica. Luego despertó a los choferes con gritos restallantes:

—¡Arriba! ¡Paren los camiones frente al campamento y enciendan los faros!

Obedecieron los hombres y las luces se derramaron sobre las camas de campaña del campamento de lona y sobre los chinchorros del caney de moriche. Los obreros despertaban y vacilaban encandilados por los faroles, se vestían de prisa, se lavaban la cara en el agua de los barriles, todo entre imprecaciones y rezongos:

—¡Maldito musiú con su manía de levantarlo a uno de madrugada!

—¡Ese cipote nos trata como si estuviéramos presos!

—¡El agua está más fría que la nariz de un muerto!

El chino Alfredo sirvió el café tinto a los habitantes del campamento de lona: a Taylor, a Reynolds a dos americanos más que cumplían funciones técnicas en los trabajos de campo, a un ingeniero venezolano con botas de montar a caballo y verde camisa militar, al agrimensor negro y a Guillermito Rada. Este último no formaría parte de la expedición pero se había levantado para ver la partida y presenciaba los preparativos de marcha envuelto en una cobija color de aceituna, de esas que usa el ejército americano.

—¿Qué pasa?

—gritó Taylor ya de vuelta en el campamento de moriche tras sorber el café de un trago, sin esperar a que se enfriase.

—Ya están listos

—respondió el capataz Luciano Millán.

Los obreros bebieron café recalentado por Mono de Agua en una olla gigantesca y salieron pesadamente del cobertizo: los dos bandoleros con sus pabellones arrollados, los dos cinteros con sus largas culebrillas de metal, el trompero con sus señales de madera aguzadas como lanzas en el extremo inferior, el pintor con su lata de colores y su pincel para trazar números y signos, los hacheros y macheteros que abrían picas por entre la maleza tupida y los bejucales enmarañados, el

agüero hercúleo con su inmenso barril al hombro. A la voz de mando de los capataces treparon a los camiones cuyos faros habían alumbrado sus gestos y sus acciones hasta ese momento. Taylor estaba ya de regreso una vez más en el campamento de lona y resonaba en la sabana la bocina cargante de su camión urgiendo vivacidad a los rezagados.

Los vehículos dieron tumbos largo rato, primero por un camino abierto y trillado por otras ruedas, luego por la llanura rasa. Rumbeaban hacia un no y en un punto se hicieron más hondos los desniveles, más tupido el pajonal, en tanto surgían árboles diferentes a los chaparros. Los camiones se detuvieron. La mañana comenzaba a extenderse como una neblina y soplaba un vientecillo húmedo y frío que hacía castañetear los dientes.

—¡Hasta aquí llegamos!

—gritó el chofer del camión puntero.

Los hombres descendieron a saltos. Luciano Millán y el otro capataz agruparon sus cuadrillas. Mono de Agua armó una pequeña tienda de lona y colocó sobre piedras las dos ollas inmensas donde hervirían las vituallas. Uno de los camiones torció meseta abajo, hacia el Cari, en busca de pescado.

El desfile inició su avance por entre barrancos y matorrales. Los macheteros abrían camino, tronchando tallos y raíces, y de repente saltaban a un costado para esquivar el zigzag de una culebra. Los hacheros intervenían cuando un tronco era excesivamente grueso o cuando un bejucal nudoso se trenzaba frente a los pasos de los hombres como una barrera. Mister Taylor recorría una y otra vez la larga fila, alcanzaba a los de vanguardia, regresaba hasta el aguador que venía de último con su barril a cuestas, daba una orden aquí y allá, infatigable y concreto como una máquina.

—¡Aquí es!

—voceó finalmente Reynolds.

Incisiones de machetes, números pintados en el tronco de un chaparro seco, eran señales inequívocas de una expedición anterior. El agüero dejó su barril en tierra y los macheteros se acercaron sedientos. El ingeniero tomó la trípode del teodolito de manos del peón que la traía y comenzó a armar su aparato meticulosamente. El agrimensor negro se situó a su lado, dispuesto a anotar cifras. Los cinteros desenrollaron y templaron las largas lengüetas de metal.

—¡Usted está despedido!

—dijo de pronto mister Taylor.

Se dirigía a uno de los hacheros cuyos movimientos había observado durante casi todo el trayecto. Dos o tres veces le reclamó el desgano con que trabajaba y el hachero se limitó a mirarlo huidizarriente, sin responderle. Ahora Taylor había resuelto despedirlo, sin aguardar el regreso al campamento, con lo cual eliminaba el riesgo de olvidar el asunto, Siempre llevaba billetes y monedas sueltas en el bolsillo del pantalón para enfrentarse a emergencias como aquélla.

—Se te deben seis días a seis bolívares diarios. Son treinta y seis bolívares. Tú eres de Cantaura ¿verdad? Bueno, aquí tienes tres fuertes más para que regreses a tu pueblo. Pero, eso sí, te vas inmediatamente.

El hombre tomó los billetes y las monedas de plata que Taylor le tendía, volvió a mirarlo esquivamente y le dio la espalda. Se fue a los pocos minutos, sin despedirse de nadie. Tenía una mujercita por Itapirire y conocía de memoria los caminos y las trochas de la región.

Los otros continuaron la jornada. El ingeniero leía números en el teodolito y el agrimensor tomaba apuntes en una libreta lustrosa. El banquero agitaba sus señales rojas desde lo alto de un peñasco. El cintero se alejaba caminando de espaldas y el trompero se disponía a clavar el primer jalón. Reynolds encendió su pipa.

—Estamos perdiendo tiempo y trabajo, Reynolds

—exclamó Taylor a su lado

—. Esta sabana está llena de petróleo y nosotros insistimos en comprobar lo que ya está mil veces comprobado. En vez de meterle un taladro a esos pajonales para que salte el petróleo como un reguero de pus.

Y se dio vuelta para gritarle a Jacinto Canache, el peón de la lata de pintura.

—¿Qué te pasa que no te mueves? Si tienes paludismo es mejor que te vayas a acostar. ¡Yo no trabajo con enfermos!

CAPÍTULO IV - EL INDIO GABINO

TAYLOR estaba en lo cierto. Una riquísima cuenca de petróleo, salpicada de multiformes y jugosos yacimientos, se extendía bajo los chaparrales de Guanipa. Pero a la Compañía no le convenía en modo alguno encauzar la atención de los trusts rivales hacia el prodigioso filón que dormía sepultado en aquella soledumbre. Por el contrario, era preciso simular desaliento, fingir fracasos, despedir braceros, desmontar el campamento de lona mientras se aprontaba la embestida de perforadores y taladros.

—Pura piedra y arena es lo que hay allá abajo

—dijo Reynolds a los capataces

—. Vamos a tener que despachar a toda esa gente y largamos con la música a otra parte.

Pero engañar a los margariteños era bastante más difícil que engañar a las compañías rivales. Ellos, sin haber estudiado geología en Oklahorna, habían olido la presencia del petróleo a la par que Taylor, o tal vez la intuyeron en la pasión que relampagueaba en los ojos de Taylor.

—¿Quién va a, creer en esa retirada?

—se preguntaba en voz alta Pancho Marcano, el cargador de agua

—. Si recién ayer llegó mi compadre Anselmo, con dos hombres más, traídos por la Compañía. Y los tres trabajaban en perforación entre Cabimas y Mene Grande...

—¿Y esos dos americanos nuevos que parecen haber nacido a la pata de un taladro?

—le contestaba Ramón Valladares

—. No hay sino verle los hombros y las muñecas a uno que llaman Mister Roberts.

El brote de taladros y tanques, la conversión de la sabana en campo petrolero, significaría para ellos, los margariteños, hacer vida anclada de marineros que renunciaron al mar, no vagabundeo de gitanos. Significaría cambiar la palma por el bahareque. Ese era el problema: cambiar la palma por el bahareque.

Luciano Millán entró a la bodega de las Villena y expresó su opinión:

—Una casa de moriche no es una casa, sino un gallinero, un corral de chivos, nada. Se puede abandonar, se puede caer, se la puede llevar el viento. Yo voy a embarrar la mía, ¿Por qué ustedes no

hacen lo mismo?

Cuatro meses habían transcurrido después de la llegada de Carmen Rosa y doña Carmelita. Cuatro duros meses circunscritos a aquel miserable rancho de palma. Las dos mujeres dormían en chinchorros como los indios; cocinaban en cuclillas y lloraban con los ojos inundados de humo; doña Carmelita no había encontrado iglesia donde encomendarse a Dios. Y, peor aún que todo eso, tenían que resignarse a la letrina, al horrible casuchín de palma seca situado a varios metros de la casa, al trecho en descampado que había que atravesar para alcanzarlo. Madre e hija nunca hablaron entre sí de la letrina, pero ambas se sentían igualmente humilladas, igualmente abatidas, sin atreverse a confesarse el motivo.

—No obstante

—se lo había preguntado a sí misma muchas noches, tendida en el chinchorro y mirando hacia las palmas del techo, y nunca vaciló en darse idéntica respuesta

—, Carmen Rosa prefería este debatirse por la vida, así fuese miserable y oscura la vida que se estaba defendiendo, a la mansa espera de la muerte entre los caserones derrumbados de un pueblo palúdico. Aquí los hombres se movían de un lado a otro, afanados, sudorosos, transportando cajones y barriles, herramientas y troncos de madera. Hablaban a gritos, maldecían, bebían aguardiente. Y nunca pronunciaban palabras soeces delante de ella, ni siquiera cuando estaban medio borrachos a la orilla del mostrador.

Luciano Millán había entrado a comprar una franela y repetía su opinión:

—Nos vamos a quedar mucho tiempo en esta sabana, yo se lo digo. Es mejor embarrar la casa.

La operación consistía en derribar las hileras laterales de palma seca y suplantirlas por paredes de barro, toscas y primarias, pero verdaderas paredes donde sería posible clavar un clavo, colgar la imagen de un santo, o un retrato, o un espejo.

Olegario aguardó el asentimiento de Carmen Rosa y luego puso manos a la obra, asesorado por la experiencia del capataz Luciano Millán. Abrió un gran hoyo al fondo de la casa y a un costado del hoyo quedó el montón de tierra removida, a la cual añadió paja seca de la sabana y agua de los barriles de la Compañía para integrar la elemental argamasa. Al mismo tiempo sustituyó las paredes de palma por una armazón de varillas de caña brava y vástagos de moriche, trenzados entre sí por hilos de mecate destorcido, hasta erigir un andamiaje hueco que se elevaba desde el suelo hasta el nivel del techo.

La última jornada fue trasladar el fango a la armadura de varillas, depositarlo capa tras capa en la estirada jaula vacía, comenzando a ras de tierra, y amasarlo con la palma de las manos para que la pared subiera lentamente, lisa y sin deformaciones. Doña Carmelita y Carmen Rosa se habían guarecido en la Posada de las Maita pero acudían de vez en cuando a mirar el trabajo. Carmen Rosa metía las manos en el barro y ayudaba a Olegario a allanar las asperezas y repliegues de la pared que subía, que estaba casi a nivel de su frente.

A los cuatro días el bahareque se había secado. Por entre las grietas del fango endurecido asomaban las hilachas amarillentas, las hebras de paja tiesa.

—Ahora hay que echarle ceniza de carburo para pintarla de blanco

—dijo Luciano Millán.

Olegario puso nuevamente en orden los cachivaches de la tienda. Los compartimientos vacíos de las armaduras enmarcaban trozos enteros de la pared recién amasada. Carmen Rosa observó que ya habían vendido casi todo cuanto trajeron de Ortiz.

—Necesitamos comprar más mercancías

—dijo a la madre.

Y sin esperar respuesta:

—Por aquí pasó un vendedor de Ciudad Bolívar hace una semana y yo le dije que nada nos hacía falta. Pero me equivoqué porque sí nos hacen falta muchas cosas. Se nos acabaron las velas y el papelón. Sólo nos queda una botella de ron y otra de kerosén. Y hay que comprar cigarros que nunca hemos tenido. Y latas de sardinas que siempre las piden.

En mitad de sus palabras surgió entre los dos horcones de la puerta la figura del turco Avelino. Se quedó inmóvil frente a Carmen Rosa, oyéndola y i mirándola extasiado. Luego entró pausadamente y colocó sobre el mostrador su gran cesto de peines, peinetas, espejitos, alfileres, horquillas, paquetes de polvo, jabones rosados, rollos de cinta azul, tijeritas, libritos de oraciones, medias de algodón, estampitas de la Virgen del Carmen y muchas cosas más.

Venía desde muy lejos, posiblemente desde Maturín, vendiendo pequeños objetos en cada caserío, a pie, solo, con su quincalla auestas. Abandonó la cesta sobre el mostrador, se atusó los bigotazos y dijo entre exageradas genuflexiones:

—¡Buenas noches!

Eran apenas las diez de la mañana.

Lo cierto fue que antes de aparecer el petróleo, en tanto que los técnicos de la Compañía se lamentaban aún, conmovedora e hipócritamente, del fracaso de las operaciones, comenzó a nacer el bahareque y a llegar la gente. No gente en grandes bandadas, como habría de suceder más tarde, pero sí pequeños grupos de adelantados que aspiraban a, estar presentes y bien situados cuando reventase el primer pozo y comenzara a correr el dinero.

Llegó un suizo bizco y huraño, sin más ropa ni equipaje que el traje negro que lo cubría.

—Es un fugado de Cayena

—dijo al día siguiente Julia María, la mayor de las Maita

— ¡Quién sabe qué crimen espantoso habrá cometido ese hombre!

—¿Por qué tú siempre te imaginas lo peor?

—le discutió Petra Maita, la hermana mayor El dice que era enfermero en su país, que no pudo soportar la muerte de su esposa y se escapó a América.

Enfermero o sirviente de un hospital, algo de eso había sido. Porque sabía poner inyecciones con bastante habilidad y tomar la temperatura y quedarse callado al borde de una cama como si estuviera pensando en los problemas del enfermo. Comenzó por inyectarle unos centímetros cúbicos de emetina a Guillermito Rada, que siempre llevaba consigo esas ampollitas y un terror maniático a la disentería, y concluyó por recetara diestra y siniestra y por aceptar complacido que lo llamaran el doctor suizo.

Por otra parte, el suizo sustentaba una teoría que simplificaba notablemente sus funciones de médico improvisado.

—Aquí todo el mundo tiene sífilis

—afirmaba

—. Adquirida o hereditaria, pero todos la tienen.

Y, de acuerdo con ese criterio, administraba arsénico y bismuto a cuanto paciente se le pusiera por delante, así se tratara de un palúdico que se estremecía de fiebre o de un asmático que respiraba como un fuelle roto.

Las casas nacían sin plan ni concierto, una aquí, otra cincuenta metros más allá, una frente a la posada de las Maita, otra de espaldas a la cantina del tuerto Montero. Solamente los margariteños se

pusieron de acuerdo para levantar seis ranchos en fila, como embrión de la calle Nueva Esparta. Los demás no pensaron nunca que aquel campamento desordenado pudiera llegar a ser una cosa diferente a lo que era en aquel momento: un puñado de techos de palma aventados al azar sobre la sabana, en espera de que surgiera el petróleo y se los tragase.

También llegó Secundino Silva, de Ciudad Bolívar, con dos cajones de medicinas, y montó una farmacia de moriche. Vendía las ampolletas que recetaba el suizo, frascos de yodo y paquetes de algodón para las heridas, aspirina para los dolores, quinina para el paludismo, permanganato para la blenorragia, ungüentos para los picados de culebras y pastillas de goma para los que no estaban enfermos.

Secundino Silva, además, conocía los libros todos de Vargas Vila, había publicado unos versos en *El Luchador* y hablaba horrores de la Compañía. Se encerraba por las noches con sus libracos, a la luz de una lámpara de kerosén y al rescoldo de una botella de ron. A veces lograba emborracharse y todo el mundo se enteraba porque se asomaba a la, puerta de su farmacia y empezaba a gritar como un desalmado:

—¡Abajo el imperialismo de mierda!

Mister Taylor nunca estuvo de acuerdo en que se Permitiera construir casas en forma tan caprichosa y disparatada. El comisario Arismendí le prometió adoptar medidas enérgicas para contener el desbarajuste. En efecto, le reunió a la gente en los alrededores de la pila de agua y dijo un discurso:

—A partir de hoy nadie podrá levantar un rancho en esta sabana sin permiso de la autoridad, que soy yo. Y solamente la autoridad, que soy yo, indicará el lugar que le corresponde a cada rancho nuevo.

Lo escucharon con mucha atención los que ya tenían casa hecha, el turco Avelino que andaba de paso y dos indios del Cari, muy serios. Y siguieron despuntando en cualquier sitio ranchos desgarrados. Pero eso sí, ahora los construían a media noche, cuando el comisario Nemesio Arismendi dormía a pierna suelta y no le era posible presenciar el trabajo de los laboriosos indios Cari.

Después llegaron las dos primeras prostitutas. Se dijo que habían sido contratadas por el tuerto Montero y estaban obligadas a pagarle un porcentaje de cuanto percibían, pero ese rumor tampoco pudo comprobarse nunca. Ambas, por coincidencia, se llamaban María, aunque una vino de Soledad y la otra de Puerto La Cruz. Para diferenciarlas hubo necesidad de llamar María Pollito a la de menor estatura, que hablaba a griticos como si piara, y María Gallina a la más alta, desgarrada y nariguda. Cada una hizo su choza aparte, a ambos lados de la cantina del tuerto Montero, y seguramente se pusieron de acuerdo para cobrar la misma tarifa.

Un mes más tarde se apareció la Greta Garbo, cuyo verdadero nombre nadie lo sabía, una rubia huesuda y ojerosa que había estado en Caripito y hablaba sus palabritas en inglés: *love, money, go to hell*. Los sábados en la noche se ceñía un ajado vestido de terciopelo rojo y se asomaba a la puerta de su rancho a tararear el valse «Ramona». Sabía leer y escribir y trajo en el baúl un retrato de Ramón Novarro, recortado de una revista, que pegó a la pared cuando apareció el bahareque.

La Greta Garbo cobraba el doble de cualquiera de las dos Marías.

Fue la Greta Garbo, sin embargo, la que enfermó al indio Gabino, un mocetón medio triste que llegó de Tonoro buscando trabajo y lo consiguió pronto porque a Taylor le agradó su aspecto de obrero diligente y hombre circunspecto. Y al cabo de cuatro semanas, un sábado en la noche, se detuvo resueltamente a la puerta donde la Greta Garbo, vestida de terciopelo rojo, tarareaba sus vales. La mujer lo miró unos segundos y le dijo simplemente:

—¡Pasa!

El pasó y estuvo toda la noche con ella.

Ahora lo examinaba el suizo y esta vez no existía ninguna posibilidad de que se equivocara en el diagnóstico. Cuando el hombre vestido de negro exclamó, con una naturalidad que colindaba con la satisfacción: «Es una úlcera sifilítica, amigo», el indio Gabino abrió los ojos desmesuradamente, tan aterrado como si le hubiesen leído una sentencia de tormento y muerte.

Se sometió con sumisa obediencia a las inyecciones, pomadas y pastillas del suizo. Y tal vez ninguna calamidad mayor habría sucedido de no presentarse en esos días un camionero que venía desde Tonoro y le trajo un recado:

—Te manda a decir Crucita

—le espetó a manera de saludo,

— que, como ya sabe que estás trabajando y que compraste un rancho, mañana sale para acá con los muchachos. Debe llegar el domingo que viene, Dios mediante.

Crucita era su mujer. Los muchachos eran sus hijos, dos indiecitos medio tristes como él. Gabino escuchó la noticia, no respondió ni miró al mensajero y se fue caminando hasta su rancho lentamente, sombríamente, es la palabra.

Sentado en el filo del chinchorro, cerrados los ojos, las quijadas entre las manos y los codos clavados en las rodillas, pasó más de una hora, tal vez más de dos horas. Crucita iba a venir y lo encontraría con aquella llaga nauseabunda, con aquellas manchas en la piel, con la sangre podrida. Crucita era su mujer, ¡cuánto trabajo le había costado conseguirla!, ¡cuántos años para convencerla de que la quería verdaderamente!, cuántas súplicas para que se fuera a vivir con él y tuviera sus hijos! Y ahora Crucita iba a venir con sus dos indiecitos tristes, montados los tres en el mismo burro, y él no encontraría palabras para contarle lo que había pasado. Preferiría quedarse mudo para siempre, con la lengua seca como un bagazo, antes que hablarle a Crucita de aquella vergüenza, antes que mostrarle el sucio costurón mal adquirido.

Pero si no le decía nada a Crucita iba

—a ser peor. Porque entonces le contaminaría la úlcera a ella, le pudriría la sangre con sus besos. El sólo imaginar tal cosa le humedecía de un sudor frío la frente pálida. Pero lo inevitable era

que Crucita iba a venir. El indio Gabino, con la cabeza entre las manos y los codos hundidos en las rodillas, estaba llorando por primera vez en su vida.

Al día siguiente lo encontraron muerto, tendido en el chinchorro, con una infinita desolación tallada en los rasgos de fría pizarra. Había ingerido el contenido de las ampollitas del suizo, el arsénico, el bismuto, el mercurio, todo cuanto encontró sobre el cajón de los remedios. Primero soportó el ascenso de un vómito amargo que se le detenía en la garganta; luego una llama huracanada, como de soplete, que le quemaba las paredes del estómago. Lo acosaron unos impulsos ciegos de gritar, de pedir socorro, pero se mordió los labios y no gritó. Se quedó quietecito, aguantando su dolor y su agonía, hasta que llegó la muerte y lo libró de todo sufrimiento.

El sismógrafo andaba por las cercanías y su presencia llenaba de gente y, de gritos la sabana. La muerte de Gabino se supo pronto, se comentó durante todo el día. Más de cincuenta hombres y mujeres acudieron en la noche al velorio, incluso la pobre Greta Garbo, que no tenía ninguna culpa de aquella desgracia. Luciano Millán claveteó una urna con cuatro cajones vacíos. Y en la madrugada trasladaron el cuerpo rígido al miserable ataúd, mientras las hermanas Maita alzaban la voz para entonar un padre nuestro.

La dificultad grave asomó a la hora del entierro. Taylor estaba ausente del lugar, en Barcelona, llamado por las oficinas de la Compañía para un asunto de grave importancia. Reynolds había quedado al frente de las exploraciones y era la autoridad máxima dentro del campamento de lona. Hasta allá llegó la noticia.

—Se envenenó el indio Gabino y lo van a enterrar hoy por la mañana.

—En el cementerio no

—respondió secamente.

Todavía el cementerio no era sino un apartado corralón signado por las seis cruces de seis muertos humildes. Pero Reynolds descendía de una familia de principios muy estrictos, que no toleraba complacencias ni olvidos para con quienes se quitaban la vida por su propia mano.

Se arremolinaron los hombres junto al cadáver. Y un grupo de ellos, encabezados por el capataz Luciano Millán, decidió ir hasta el campamento de lona a conversar con Reynolds, a tratar de hacerle enmendar su extraña decisión. Pero el puritano se mantuvo inflexible.

—En el cementerio no. El cementerio está situado en terrenos de la Compañía, y yo, como representante de la Compañía no permitiré que se entierre a un suicida junto a otros que han muerto por designio de la voluntad de Dios.

Nunca lo habían oído hablar de esa manera. Ni siquiera sabían que Reynolds profesaba una religión. Tampoco lo habían visto jamás tan alterado como cuando Pancho Marcano, el cargador de agua, le replicó sin el respeto debido:

—Pues la Compañía manda en el trabajo, pero no manda en el cementerio. Aunque a la Compañía no le parezca bien, de todas maneras lo vamos a enterrar...

Reynolds palideció y se negó a seguir discutiendo. Una hora más tarde envió a Guillermito Rada y al comisario Arismendi para que hablaran con los diez hombres que no se habían marchado, que aún se mantenían, duros y taciturnos, a la puerta del campamento de lona.

—Es necesario que comprendan

—comenzó Guillermito Rada, contemporizador

—. Ustedes tienen razón en querer enterrar al difunto donde están enterrados los otros. Pero ese terreno es propiedad de la Compañía, aunque sea un cementerio. Y la religión de mister Reynolds no le permite que entierren a un suicida en terrenos de la Compañía. Es necesario que comprendan...

Los hombres rezongaron en señal de desacuerdo. Y fue preciso que interviniera entonces el comisario Nemesio Arismendi, con el revólver muy visible en la parte delantera de la faja:

—Pues no hay nada que hacer. Ese cementerio no es de ustedes, sino de la Compañía. Y yo, como autoridad, estoy aquí para hacer respetar la propiedad y los derechos de cada uno. Y como autoridad resuelvo que entierren ese muerto en otra parte.

Lo enterraron lejos, a orillas del río. El mismo camionero que trajo de Tonoro noticias de Crucita, condujo en su vehículo el cadáver del indio Gabino, metido en su pobre ataúd de cajones. Cuatro peones del sismógrafo lo acompañaron y cavaron la fosa al pie de un moriche. Pancho Marcano, el aguador, le clavó a la tumba una cruz deforme, hecha con las ramas torcidas de un chaparro.

—Aquella misma noche

—y la verdad es que en esa ocasión no estaba borracho

— Secundino Silva se puso a gritar a la puerta de su farmacia de bahareque y palma:

—¡Abajo el imperialismo de mierda!

Y Tony Roberts, perforador texano de dos metros de altura y enmarañada pelambre rubia, gruñó junto al asombro de Luciano Millán que lo estaba escuchando:

—¡Abajo!

CAPÍTULO V - PETRÓLEO

A cincuenta pasos de la posada de las hermanas Maita, como si fuese, una casa más entre los chaparrales, nació una cabria. Era un esqueleto de acero que comenzó a tejerse hacia lo alto y alrededor de cuya descarnada arquitectura giró .la vida de todos desde el momento mismo en que se plantaron en tierra sus talones de cemento.

No se equivocaron los margariteños al desconfiar de la supuesta retirada de la Compañía. Del Zulia llegaron perforadores y mecánicos americanos, amén de dos o tres obreros criollos avezados en la edificación de torres petroleras. Ya la primera de esas torres se alzaba entre los ventarrones. Los equipos de hombres se turnaban incesantemente, noche y día, al pie de sus vigas metálicas o trepados como simios a los travesaños más altos. Los oídos se habituaron al rezongo gangoso del motor diesel que no paraba nunca, que a veces pistoneaba corno si fuera a apagarse, pero no se apagaba, sino emprendía su martilleo con mayor brío, como si se supiera fuerza generadora de todo el mecanismo que lo rodeaba.

La Compañía tenía la certeza. Una gran cuenca petrolífera nacía en la costa atlántica, entre los dedos de la desembocadura del Orinoco, y se introducía en los llanos orientales de Venezuela como un lanzazo. Las líneas del sismógrafo, los instrumentos que empleaban los geólogos para leer en el mudo corazón de las piedras, el minucioso examen de antiguos caracoles y hojas petrificadas que realizaban los paleontólogos en sus laboratorios, todo indicaba la presencia de henchidos coágulos de jugo negro soterrados en las entrañas de aquella meseta tras siglos y más siglos de cataclismos y transformaciones.

—¡Qué frío del infierno!

—exclamó en español Tony Roberts.

Eran las tres de la madrugada y la cuadrilla de Tony Roberts había iniciado su turno a media noche. Para la Compañía eran iguales la noche y el día, la sequía y la lluvia, la calma y el viento, porque el trabajo de perforación no debía detenerse un instante.

—¿Quiere café caliente, Tony?

—le preguntó el cuñero Ramón Valladares.

Aquella torre iluminada en un recodo de la sabana en tinieblas adquiría, desde lejos, relieves de faro mariner o de alto navío encallado.

De más cerca se divisaban los anchos hombros de Tony Roberts, perforador texano erguido frente a las agujas de su tablero, timonel aferrado a un manubrio regidor de las fuerzas que hacían

subir y bajar los inmensos tubos metálicos, encauzador de la energía que ponía a girar vertiginosamente la plataforma de acero para que su impulso rotatorio sepultara más y más la punta del taladro en las rocas ocultas que defendían el petróleo.

—¡Maldito viento!

—gritó Goyito Rivas, encuellador de altura, abocinando las manos.

El viento galopaba por la sabana como un caballo enloquecido. El viento gritaba con sus mil voces de motín, chirriaba como las cuerdas tensas de un barco, ululaba como manada sedienta. Fueron sin duda las uñas del viento las que no dejaron crecer otro árbol sino aquellos chaparros mezquinos, estrujados y retorcidos por los remolinos del aire.

Goyito Rivas, ayer marinero de goleta, hoy encuellador de altura en un taladro, subía por las escalerillas laterales de la torre y se sentía más marinero que ayer sacudido hoy por los oleajes de viento frío que rompían en las jarcias de acero, descifrando las palabras dispersas de los cuñeros que el viento se llevaba de un lado a otro, como se llevaba la voz gangosa del motorcito diesel y el humo de la caldera.

—*Stop!*

—se gritó a sí mismo, en inglés, Tony Roberts.

La cañería del taladro había penetrado en toda su extensión y era preciso atornillarle un nuevo tubo en el tope superior. Un añadido que ejercía presión sobre el último tubo del fondo sobre el que llevaba el cincel, y lo impulsaría treinta pies más abajo. Los movimientos precisos de Tony Roberts ante el tablero frenaban en seco el motor o le soltaban la rienda para izar la tubería.

—¡Listos!

—gritó el cuñero Ramón Valladares y alzó las manos metidas en espesos guantes grasientos.

Ahora el cuadrante, eje superior de aquel larguísimo conducto de acero, había salido totalmente al aire y se elevaba como un badajo entre el andamiaje de la torre. Los cuñeros se movieron diestramente, armados de llaves y garfios y lucharon hasta destornillar el extremo del tubo que asomaba al nivel de la plataforma. Después se prepararon a empalmar el nuevo tubo que había sido izado y colgaba por encima de sus cabezas.

El agujero de la cañería arrojaba bucheros de barro gris que salpicaba los zapatonos de los obreros. El pecoso Robinson, cuñero americano, atenazaba entre sus brazos el extremo colgante del tubo que iba a ser injertado. En ese momento aparecieron las cabezas de Francis J. Taylor y Charles Reynolds, a ras del último peldaño de la ancha escalera amarilla que ascendía desde tierra. Habían madrugado para observar la marcha del trabajo y venían de camisa limpia, recién afeitados. Los acompañaba otro americano, el jefe de la perforación.

—¿A qué profundidad anda la mecha?

—preguntó Taylor a Tony Roberts.

—A cinco mil cien pies

—respondió Tony Roberts sin mirar el tablero.

—Ponga mucho cuidado en la perforación

—le dijo Taylor muy seguro de sí mismo

—. El petróleo debe andar muy cerca.

Charles Reynolds sonrió a su espalda y recordó una vez más la sentencia que él atribuía a los ingleses aunque su alma evangélica sospechaba que los ingleses, para emitirla, se habían inspirado en el apóstol Tomás: «La única prueba irrefutable de la presencia del petróleo, es encontrarlo»

Francis J. Taylor lo encontraría. ¿Quién podía dudarlo?

Un quieto mediodía sin viento, bajo un cielo azul moteado de nubecitas ovejunas, se detuvo entre un chirriar de frenos, frente a la casa del comisario Nemesio Arismendi, un automóvil verde que venía de Maturín a todo escape. Desde el interior hablaron dos hombres de rostro descompuesto, vestidos de casimir oscuro, con una barba de tres días. Nemesio Arismendi se había acercado solícito a la ventanilla del vehículo para escucharlos.

—Sí, mi general

—dijo.

Y después de un silencio:

—¿Cómo va a ser, mi general?

Y tartajosa la lengua:

—¡Es increíble, mi general!

El automóvil paró luego ante el campamento de lona, llenó su depósito de gasolina y continuó su ruta hacia el centro del país con la misma celeridad que lo había traído. Pero dos horas más tarde resonó ante la puerta del comisario la cometa punzante de una camioneta

—ésta había arrancado de Cumaná la noche anterior

— y se produjo una escena similar a la primera, aunque Nemesio Arismendi no se mostró tan asombrado ni tan respetuoso.

—¡Mejor es que no se queden por aquí

—aconsejó a los fugitivos.

La noticia se desparramó por la sabana como lengua de candela en pajonal reseco.

—¡Se murió!

—¡Se murió el general!

—¡Se murió el general Gómez!

Guillermito Rada sintonizó en su radio de pila varias estaciones que chisporroteaban estridencias atmosféricas y discursos. Eso le permitió suministrar un informe mucho más completo:

—Se murió el general Gómez y la gente se está levantando en todas partes. Parece que en Caracas hay una matazón.

Al anoecer llegaron tres camiones de Ciudad Bolívar, ante nubarrones de polvo, abarrotados de hombres, de banderas tricolores y de gritos:

—¡Viva la democracia!

—¡Abajo los espías!

Todos se acercaron a recibirlos menos el comisario Nemesio Arismendi, que, aunque no había cometido todavía ningún crimen y era apenas un vendedor de cerveza entrometido a comisario, ya había desaparecido sin dejar rastro.

Eran obreros del puerto, estudiantes de bachillerato, dos o tres hombres barbudos que acababan de ser rescatados de la cárcel, un cura joven o seminarista que parecía un poco avergonzado de haberse comprometido en aquella aventura. Uno de los estudiantes, larguirucho y despeinado, con un fleco negro que le caía sobre ambos ojos y tenía que apartarlo a manotazos para mirar al auditorio, se trepó a la plataforma del taladro y arengó a la gente:

—Ha muerto el tirano que oprimía cruelmente a nuestra patria y el pueblo se ha lanzado a las calles y a los campos de Venezuela, resuelto a reconquistar para siempre su libertad y sus derechos...

El grupo desparramado escuchaba en silencio, atentamente, inclusive Taylor, Reynolds y los otros americanos.

—Ha llegado la hora de la justicia. Las casas de los gomecistas han sido saqueadas por las masas enfurecidas. Los presos han sido libertados por las manos del pueblo...

Uno de los hombres barbudos se acordó de sus años de calabozo y grillos e interrumpió de repente:

—¿Dónde está el comisario de este lugar? ¡Hay que sancionarlo!

Entonces mister Taylor subió a la plataforma del taladro, tomó sitio al lado del estudiante y habló con un tono mesurado y cortés que no empleaba desde cuando era alumno de la Universidad de Oklahoma y estaba en la obligación de responder comedidamente a los profesores:

—El comisario ha huido, señores. El comisario era el único político que había en este lugar, en este sitio de trabajo

—y alzó la mano hacia los hierros cruzados de la torre

—. Los demás somos un grupo de técnicos, geólogos y obreros, venezolanos y extranjeros, que estamos realizando una labor industrial, totalmente apartada de la política. Sin embargo, si es como ustedes proclaman, que el país va a conquistar la legalidad y la democracia con motivo de la muerte

del general Gómez, la Compañía se complacerá mucho presenciar esa transformación...

Después les ofreció gasolina para los tres camiones, gratuitamente, en nombre de la Compañía. Y provisiones para el camino: jamones, latas de sardinas, cajas de galletas, también obsequio de la Compañía. En medio de tanta gentileza no ocultaba sus deseos de verlos continuar el viaje. Los despidió con una ancha sonrisa y se mantuvo en el centro del corro de obreros y mujeres, contemplando la polvareda de los caminos y el tremolar de las banderas, hasta que se apagaron los gritos en la lejanía:

—¡Viva la democracia!

—¡Abajo los espías!

El capataz Luciano Millán, el boticario Secundino Silva y el cargador de agua Pancho Marcano entraron a la bodega de las Villena hablando en voz alta y ordenaron tres copas de ron para celebrar el acontecimiento.

Secundino Silva deliraba:

—¿Y eso es todo lo que va a pasar en este lugar mientras el país se sacude de un extremo a otro, mientras la muerte del tirano cambia decisivamente el rumbo de nuestra historia?

Y Luciano Millán lo bajaba a la realidad:

—¿Y qué quieres tú que pase? Esto no es sino un puñado de chozas de bahareque y moriche, que no llegan a treinta, cuatro casas portátiles de los americanos, un campamento de lona y un taladro. ¿Qué quieres tú que pase?

Carmen Rosa se sentía inundada por un cálido bienestar indefinible. Pensaba en los estudiantes que cruzaron las calles en escombros de Ortiz, seis años antes, rumbo a los trabajos forzados de Palenque. ¿Qué habría sido de ellos? Pensaba en los presos todos de las cárceles, de los castillos y las carreteras, «libertados por las manos del pueblo» como dijo el estudiante de fleco negro S re los ojos; en las mujeres llorosas y risueñas que en aquellos momentos los tendrían de nuevo entre sus brazos, por fin de regreso. En la madre que ahora prepararía afanada y gozosa el guiso que más le gustaba al hijo que había vuelto. En la mujer silenciosa que tendería temblando las sábanas más blancas para el hombre que había recuperado después de tanta espera. Luchó por apartar de su mente la imagen de Sebastián, su novio muerto

—de no estar muerto, Sebastián se encontraría hoy al frente de quienes arengaban al pueblo y reclamaban justicia, ya lo sabía

—, pero no quería pensar en eso para no enturbiar en ninguna forma la alegría que le empañaba los ojos.

—¡Tres rones, hágame el favor!

—repitió Luciano Millán.

Carmen Rosa sirvió cuatro vasitos y les dijo con una sonrisa que nunca le habían visto antes:
—Esta tarde yo me torno un trago con ustedes.

Muchos meses después se derrumbó Francis J. Taylor. Aquel hombre martillado en acero como las cabrias, aquella energía enhiesta y en movimiento, aquel atleta con más aspecto de pitcher que de geólogo estaba enfermo de gravedad. El lo comprendió una mañana, cuando se le nublaron los ojos, un dolor agudo le estalló bajo las costillas y una sensación de desplome lo cimbró como un machetazo. Guillermito Rada quiso llamar al suizo, pero el propio Taylor se lo impidió.

—Esto parece muy serio

—dijo

—. Hay que pedir un médico a la Compañía.

Pasó dos días inmóvil, con los ojos abiertos, mirando el techo de lona, en tanto llegaba un médico desde Caripito. Apenas cruzaba breves palabras imprescindibles con el chino Alfredo o con Reynolds, cuando este último se acercaba a indagar cómo se sentía.

Llegó el médico finalmente, con su maletín negro y su estetoscopio, y lo examinó durante más de una hora.

—Aquí no se puede quedar

—fue su conclusión

—. Debe venir conmigo a hospitalizarse.

Y se lo llevó esa misma tarde en un pesado automóvil negro, reclinado entre almohadones, a una velocidad de carro de bueyes que amortiguaba los saltos en los baches.

A los capataces y a los obreros se les dijo simplemente que Taylor se marchaba porque necesitaba un descanso, pero todos entrevieron que no era cierto y adivinaron que iba a morir. De otra manera no habría solicitado jamás la visita de un médico, ni habría aceptado los almohadones, ni la lentitud humillante de aquel automóvil cachazudo.

—¡Qué enfermedad tan rara!

—comentó la mayor de las Maita

—. Deben habérsela contagiado en uno de esos países salvajes donde estuvo antes.

—¡Tenía que sucederle!

—razonaba por su lado Secundino Silva

—. Es que no se puede trabajar así como trabajaba mister Taylor, a reventarse el alma, como si el hombre fuera una máquina y no un hombre. ¡Tenía que sucederle!

Lo cierto fue que se llevaron a Taylor para encerrarlo en un hospital, donde, sin duda alguna, se moriría entre rezos de monjas y ráfagas de éter. Y al día siguiente, precisamente al día siguiente, como por un extraño e inexplicable sarcasmo de aquella sabana muda, fue cuando apareció el petróleo en el pozo Oficina N° 1, que de esa manera lo había bautizado el jefe de operaciones, Francis J. Taylor, en su informe a la Compañía.

La cosa sucedió durante el turno de la cuadrilla de Tony Roberts, diurno en esa ocasión. Los hombres sudaban bajo un sol de las dos de la tarde, que el soplo refrescante del viento hacía un tanto más llevadero.

El perforador observaba fijamente el temblor de las agujas en el cuadrante. Los cuñeros destornillaban el extremo de un tubo, manipulando sus llaves Y garfios gigantes, ayudándose con patadas de sus zapatones, cuando irrumpió por el agujero de la plataforma una bocanada de líquido negro y espeso que los bañó de pies a cabeza. Y no pasó nada porque la perforación, alertada por Francis J. Taylor, se realizaba con esmerada cautela y se habían tomado las precauciones necesarias para evitar que el estallido súbito de un surtidor de petróleo lanzase por los aires todo aquel andamiaje: la plataforma, la torre, los tubos, los hombres.

Había ocurrido, sin embargo, un acontecimiento trascendental que, esculpiría en letras de oro aquel 16 de julio, día de Nuestra Señora del Carmen en los corazones de los accionistas de la Compañía. La colosal serpiente! negra, sepultada por millones de siglos en las oquedades de la llanura, había sido alanceada por la tubería del taladro, a 6.184 pies de profundidad. Sus primeros goterones libres se abrían a la luz del sol como una oscura palmera.

Tony Roberts detuvo sus máquinas. Pronto acudió Charles Reynolds, ahora jefe provisional del campamento, y los perforadores que no estaban de guardia, y los ingenieros y Guillermito Rada. Charles Reynolds empapó sus manos en el petróleo que fluía, lo olió detenidamente y sospechó desde el primer instante que aquel era más fino y de mejor precio que el del Lago de Maracaibo. Así lo había previsto Francis J. Taylor.

Se reunieron en grupo sobre la plataforma, alrededor del caño embetunado y gorgoteante. Ingenieros, perforadores y cuñeros, el encuellador de altura, el mecánico, un muchacho que ayudaba a mezclar sustancias químicas en el barro de circulación, se mantenían tiesos y solemnes, conscientes de la importancia del momento, como si posasen para una fotografía que, en realidad, merecía ser tomada. Pero Charles Reynolds se limitó a anotar, en una carterita de cuero negro, la profundidad del taladro y, a renglón seguido, la fecha y la hora exacta del reventón.

Después le correspondió el turno a otra cuadrilla y los hombres bajaron lentamente de la plataforma. Tony Roberts, tras cambiarse la ropa de trabajo embadurnada de lamparones negros y de pegotes de barro gris, decidió emborracharse, Pero no para celebrar la aparición del petróleo en el pozo Oficina N° 1, que al fin y al cabo nada le iba ni le venía con la aventura de ese hallazgo, ni lograría mejorar su sueldo de perforador por ese motivo. Se emborrachó para no seguir pensando en el inaudito derrumbamiento de Francis J. Taylor, justamente en la hora misma en que una descomunal serpiente oscura, por los siglos de los siglos soterrada, encontraba una larga cañería que la guiaba a

la luz del sol.

Y cuando Tony Roberts; se emborrachaba, lo cual no sucedía frecuentemente, decía un puñado de cosas absurdas.

—Mi querido pecoso Robinson, usted cuñero, Tony Roberts perforador, Francis J. Taylor jefe de esta cuadrilla de piratas, ¿para qué servimos? ¿Para qué sirve esa torre de acero, y m tubería de 6.184 pies y, esa plataforma que gira y gira y gira? ¿Para qué sirve esta sabana hinchada de petróleo? ¿Para qué servimos los hombres que hemos buscado ese petróleo como perros cazadores y lo hemos encontrado? ¿Para qué sirvió Francis J. Taylor?

El pecoso Robinson lo miraba sin responder, entre buche y buche de cerveza tibia.

—Todo sirve para lo mismo, pecoso Robinson. Esta noche llegará a Pittsburgh un cable cifrado y mañana subirán las acciones de la Compañía. ¿Qué cosa es la Compañía ¿Quién es la Compañía? ¿Qué Compañía? Usted y yo con las manos desolladas y el lomo cansado, estamos tomando cerveza caliente en una sabana sin árboles y sin mujeres. En cuanto a Taylor, se está muriendo en un hospital. ¿No comprende usted?

La verdad era que el pecoso Robinson no realizaba el menor esfuerzo para comprender tantos disparates.

—Bébase su cerveza tranquilo, Tony

—dijo por último

— y no hable pendejadas.

CAPÍTULO VI - LA GRETA GARBO

—ANOCHÉ llegaron dos camiones más

—dijo doña Carmelita y se movió azarada detrás del mostrador de la bodega.

Que ya no era la misma bodega. Carmen Rosa había sustituido el improvisado y tembleque mobiliario de Luciano Millán por un sólido mostrador de madera pesada

—madera de corazón traída por el Morocho Alegría del Bajo de San Miguel

— y unas armaduras no menos firmes en cuyos travesaños se alineaban los potes de leche condensada con un pichón piando en la etiqueta, o los de salmón con un pescado azul saltando de las aguas, o la policromía de las botellas de refresco, verde limón, oro naranja, rojo frambuesa. En un rincón blanqueaba una pequeña nevera de kerosén con seis botellas de cerveza apesadas en sus parrillas interiores. Además, el piso era de cemento y no de tierra pisada como seis meses antes.

—Cada día aparece más gente

—respondió Carmen Rosa

—. Como si todo el país supiera ya que los americanos encontraron petróleo en esta sabana perdida.

—Como si el mundo entero lo supiera ya. Porque de Colombia también llegan, y de Curazao, y de Trinidad y de la Guayana Inglesa.

—Y chinos y culíes que nadie sabe quién los trae ni de dónde vienen.

—Deben ser gente mala, hija. A todos les relumbran los ojos con un brillo raro.

—Habrá gente mala y gente buena como en todas partes, A todos les relumbran los ojos como nos relumbraban a nosotras cuando llegamos.

—Tengo miedo, hija, de que un hombre de esos se enamore de ti

—confesó la madre

—. A fin de cuentas no somos sino un par de mujeres indefensas. Y tú eres una muchacha joven y bonita, como no puede haber otra en estos lugares.

Carmen Rosa rompió a reír.

—Ni que estuviéramos en plena selva o en un desierto. Hay un nuevo jefe civil, representante de la ley, con tres policías a su mandar. Están los ingenieros, los empleados y los obreros de la Compañía que nos respetan y nos quieren. Y está Olegario que nos cuida día y noche como un perro fiel.

—Y Dios que nos ampara, hija.

—Y Dios que nos ampara, madre. Aunque la verdad

—continuó Carmen Rosa medio en broma

— es que no tendría nada de extraño que alguno se enamorara de mí, si es que no se ha enamorado ya... interrumpió la madre, alarmados los ojillos vivaces:

—Cuando tú dices eso es porque estás segura de que ya ha sucedido. ¿Quién se ha enamorado de ti?

Carmen Rosa volvió a reír sonoramente y señaló, con el índice extendido en un gesto afectado y burlón, una figura que casualmente cruzaba el claro de la puerta, con un gran cesto sobre los hombros, y tornaba hacia ella sus acongojados ojos negros y sus bigotes diagonales, mientras murmuraba entre reverencias: Buenas noches, buenas noches, aunque eran todavía las tres de la tarde.

—¿El turco Avelino?

—Iloriqueó doña Carmelita

—. ¡Ave María Purísima! ¡Un turco!

—¿Y qué importa que sea turco? Es un hombre joven, fuerte, trabajador, con unos ojos tristes y muy bonitos. Además, tú eres cristiana y sabes muy bien que los turcos tienen un alma exactamente igual a la nuestra.

—Pero si yo no le estoy negando el alma

—replicó la madre en creciente zozobra

—. Sin embargo, por lo mismo que soy cristiana no puedo ver con buenos ojos que un hereje, un hombre con otra religión, con otro Dios y otras costumbres, venga a enamorarse de mi hija.

Carmen Rosa rió por tercera vez.

—Por favor, mamá, cualquiera se imagina que estoy resuelta a casarme mañana con el turco Avelino en la mezquita de la esquina. He dicho solamente que está enamorado de mí, que así lo parece, que a lo mejor me equivoco. Y como enamorarse de una no es una ofensa sino todo lo contrario, pues yo se lo agradezco y me cae simpático. Esto es todo.

No era todo. Pero el resto de la historia no podía contársela Carmen Rosa a la madre sin correr el riesgo de que la pobre vieja se le muriera del susto. No se trataba del turco Avelino, respetuoso y melancólico, que nunca pasó de mirarla largamente, de traerle regalitos envueltos en papel rosado y de suspirar de vez en cuando frases como ésta: «Usted sabe lo que me está sucediendo, señorita Carmen Rosa, y el día que me dé permiso, se lo cuento todo». Se trataba del tuerto Montero que pasaba una y otra vez por frente a la puerta de la bodega con cualquier pretexto, que la seguía por las calles polvorientas cuando ella iba de compras, que la miraba con una llama sucia ardiendo en el ojo sano, que se agazapaba entre las sombras de la esquina cuando ella cerraba la puerta de la bodega atisbando su cuerpo, olfateando su rastro.

—¡Mira!

—gritó la madre.

Tres camiones gigantescos cruzaban lentamente la esquina de la bodega, uno después del otro, con algo de paquidermos o de trasatlánticos. Eran monstruosos vehículos de ruedas dobles que llegaban al pueblo cargados de nuevos materiales: rieles y vigas de acero para edificar torres, largos tubos negros para la perforación, planchas de aluminio para armar tanques, cuerdas para los malacates, garfios, tomillos, tuercas y manivelas.

—La sabana entera se llenará de taladros

—dijo doña Carmelita.

En pos de los camiones descomunales corrían niños desnudos y perros, sarnosos.

Entonces surgió de la polvareda que levantaban los camiones e hizo su aparición ante ellas el personaje más inesperado: un cura. Un cura gordo y mofletudo, con la sotana bastante nueva y los cachetes irritados por la afeitada reciente. Un cura que se metió de rondón en la bodega y dijo resueltamente:

—¡Santas y buenas tardes les dé Dios!

—y en el silbido de las eses y en la desusada construcción de la frase comprendieron madre e hija que el visitante era español de nacimiento y recién llegado al país, por añadidura.

—¡Muy buenas tardes, padre!

—respondió con humilde presteza doña Carmelita, como en un jubiloso balido de oveja reencontrada por su pastor.

—¡Buenas tardes, padre!

—añadió Carmen Rosa.

A un ministro del Señor no lo recibirían desde el mostrador de la bodega como a un cliente cualquiera. Lo guiaron hasta el pequeño cuarto vecino, hasta el antiguo dormitorio transformado en salón de recibo. Alrededor de una mesita con florero hacían corro los muebles de maderas entrecruzadas y barnizadas de verde, cada silla con su pañuelito blanco sobre el espaldar.

El cura se sentó en la poltrona mientras las dos mujeres tomaban sitio en el sofá, apenas en el borde del sofá, y se disponían a escuchar. Pero el hombre gordo resopló un rato su fatiga en silencio, colocó el sombrero de teja sobre la mesita del centro, al pie del florero, y extrajo un pañuelo del bolsillo lateral de la sotana.

Doña Carmelita se creyó en el deber de iniciar la conversación:

—Suponemos que usted no viene de paso sino a quedarse. Está haciendo una falta inmensa un sacerdote y también una iglesia en este lugar. No hay quien confiese a los agonizantes. Todos vivimos y morimos en pecado mortal.

—Pienso quedarme, señora, vengo a quedarme

—respondió el cura tras secarse el sudor que se le empozaba en las roscas del cuello

—. La superioridad eclesiástica me ha enviado a este sitio y espero que Dios ilumine mis pasos y me ayude a proteger a esas almas descarriadas de que usted habla y a salvarlas del fuego

eterno.

No le gustó a Carmen Rosa que mencionara el fuego eterno. No podía olvidar una de las frases irreverentes del señor Cartaya, el viejo masón de su pueblo: «Hay dos clases de curas: los que prometen el cielo, que son regulares y a veces pueden llegar a ser bueno!, y los que amenazan con el infierno, que son unos perversos».

—He venido a visitarlas a las pocas horas apenas de mi llegada

—continuó el cura

— porque las hermanas Maita, católicas de todo corazón

—y pronunciaba la zeta de corazón como si con ella estuviera serruchando en dos trozos la palabra

—, me recomendaron mucho que lo hiciera

—y pronunciaba la ce de hiciera como si fuera una zeta

—.

—¿Y cuándo dirá la primera misa?

—preguntó emocionada doña Carmelita.

—El próximo domingo, si Dios quiere, en la posada de las hermanas Maita, donde hemos improvisado un humilde altar. Para servir a Dios no hay que perder tiempo, ¿verdad?

—y al sonreír mostró dos dientes de oro y los otros manchados de nicotina.

Se había liberado del cansancio y del resol a la sombra de aquel techo, arrellanado en su poltrona verde. Ahora hablaba él solo, con soltura de predicador. Carmen Rosa le trajo un refresco y lo paladeó a sorbitos como si se tratara de un buen vino. Dijo su nombre sin que se lo preguntaran, Pedro Francisco Toledo, el padre Toledo, para servirles. Contó un hermoso milagro de la Virgen de Lourdes que nubló los ojos cándidos de doña Carmelita. Y por último decidió indagar los precios de los comestibles y de las cosas de primera necesidad.

—¿Cuánto vale en este sitio un kilo de carne?

—¿Cuánto cobra una cocinera mensualmente?

—¿Son muy caros los tabacos habanos? ¿Se consiguen tabacos habanos?

—¿Se puede alquilar una casa barata?

Fueron a despedirlo hasta la puerta lateral, la que se abría sobre el otro costado de la esquina. Al fondo de la casa no existía la horrible letrina de antaño sino un pequeño jardín que Carmen Rosa había levantado amorosamente para destruir la leyenda según la cual sobre la Mesa de Guanipa no crecían sino paja y chaparros. Ya habían prendido las cayenas rojas, ya el limonero que le trajo de muy lejos el turco Avelino se alzaba dos palmos del suelo, ya tres matas de plátano desplegaban sus anchas hojas de un verde tierno, tan diferente al verde taciturno de los chaparrales. Ya un rosal, nada menos que un rosal, entreabría su primer botón amarillo.

—¡Tiburcio, dile al «Tuerto» que sirva otra cerveza y otro brandy!

—gritó Govito Rivas desde una de las tres mesitas.

Tiburcio era un indiecito de la tribu de los Cachama y se lo habían traído de regalo al tuerto Montero como si no fuera un ser humano sino un cachorro, Tiburcio fue en busca de las bebidas y María Pollito le pasó el brazo por el hombro a su compañero de mesa porque Goyito Rivas, encuellador de altura y margariteño de pura cepa, pagaba cuando estaba borracho el doble de lo que ella normalmente recibía por su dormida.

—¿Saben que volvió la Greta Garbo?

—dijo en otra mesa María Gallina, sentada entre Pancho Marcano el cargador de agua, y una muchacha desteñida llamada Leonor, a quien todavía no le habían puesto sobrenombre.

Al igual que en la bodega de las Villena y que en la botica de Secundino Silva, se advertían grandes progresos en la cantina del tuerto Montero. Formaban un solo salón encementado los que antes fueron dos cuartos de tierra endurecida. El «Tuerto» había sacrificado su dormitorio en beneficio del ensanchamiento del negocio. Ahora se acostaba con María Pollito, cuando ésta no tenía clientes en su catre, o con María Gallina, que le gustaba mucho menos, cuando la pequeña estaba ocupada. O colgaba su chinchorro entre los dos horcones de la cantina, los sábados en la noche, cuando ambas mujeres encontraban marido.

—¡Más cerveza para mí!

—gruñó desde la tercera mesa Tony Roberts, que andaba esa noche sin compañero de parranda.

Ahora las mujeres eran seis. Entre ellas una francesa, un poco vieja en verdad pero de todos modos francesa, que se llamaba Susana y disfrutaba merecida fama de ser muy ingeniosa porque había mandado pintar con alquitrán, en la pared blanqueada del rancho de bahareque donde dormía, un letrero negro con estas palabras

SUSANA TIENE UN SECRETO

El secreto era un porquería que no se puede contar en una novela, pero lo cierto era que cobraba treinta bolívares por revelarlo y había noches en que cinco y hasta seis curiosos se empeñaban en descifrar el enigma y ella no malgastaba remilgos en complacerlos, siempre y cuando desfilaran uno

por uno.

—¡Anda, mí amor, dile a Mirandita que toque algo!

—pidió en falsete María Pollito.

Las botellas no andaban dispersas por los rincones, como antes, sino enfiladas en una armadura, al alcance de las manos del «Tuerto». El patrón no se separaba del mostrador sino cuando dos o más borrachos se peleaban a puñetazos y era preciso destrenzarlos para que no destruyeran los muebles y los vasos en el forcejeo. La cantina prosperaba a ojos vistas, como también el otro negocio del «Tuerto», el de prestar cuatro fuertes para que le devolvieran cinco el día de pago. Tanta era su bonanza que había comprado un billar de segunda mano en Barcelona y estaba esperando su llegada para instalarlo en el cuartucho de la parte trasera de la casa, junto a la gallería.

—¡Más cerveza te dije hace media hora, Tiburcio del carrizo!

—insistió Tony Roberts colorado y sediento. Y palmoteó como si se encontrara en un bar auténtico de Dallas o de Houston.

Mirandita comenzó a tocar en su bandolín el fox trot que le había pedido María Pollito y que nunca le salía bien porque su mano estaba aquerenciada en el ritmo de los valeses y de los pasodobles. A los primeros compases entró la Greta Garbo y las otras mujeres se adelantaron a darle la bienvenida.

—¡Qué bien estás!

—¡Pareces otra persona!

La Greta Garbo, vestida de negro y lentejuelas, sonreía vagamente y repartía besos displicentes entre sus antiguas compañeras. Había regresado a Oficina N° 1 y era realmente otra persona. Pero esa persona diferente no lograba apartar de su cabeza el recuerdo lacerante de las curas que le hacía el suizo, tendida ella de espaldas en un chinchorro, con las piernas abiertas, clavados los dientes en los hilos de las cabuyeras para ahogar sus propios gritos que sin embargo se le escapaban desgarradores:

—¡Ay mi madre! ¡Que me voy a morir! ¡Que me voy a morir!

Mirandita, el músico, también estaba muy enfermo para aquel entonces, desfigurados los pies por los edemas, casi tan pálido como un cadáver, casi tan flaco como una osamenta, tumbado en el chinchorro del cuarto vecino, con su cirrosis hepática. Mirandita respondía a los gritos de la mujer quejumbrosa con ásperas imprecaciones:

—¡Cállate, Greta Garbo del carajo, que tú no te vas a morir todavía! Te vas a curar y vas a seguir puteando. El que se va a morir soy yo y tú no me dejas morir en paz con tus chillidos.

Ninguno de los dos había muerto, como podía comprobarse esa noche, aunque Mirandita volvió a tomar aguardiente y a tocar su bandolín en la cantina del «Tuerto» y no duraría mucho, todo el

mundo lo sabía. La Greta Garbo, en cambio, se largó a Ciudad Bolívar en un camión de carga, se sometió a un tratamiento médico y ahora regresaba, a seguir puteando como predijo Mirandita, curada y temblorosa de miedo.

Tan atormentado era ese miedo que casi nunca volvió un hombre a buscarla, después que se hubo acostado con ella una vez. Porque en aquella primera ocasión, cuando ya el visitante estaba descalzo y en calzoncillos, a punto de apagar la vela de un soplo, la Greta Garbo se le acercaba con los ojos aguados y le decía suplicante:

—¿Verdad que tú no me vas a enfermar? ¿Verdad que tú no estás enfermo, mi amor? ¡Júramelo por tu mamaíta...!

Y a nadie le agradaba un juramento en tales circunstancias.

CAPÍTULO VII - CHARLES REYNOLDS

—¡OCHENTA y ocho!

—cantó el padre Toledo.

Carmen Rosa y Tony Roberts señalaron el 88 con un grano de maíz en sus respectivos cartones.

Ocho personas estaban sentadas a lo largo del mesón de las Maita, seis en taburetes, el cura y doña Carmelita en sillones de cuero. Dos lámparas de carburo derramaban una luz verdosa y maloliente por encima de las ocho cabezas. Doña Carmelita no jugaba sino esperaba pacientemente los recesos para conversar un poco y expresar sus temores.

—¡Los dos patitos!

—dijo el cura con la voz gangosa que reservaba para la misa de difuntos.

Las hermanas Maita cambiaron una mirada y una sonrisa. Ya el padre Toledo había aprendido a decir «los dos patitos» cuando se trataba del 22. Aunque todavía pronunciaba patitos en lugar de paticos.

—¡Mueva bien esa busaca! No me ha sacado un solo número

—protestó Secundino Silva, y en comprobación de su mala fortuna, se abanicó con su cartón sin maíces.

El padre Toledo, complaciente, movió la mano de un lado a otro dentro de la funda de tela, hizo entrechocar las baratas de madera y luego extrajo una cuidadosamente, como con pinzas.

—¡El siete pelado!

—cantó.

—¡Lotería!

—vociferó Gualberto Cova, recién designado jefe civil de aquella población, y se levantó acto seguido a cobrar los siete mediecitos que le correspondían.

Doña Carmelita aprovechó el intervalo para insistir en sus invariables lamentaciones.

—Siguen llegando nubes de gente rara y hacen sus casas donde les da la gana, a veces con la cara pegada a otra casa, puerta contra puerta, como si desafiaran al vecino.

—No se preocupe Doña Carmelita

—respondió la menor de las Maita

—, que nosotras también hicimos la casa donde nos dio la gana cuando llegamos. Además, ya los cantauños se pusieron de acuerdo para ponerle el nombre de la calle Cantaura a su hilera de ranchos. Ya tenemos dos calles con nombres, ¿qué les parece?

Cada uno había colocado su cartón al alcance de la mano, al pie de la pilita de maíz que serviría para anotar los números. El cura retornaba cuidadosamente, una por una, las pequeñas esferas de madera al seno del bolso de dril.

—¡Y la gente que viene, Dios mío!

—machacó Doña Carmelita

—. ¡Hay cada facha!

—En eso sí tiene razón

—la apoyó la otra Maita, la mayor

—. Yo creo que en alguna parte han vaciado las prisiones para mandarnos lo que tenían dentro.

—Es que la gente se imagina que el petróleo corre por las calles, uno lo recoge con totumita, llena su depósito particular y se hace rico

—dijo el perforador Tony Roberts.

—Y lo peor

—concluyó el jefe civil

— es que yo no dispongo sino de cuatro policías y de un solo calabozo para meter a los malhechores.

—¡Cuarenta y siete!

—gritó el cura que ya había iniciado la nueva partida.

—Si esta lotería la vuelve a ganar el jefe civil

—murmuró por lo bajo Secundino Silva a Carmen Rosa

—, es porque hay combinación fraudulenta entre la iglesia y el estado.

Carmen Rosa rió ruidosamente y seis rostros extrañados se volvieron hacia ella.

—¡Sesenta y dos!

—cantó el cura, y en esa ocasión desengoló la voz, temeroso de que la muchacha se hubiese reído de su solemnidad de sochantre, Doña Carmelita, sin prestar atención a los guarismos de los cartones, ni al solfeo del cura, ni a los granitos de maíz, se puso a pensar en la necesidad de construir una iglesia. Hasta ahora el padre Toledo se veía obligado a decir misa en la casa de las Maita, convertido en altar este mismo mesón donde se jugaba a la lotería, o al pie de una cruz de madera que los americanos habían erigido sobre un bloque de cemento, en las cercanías del cementerio de Iona. En cuanto a la confesión, se practicaba al aire libre, a la sombra de un naranjo tiñoso, único árbol en el patio de las hermanas Maita.

—¡Los Santos Apóstoles!

—gritó el cura, satisfecho de haber injertado una nueva designación en la jerigonza tradicional del juego.

Pero Secundino Silva protestó:

—¿Qué cuestión es esa de los apóstoles? Explíquese mejor porque yo no le entiendo.

—El doce, hijo, el doce. Los Apóstoles eran doce

—respondió el cura sonreído.

—Incluyendo a Judas

—gruñó maliciosamente Secundino Silva, que había apuntado su doce desde el primer momento con el maíz más cercano.

Doña Carmelita se balanceaba adormilada cuando el cura cantó:

—¡La edad de Cristo ¡El 33!

Y el Jefe Civil Gualberto Cova pegó un nuevo golpetazo en la mesa y gritó:

—¡Lotería!

Comenzaron a guiñar débilmente sus luces las lámparas de carburo y se resolvió suspender el juego. Doña Carmelita habló entonces de la iglesia que aún no existía, que les estaba haciendo tanta falta. Encontró el apoyo apremiante del padre Toledo y también de la señora del jefe civil, María Eduvigis de Cova, una gorda vestida de negro que hasta ese momento no había dado muestras de vida y se limitaba a sonreír satisfecha cada vez que su marido gritaba «lotería», porque premeditaba arrebatarse, cuando llegaran a la casa, todos los medicitos que había ganado.

A la hora de la despedida, arremolinados junto al muro de la posada, se hicieron proyectos a la luz de la luna. El padre Toledo se dirigiría a la Compañía en solicitud de dinero y materiales de construcción. Doña María Eduvigis de Cova organizaría una colecta entre toda la población, tocaría a las puertas como los mendigos, abordaría a los obreros en las taquillas de la Compañía. A la vuelta de seis meses Oficina N° 1 tendría iglesia de cemento y ladrillos con un San José de madera en el altar mayor, estallante el amarillo del manto junto a la blancura de la vara de nardos.

Doña Carmelita escuchaba con un relumbro de satisfacción en su cara de ratoncito. Y aquella noche, mientras esperaba el sueño en la cama de lona templada que Carmen Rosa le había comprado para que no durmiera en chinchorro como los indios, un vaho de oloroso incienso y un rumor de campanas tocando a Gloria le arrullaron el diminuto corazón.

Las partidas de lotería sirvieron también para que Carmen Rosa y Tony Roberts se hicieran amigos. El perforador texano se inclinaba evidentemente a frecuentar el trato de los nativos y a adaptarse a sus costumbres. Hacía todo cuanto estaba a su alcance para hablar en criollo, no obstante su torpeza en diferenciar las buenas de las malas palabras. Cuando se tomaba más de seis brandis no cantaba *We have no bananas today* como en los primeros tiempos, sino Carmen la que contaba diez y seis años, ¡qué linda era!, ¡qué linda era!, arrastrando las erres como un cigarrón. Por lo demás, Tony Roberts tenía una novia en el camino de Cantaura, casi llegando a Cantaura, y la visitaba los domingos en un Ford esquelético que nadie sabía dónde había comprado. Y se iba a casar con ella cualquier día, aunque la muchacha sospechaba que el americano la había enamorado para pasar el tiempo. Pero se iba a casar con el propósito de mejorar la raza texana que, en la opinión muy personal de Tony, estaba degenerada de tanto cruzar ojos azules con ojos azules.

Tony Roberts tuvo un lunes de esclavo porque la mecha del taladro tropezó una roca que parecía de hierro colado y fue necesario subir la tubería entera y cambiar la barrena por una mandíbula acerada de monstruo prehistórico que trituraba las piedras como si fueran nueces. Tony enronqueció de gritar a un cuñero novato que se movía pesadamente, a riesgo de romperse la crisma entre los tubos bamboleantes. Y llegó a su casa a las seis de la tarde, con los antebrazos endurecidos hasta los codos y una aspereza de papel secante en la garganta que no se aplacaba sino con cerveza fría.

Ya de camisa limpia, recostado al mostrador que apenas le sobrepasaba las rodillas, inclinó el vaso al servirse la cerveza para evitar que se derramara la espuma.

—¿Qué cosa es un sindicato, mister Tony?

—preguntó de repente Carmen Rosa.

El gigante rubio sacudió la cabeza sorprendido y la miró fijamente, sin responder.

—Es que el jefe civil

—explicó ella

— le dijo la otra noche al padre Toledo, en presencia mía, que habían salido unas hojitas escritas en máquina donde se invitaba a los obreros a formar un sindicato. Y le dijo también que desórdenes de esa clase no los iba a tolerar de ninguna manera.

—El padre de Tony sabía mucho de sindicatos

—comenzó con mucha calma Tony Roberts

—, pero la verdad es que ese conocimiento le trajo muy malas consecuencias. Hasta lo metieron tres veces a la cárcel como si fuera un bandido. La primera vez en Chicago por haber protestado por el fusilamiento de un señor Ferrer en España, ¡figúrese usted!

—Pero no me ha dicho qué cosa es un sindicato.

—La segunda vez que lo pusieron preso ya Tony tenía quince años y estaba estudiando bachillerato

—continuó el texano sin oírla

—. A Tony no le interesaban tanto los estudios como el base ball, porque la verdad es que bateaba como un demonio y el manager del colegio le decía cada vez que botaba la pelota por encima de la cerca: «Tony Roberts, usted va a llegar a las Grandes Ligas».

Carmen Rosa se resignó a ignorar lo que era un sindicato.

—Sírvame otra cerveza

—prosiguió Roberts

—. Tony no llegó a las Grandes Ligas porque perdió los estribos cuando se llevaron preso al padre, esta vez por protestar por el asesinato de un señor Jaurés en Francia, ¿qué le parece? Tony se fue del colegio, se puso a trabajar en una cantina para conseguirle algún dinero a Marny, aprendió a tomar cerveza y dejó el base ball definitivamente.

—¿Estuvo mucho tiempo preso su padre?

—Cuando lo soltaron el viejo se indignó porque Tony había dejado los estudios. Lo metió en otro colegio y lo obligó a terminar el bachillerato mientras él sudaba como un caballo en la metalurgia y discutía a gritos la política de los otros países que tan cara le había costado. Ahora hablaba enfurecido de la guerra imperialista y Marny y Tony comprendieron que volvería a la cárcel.

Carmen Rosa no entendía cabalmente lo que el americano le contaba, pero le divertía su manía de mencionarse a sí mismo en tercera persona, COMO si se tratara de un ausente.

—Cuando Tony recibió su diploma de ingeniero se murió el viejo y al poco tiempo se murió también Marny de tristeza. Tony dibujó planos en una oficina de Houston, muy bien vestido, muy bien afeitado y tenía una novia llamada Alice para ir con ella al cine los domingos y pellizcarla dulcemente en la oscuridad. Entonces le dijeron que un perforador petrolero ganaba el doble que un ingeniero, trabajando al aire libre, sin obligación de ponerse corbata. Y como Tony no es pendejo, se metió a perforador.

Trasegó medio vaso de cerveza sin detenerse a respirar y decidió finalmente responder la pregunta inicial de Carmen Rosa.

—Un sindicato, señorita Villena, es un comité que forman los trabajadores para defenderse de los dueños de la compañía donde trabajan.

Pagó sus cervezas, utilizó un pañuelo con dimensiones de mantel para secarse el sudor del cuello, y agregó:

—En ese pleito, casi siempre gana la Compañía.

Y ya desde la puerta, la cabeza ladeada para no tropezar con el dintel, le hizo una petición:

—Si le cae en las manos una de esas hojitas de que hablaba el jefe civil, me la guarda para verla. No vaya a creer que Tony piensa meterse en el sindicato. Tony no está loco. Es por pura curiosidad.

En la medianoche del sábado cuatro o cinco lámparas de gasolina pestañeaban en la tupida oscuridad de la sabana. Una de las luces ardía en la cantina del tuerto Montero. Sobre el rectángulo verde de un billar no corrían las bolas de marfil, sino los huesos de un par de dados. Vinieron jugadores de Barcelona, de Ciudad Bolívar, hasta de Zaraza por los arenales, a tirar una parada aquella noche y a pelear gallos al día siguiente.

—¡Topo a usted!

—gruñó Montero, y los dados corrieron a todo lo largo M paño hasta chocar con una de las bandas del billar y detenerse en el retruque marcando un par de ases.

Montero perdía por primera vez. No porfiaba contra la suerte adversa. Por el contrario, se resignaba a arriesgar pequeñas sumas. Contra su costumbre, jugaba por lo bajito y concertaba apuestas prudentes mientras los otros se tiraban, a arrumarse. De los dedos retorcidos del «Tuerto» no habían saltado esa noche el par de señas, tres veces sucesivas, que le crearon fama entre algunos de ser asombrosamente afortunado y entre otros de jugador fullero con dados azogados que no caían sino por la cara del seis.

—¿Cómo son las paradas?

—inquirió Panchito Inojosa repicando los dados en el cuenco de la mano izquierda.

El tuerto Montero no olvidaba que este mismo Panchito Inojosa le había encajado una vez tres tiros, casi por el mismo agujero de la franela, aun cauchero francés que le echó un par de cincos con los dados compuestos. Eso pasó en Guasipati y la justicia nunca le cobró el muerto.

Otras dos lámparas encendidas eran las del negocio de la Cubana, una mujer que había nacido en Carúpano pero la llamaban de esa manera a causa de un chulo cubano que a todas partes la acompañaba. La Cubana llegó recientemente de Puerto La Cruz, con su chulo y cuatro prostitutas de no muy buen aspecto apiñadas en la camioneta, y montó su cabaret

—ella lo llamaba cabaret

— no para hacerle competencia al señor Montero

—ella lo llamaba señor Montero

—, sino porque Oficina N° 1 había crecido tanto que sobraba clientela para tres cantinas mas.

Aquel sábado Montero cerró las puertas del botiquín, resuelto a dedicarse exclusivamente a los jugadores de dados, y les dijo a las mujeres:

—Mejor es que se vayan para la casa de la Cubana.

Todas siguieron su consejo y una concurrencia inusitada abarrotaba el pequeño patio de cemento. La Cubana había colgado farolitos rojos, de papel de seda, entre las ramas nudosas de los chaparros. Y Mirandita, ¡todavía estaba vivo el infeliz Mirandita!, realizaba esfuerzos conmovedores para acompañar, en su bandolín de valsés y pasodobles, a Felito, el chulo de la Cubana, que tocaba la guitarra y cantaba Si te quieres por el pico divertir, cómprate ¡in cucuruchito de maní.

Veinte pasos más lejos, metidos en la comarca de sombras donde no llegaba la luz de las lámparas de la Cubana, dos hombres hablaban en pastoso secreteo:

—Está muy clara la cosa, Drácula. Le pegamos candela a una casa de las que quedan cerca del campamento de lona y, cuando los cuatro policías de Gualberto Cova corran a apagarla, nos zampamos limpiamente en la quincalla del turco Samuel que está en la otra punta del pueblo.

Drácula, peludo, prognático, movía las grandes mandíbulas en señal de asentimiento:

—¡Ese turco debe tener escondida una buena mascada porque no le entrega sus reales a un banco ni de vaina!

—Bueno, atiende al asunto. Tú llevas la botella de gasolina y los fósforos, escoges una casa de palma bien seca, riegas el techo y le pegas candela. Yo te espero junto a la quincalla del turco que tú sabes dónde es.

—Está bien, Agachao.

Una llamarada alevosa saltó a la cara de Drácula cuando roció de gasolina las palmas resacas y acercó la llamita del fósforo. El rosetón de candela se elevó por encima de los barrancos de tinieblas. Los gritos de la gente que dormía en el rancho despertaron a los vecinos.

—¡Socorro!

—gritó una mujer entre la humareda. La voz llorosa se le quebraba como una tinaja. Una rasgadura en el túnico le dejaba media nalga al aire.

Dos niños en cueros moqueaban despavoridos, colgados del túnico roto. La tronera se ensanchaba más y más y la mujer se iba quedando desnuda sin que ella se diera cuenta.

El marido gritaba de puerta en puerta:

—¡Corran a avisarle al jefe civil! ¡Ayúdenme a echarle agua al techo! ¡Qué se me queman los muchachitos!

Llegó finalmente Gualberto Cova con sus cuatro policías. Drácula y el Agachao desvalijaban en ese mismo momento la caja y parte de las mercancías del turco Samuel, sin que éste, roncando y bufando como una ballena apresada entre los hilos del chinchorro, llegara a percibir ruido alguno que le interrumpiera el dormir.

Policías, vecinos y obreros del taladro lanzaban baldes de agua sobre las llamas o

desentechaban afanosamente las chozas próximas para evitar que la quemazón se extendiera por toda la sabana. Se acercaron las mujeres del cabaret de la Cubana, a presenciar el espectáculo, pintarrajeadas y vestidas de acuerdo con su profesión. También llegó de improviso mister Charles Reynolds, que llevaba encima más de cinco meses de abstinencia sexual y tal vez por ese motivo no había logrado dormir aquella noche cálida sino ver gotear las horas desde su cama de campaña, con las manos cruzadas bajo la cabeza a guisa de almohada, fumando su pipa y pensando en actos incompatibles con sus principios puritanos. Por último intervino en su vigilia aquella candela que estalló a doscientos metros del campamento y hacia la cual dirigió sus pasos sin muchas reflexiones.

Charles Reynolds, de sweater naranja y blanco y casco de explorador, se alumbraba el camino con una linterna. La Greta Garbo, sumergida en el claroscuro que nacía de la fogata lo reconoció desde lejos. Ella se sabía de memoria, en sus menores rasgos, la silueta de ese americano que pasaba con frecuencia por frente a su casa, severo y silencioso, con una pipa entre los dientes y sin mirar a nadie. Le gustaba, así de sólo verlo pasar, mucho más que todos los hombres que había conocido hasta entonces, sin excluir a su tío Ezequiel, que de tanto gustarle se dejó malograr por él cuando era apenas una niña de trece años y usaba lazos azules en el pelo. Pero la verdad era que nunca había visto a Reynolds a menos de tres pasos, que jamás había escuchado su voz.

De repente se sintió empujada por una audacia que ella misma no podía refrenar. Se acercó silenciosamente al rincón apartado donde el americano se había situado para contemplar el aleteo de las llamaradas y le dijo:

—¡Buenas noches, mister Reynolds!

—¡Buenas noches!

—dijo el hombre sin tornarla en cuenta.

Pero ella continuó, impelida por un desbocado deseo:

—Usted me gusta mucho, mister Reynolds, siempre me ha gustado mucho. ¿Por qué no se viene a dormir conmigo, en vez de estar mirando una candela que ya se va a apagar?

Reynolds, desconcertado, alzó los ojos hacia la mujer rabia, angulosa, vestida de marchito terciopelo rojo, que lo contemplaba anhelante. Luego dijo:

—¡Usted está loca!

Le dio la espalda y emprendió el regreso al campamento. ¡Sólo eso faltaba! Que un hombre de rigurosos preceptos morales, educado a la claridad de la más indoblegable doctrina, se fuese a revolcar con la primera prostituta realenga que lo tropezara en un descampado. ¿De qué tenebroso cubil habrá salido esa mujer? ¿Qué llagas repugnantes le corroerán el alma y el cuerpo? ¿Cuántos abominables pecados habrá cometido y cuántos habrá obligado a cometer a otros seres?

La Greta Garbo caminaba a su espalda, orientándose por el gajo de luz de la linterna. Reynolds se detuvo un instante para avivar el fuego de la pipa y el viento le trajo el frufrú de terciopelo que se arrastraba por el pajonal. Después le llegó de nuevo la voz suplicante de la mujer:

—No se ponga bravo conmigo, mister Reynolds. Es que usted me gusta mucho, más que todos los hombres del mundo, yo se lo juro por mi madre que está muerta. Yo se lo juro...

El último yo se lo juro lo susurró muy cerca, con el vientre pegado a la cintura del hombre, con el aliento acezante junto al cuello del hombre, tratando de adivinarle los ojos en la oscuridad que los envolvía.

Entonces Charles Reynolds dejó caer la linterna y la besó en la boca ávida. Después se fue a dormir con ella.

CAPÍTULO VIII - OLEGARIO

—¿QUIERES ir al cinematógrafo?

Doña Carmelita entreabrió el ojo derecho en un guillo de asombro y duda.

—Sí, señora

—prosiguió Carmen Rosa sonreída

—. Esta noche hay cinematógrafo en Oficina N° 1. Van a dar una película que se llama Corazones sin rumbo.

La madre la escuchaba desde su neblina, tumbada por la jaqueca, las sienes lustrosas de una pomada que olía a bosques de benjuí y a praderas de menta. Carmen Rosa tendría que ir sola al cinematógrafo, lo cual no implicaba riesgo alguno porque la pantalla era una pared de bahareque levantada a menos de cincuenta metros de la bodega de las Villena.

El coronel Numa Pompilio Pereira, ahora empresario y operador de un cine ambulante, fue uno de los innumerables jefes civiles que pusieron pies en polvorosa el día tormentoso de la muerte del general Gómez. La necesidad lo obligó a adoptar esta manera más honorable de ganarse la vida y la ponía en práctica en regiones bastante lejanas de aquellas donde en otros tiempos le tocó ejercer su autoridad.

Numa Pompilio Pereira llegaba a los caseríos y a los pueblos, casi siempre al despuntar la algazara de las fiestas patronales, al volante de un viejo camión Dodge de deplorable aspecto, acompañado de su hijo de catorce años que estaba cambiando la voz y fumaba a escondidas del coronel. En la tarima posterior del carromato se amontonaban las mohosas cajas circulares de hojalata que contenían las películas, el rudimentario aparato de proyección, la trípode canilluda y un motorcito de tercera o cuarta mano. El coronel alquilaba un corralón, que tuviera una pared más o menos blanca al fondo y salía en la tarde con su hijo a recorrer las calles del pueblo, de casa en casa, y a anunciar personalmente el espectáculo.

En la noche había cine, a un bolívar la entrada. El muchacho, centinela inflexible en la talanquera del corralón, no dejaba pasar a nadie sin pagar aunque distraía una que otra moneda para sus cigarrillos clandestinos. De repente el motorcito engendraba un cono de harina luminosa, el coronel Numa Pompilio Pereira comenzaba a darle vueltas a una manivela y se desplazaban sobre la superficie de la pared unas figuras titilantes, hombres y mujeres que compensaban su obligada mudez con gestos excesivamente patéticos y expresiones pasionales excesivamente volcánicas.

Los espectadores transportaban al hombro sus propios asientos, sillas y taburetes, cajones vacíos. Carmen Rosa se había sentado en la silla que Olegario trajo desde la casa y situó en un

rincón aislado del corralón. Por primera vez se movían ante los ojos de Carmen Rosa las figuras de un film y la verdad era que no entendía muy bien la trama confusa del melodrama que se desarrollaba en la pared, no obstante los letreros explicativos que parpadeaban unos segundos y luego desaparecían sin conceder tiempo suficiente para deletrear su contenido. Menos mal que de pronto el proyector chisporroteaba descompasadamente, se rompía entre silbidos la cinta de celuloide, la pantalla de cal se hundía en la oscuridad y se escuchaba la voz declamadora del coronel Numa Pompílio Pereira, voz entrenada en discursos de aniversario de la Independencia y en saluciones a los Presidentes de Estado que en esta ocasión rellenaba lagunas y deshacía incoherencias:

—La muchacha ha salido a visitar a su madre enferma y los bandidos, señoras y señores, la están esperando en un callejón para asaltarla y arrancarle la carta comprometedor que le escribió el doctor alemán del monóculo al comenzar la película. Descendía el tono de voz a uno más familiar y continuaba su discurso:

—Aquí viene un pedazo que se me quemó en Soledad pero no pasaba ninguna cosa importante.

Y luego, recuperado su acento altisonante:

—Solamente sucedía, señoras y señores, que el doctor alemán intentaba asesinar al novio de la muchacha con un veneno que le ofrecía en una copa de champaña. Pero el joven no llegaba a tomárselo porque al llevarse la copa a los labios se oían gritos desgarradores de socorro y los dos hombres salían corriendo a investigar lo que estaba pasando.

En ese punto el coronel Numa Pompilio Pereira se callaba, muy a pesar suyo por cierto, pero no le quedaba otro remedio. Había concluido de empatar la cinta rota y regresaban a la pantalla el doctor alemán y el novio de la muchacha y ambos corrían, más gesticulantes que nunca, en busca de aquellos gritos que pedían auxilio.

Carmen Rosa percibió en medio de las sombras un rumor de pisadas cautelosas y tuvo la sensación exacta de que alguien había colocado su asiento cerca del suyo, a menos de dos pasos. No esbozó movimiento alguno. Por el contrario, endureció las facciones y los músculos todos del cuerpo, segura como estaba de que el recién llegado no era otro, no podía ser otro sino el tuerto Montero. Lo comprendió así al sentirse invadida por una espesa oleada de repulsión que le entró por los poros y la impulsó a levantarse bruscamente de la silla.

Abandonó el corralón y caminó hacia su casa con paso firme y la cabeza en alto, Oía los pasos del tuerto Montero a su espalda, más de prisa, más cercanos. Apretó la mano derecha para la bofetada y se detuvo.

El tuerto Montero iba a decir algo cuando otra voz estalló desde la oscuridad con meta] desafiante, como si no se dirigiera a la mujer sino a quien la perseguía:

—¡Niña Carmen Rosa, espéreme un momento!

Era Olegario que venía con la silla a cuestas y que al aproximarse empujó rudamente al tuerto Montero y lo hizo trastabillar. Después siguió su camino tras de Carmen Rosa, hasta la puerta de la casa, sin pronunciar una palabra más.

Al día siguiente se enteré Carmen Rosa de cómo se formaba y para qué servía un sindicato, sin procurarlo y por mera coincidencia, cuando visitó la farmacia de Secundino Silva con la finalidad de comprar una medicina que trajera alivio a la jaqueca de doña Carmelita, aún persistente no obstante los ungüentos aromáticos y las hojitas de resedá.

Secundino Silva conversaba con dos obreros de overoles y sombreros oscuros, enganchados desde hacía quince días en el pozo Oficina N° 1. Eran, a simple vista, trabajadores experimentados en otros campos en Monagas o en el Zulia, gracias a lo cual obtuvieron plaza desde el primer instante: el uno trepado a las torres de los taladros como encuellador de altura, el otro al volante de los grandes camiones que transportaban la tubería.

Secundino Silva saludó a Carmen Rosa y le presentó a los dos obreros. Ellos no le extendieron la mano derecha, porque la tenían manchada de barro y grasa, sino se limitaron a decir:

—Daniel Villalobos, mucho gusto en conocerla

—el más alto que no se llamaba Daniel Villalobos.

—Clímaco Guevara, a su mandar

— el más pequeño que tampoco se llamaba Clímaco Guevara.

El alto era un mulato muy claro, casi blanco, de bigotes poblados y calva incipiente, risa fácil y ojos burlones. Hablaba con una desenvoltura y una fluidez Poco comunes en un obrero petrolero.

—Amigo Silva

—dijo al boticario

—, le doy las gracias por haberme presentado a la señorita. Nunca supuse que en esta sabana tan despoblada viviera la mujer más bonita que he conocido desde que mi mamá me dio a luz. Se lo juro por la salud de mis hijos.

—¿Y cuántos hijos tiene usted?

—le preguntó Carmen Rosa, halagada por un cumplido tan inesperado.

—Ninguno, por ahora

—respondió el hombre y se echó a reír.

Clímaco Guevara, el más pequeño, que no se llamaba Clímaco Guevara, era un mestizo de perfil afilado de indio, ojos tristonos de indio, pelo lacio de indio, pero oscura la piel por razón de la madre negra. No añadió comentario a las palabras de su compañero y se apresuró a dejarle sitio a Carmen Rosa frente al mostrador, para que pidiera libremente su medicina.

Secundino Silva le preguntó a Carmen Rosa si había ido al cine y como ella le respondiera que se había marchado antes de las últimas escenas, el boticario se puso a contar el desenlace de la película con tal derroche de detalles que era inevitable dudar de la veracidad de sus palabras.

—Por último el doctor alemán y el novio de la muchacha se estuvieron dando trompadas más de diez minutos a la orilla de un muelle, hasta que el doctor alemán cayó de cabeza al agua con el monóculo y las narices rotas.

Daniel Villalobos y Clímaco Guevara lo escucharon un rato, se despidieron luego con una venia silenciosa y salieron sin mucha prisa de la farmacia.

Secundino Silva le confesó entonces a Carmen Rosa la verdadera personalidad de los dos visitantes, no porque el boticario fuese excesivamente indiscreto, que en realidad no lo era sino después de la sexta copa de ron, sino porque toda persona que conocía a Carmen Rosa adquiría desde las primeras palabras la certeza de que a ella podía confiársele el más delicado secreto sin correr el menor riesgo de que lo revelase.

—Son dos dirigentes sindicales y me trajeron una carta de la Federación de Estudiantes

— comenzó Secundino Silva en voz baja de conspirador

—. Desempeñarían un papel muy importante en la huelga petrolera del Zulia y la policía los anda buscando por aquellos lados.

La huelga de que hablaba el boticario había sido clamorosa y solamente se malogró cuando el gobierno, bajo presión de las compañías, le puso fin con un decreto. Muchos sindicalistas fueron encarcelados pero estos dos cambiaron sus verdaderos nombres por Daniel Villalobos y Clímaco Guevara y se trasladaron a los campos petroleros de Oriente en busca de trabajo. Lo habían conseguido pronto y ya estaban pensando en formar un sindicato con los obreros de Oficina No 1.

—Ellos dicen

—continuó el boticario

— que la Compañía por estos lados no se da por enterada de la existencia de una Ley del Trabajo. Que la viola a cada rato, que los salarios son más bajos que en otros campamentos, que mientras no se forme el sindicato seguirá pasando lo mismo.

—¿Y usted cree que lograrán lo que se proponen?

—No me sorprendería. Parecen dos tipos curtidos que no le tienen miedo a los difuntos ni a la Compañía. Sin embargo...

Y guardó silencio mientras envolvía cuidadosamente en un papelito blanco las dos aspirinas que Carmen Rosa había venido a comprarle.

—¿Y sin embargo qué?

—insistió ella.

—¡Vaya usted a saber!

—concluyó pesimista Secundino Silva

—. En cuanto se entere el jefe civil de que estos dos le quieren montar un sindicato, van a parar al Piramidón.

—¿Y qué cosa es el Piramidón?

—Un calabozo de la Jefatura. Lo llaman así por lo que se suda dentro bajo el calor que hace.

Por las noches cerraban la bodega con candado y cerrojo. En cuanto a la puerta lateral de la casa, era reforzada por una tranca fornida en función de puntal, tronco tallado a hachazos que el Morocho Alegría había traído desde las orillas del río. A Oficina N° 1 seguían llegando delincuentes que campeaban por sus fueros en cuanto se tupía la oscuridad. Una y otra vez repetían el ardid de quemar una choza en un extremo de la población para robar en el opuesto mientras los cuatro policías luchaban por impedir que las llamas se propagaran en alas de la yesca de los techos de palma. Zigzagueaban los dados y se deslizaban las barajas españolas sobre cobijas mugrientas, al pie de cada chaparro. Estallaban las palabras más sucias y sacaban sangre las navajas, por un pleito de borrachos aquí, por una disputa entre tahures más allá, y también porque las mujeres eran escasas y seguían afluyendo cuadrillas de hombres de todas partes. Hasta Luciano Millán, el capataz margariteño, tan persona de bien y tan respetado por todos, se metió a separar una pelea en lo oscuro y le asestaron un navajazo que de milagro no le dejó manco para siempre. Los rateros asaltaban una noche la quincalla del turco Avelino, convertido ya de vendedor ambulante en propietario de «La Tacita de Oro»; otra noche se metían en la tienda de Secundino Silva y no perdonaban ni la fonducha que habían montado dos chinos en un saliente de la calle Nueva Esparta. El jefe civil corría de ceca en meca con sus cuatro policías y escribía cartas apremiantes al Presidente del Estado en solicitud de refuerzos que nunca llegaban.

Aquel sábado en la noche fue singularmente tronitoso, tal vez porque a más de sábado era 31 de diciembre y la proximidad de un nuevo año inquietaba los ánimos y tomaba insaciables los gaznates de los bebedores. Los incendiarios convirtieron tres ranchos distantes en vértices llameantes de un inmenso triángulo de sombras. En el patio de la Cubana se desató una batalla campal que comenzó por una discusión melosa entre dos borrachos desprendidos que pugnaban por pagarse mutuamente las copas, pero intervino María Pollito en apoyo de uno de ellos y recibió una bofetada por entrometida, gritó el Morocho Alegría desde su mesa que él no permitía que se le pegara a una mujer en su presencia, respondió uno de los borrachos con una palabrota, apareció el chulo de la Cubana con un garrote y, al cabo de diez minutos, los taburetes volaban por el aire, le aplastaron el bandolín a Mirandita, una pedrada hizo añicos la lámpara de gasolina, la Cubana chilló mil injurias e insolencias desde sus tinieblas y la pobre María Pollito salió con la cabeza rota de un botellazo.

Esa misma madrugada, pero un poco más tarde, sonaron dos golpes secos y precisos en la puerta de la casa de las Villena. Las dos mujeres despertaron a un tiempo y la madre gimió suplicante:

—No abras, hija, no abras.

Carmen Rosa nunca pensó en abrir. Los golpes, de piedra empuñada que machacaba sobre la madera, se escucharon por segunda vez, por tercera vez, por cuarta vez, y finalmente Carmen Rosa gritó desde su chinchorro con áspera firmeza:

—¿Quién es?

Nadie respondió. Era tal vez un parrandero descarriado que había confundido aquella casa con la de una de esas mujercitas que abrían su puerta a quien la tocara. O era quizás un nuevo truco de los atracadores. O podía ser también... Carmen Rosa abandonó el hilo de sus suposiciones por temor a contagiarse del miedo de la madre que lloriqueaba una vez más:

—No abras, hija, no abras.

Los golpes sonaron por sexta vez, por séptima vez.

—¿Quién es?

—preguntó de nuevo Carmen Rosa.

Ni un murmullo. Las llamadas eran más débiles e indecisas, como de alguien que se hubiese cansado de tocar inútilmente y ahora lo hiciera sin esperanzas de que le abrieran. Por último cesaron y nada más rompió el silencio de aquella madrugada neblinosa y húmeda. Clareaba el primer día de un nuevo año y todos los habitantes de la sabana, quien más quien menos, habían bebido sus tragos la noche anterior. Mirandita, con el bandolín roto y los pies hinchados, yacía dormido bajo los metales de una grúa.

Fue doña Carmelita quien abrió la puerta, rumbo a la misa que habría de celebrar el padre Toledo en la posada de las Maita. Pero retrocedió espantada y ahogó un grito entre la blancura del pañuelo y las cuentas negras del rosario. En su camino estaba tendido de bruces el cuerpo de un hombre con la mano derecha estirada todavía hacia la puerta para tocarla por última vez. La huella de un hilillo de sangre coma por la nuca, descendía por las arrugas del cuello y conducía hasta una gran mancha negra y estancada, en cuyos bordes merodeaban las hormigas, Carmen Rosa corrió, pálida y temblorosa, como si presintiese la desventura que la aguardaba. A sus pies surgió la silueta agarrotada de Olegario, con una horrible puñalada en la espalda, oscuro rosetón derramado sobre la franela, alevoso relámpago de acero que le había tronchado la voz y el aliento. ¿Cuántos pasos había logrado caminar el hombre mal herido, imponiendo su voluntad a la muerte que le inundaba los pulmones y se le enredaba en el corazón, para llegar con vida hasta la puerta de las Villena y golpearla una, dos, siete veces, empecinado en no morir sin decirles adiós?

Dos vecinos levantaron en vilo el cadáver y lo situaron de cara al cielo. Carmen Rosa nunca se había dado cuenta de cuán viejo era Olegario. Las mechas grises descendían por la frente rugosa, untadas de tierra y sangre. Los labios exangües se curvaban en una media luna desvaída. Alguien le cerró los ojos que parecían de ciego. Así, muerto y tendido sobre la paja de la sabana, se advertía claramente que era un anciano desde hacía mucho tiempo, que había ocultado su agotamiento senil para que madre e hija lo siguieran considerando hombre completo y capaz de realizar todos los esfuerzos que requería su misión de servirles y protegerlas.

La figura de Olegario se le aparecía a Carmen Rosa en todos los recodos de su infancia, desde sus primeras palabras y sus primeros caramelos, parado detrás de su sillita alta como un ángel custodio. Su padre, don Casimiro Villena, lo había arrancado de la choza donde Olegario comía tierra y lo picaban bichos extraños y lo enseñó a trabajar. Olegario cargó sus libros y sus pizarras y le dio la mano para conducirla a la escuela. Olegario la llevó por entre las tumbas abandonadas hasta las altas cruces de hierro en cuyos brazos florecían las pascuas azules y anidaban las palomas. Olegario trabajó para ellas, como si fuera ése su único destino sobre la tierra, desde que la demencia

nubló para siempre el pensamiento de don Casimiro Villena. Olegario lloró a su padre, la mañana lluviosa de su entierro, con viriles lágrimas que se diluyeron entre los goterones del aguacero. Olegario las ayudó a escapar de la ciudad que se derrumbaba sobre sus escasos pobladores enfermos. Olegario las acompañó, como si fuese sombra de sus cuerpos o parte viviente de ellas mismas, hasta los chaparrales de esta meseta despoblada. Olegario amasó y levantó las paredes de su casa y tejió las palmas del techo con sus propias manos.

Ahora estaba tendido a sus pies, rígido, muerto. Y la muerte le dispersó sobre la frente las greñas grises, le ahondó las arrugas, le desdibujó la raya de los labios, le aguzó los huesos de los pómulos, lo cubrió de una vejez cansada y triste que ella nunca le vio cuando estaba vivo.

Alrededor de la casa revoloteaban las hermanas Maita murmurando oraciones y lamentos. Después llegaron muchas otras: Secundino Silva con los ojos enrojecidos por el alcohol y el trasnocho, el caporal Luciano Millán con la mano vendada, el jefe civil Gualberto Cova con sus cuatro policías infatigables, mister Charles Reynolds silencioso y unos cuantos obreros del taladro.

—¿Quién lo habrá matado?

—gemía doña Carmelita cuando las lágrimas le permitían hablar

—. ¡Dios mío!, ¿quién lo habrá matado?

Carmen Rosa, que también lloraba, sabía quién lo había matado. Pero no dijo nada.

CAPÍTULO IX - LUZ ELÉCTRICA

LA jefatura civil era una casa como tantas, con paredes de bahareque y techo de zinc. Una mesa grande con su silla para el jefe civil, tres taburetes para los visitantes y en lo alto una tricomía de Bolívar en uniforme militar. Gualberto Cova conversaba con el padre Toledo y miraba de soslayo hacia la puerta, en espera de una tercera persona.

—¿Cómo marcha la colecta?

—preguntó el cura.

—Pues, muy bien. Ya María Eduvigis ha recogido más de seiscientos bolívares entre el comercio y los trabajadores de la Compañía. Y mister Thompson nos ha ofrecido el cemento y las maderas para la construcción.

—¡Dios se lo pague!

—musitó el cura.

—Tendremos iglesia en Oficina N° 1 dentro de un par de meses

—concluyó el jefe civil y se levantó a saludar a Guillermito Rada que entraba al recinto.

Guillermito Rada comenzó a explicar su presencia:

—Mister Thompson me ha enviado en representación de la Compañía, haciéndome objeto de una confianza que me honra mucho

—frase que había compuesto mentalmente mientras caminaba hacia la Jefatura.

Mister George W. Thompson había sido designado jefe máximo de aquel campo petrolero, con el cargo de gerente, una vez que se hubo marchado para siempre Francis J. Taylor. El jefe civil habría preferido, sin duda alguna, que mister Thompson hubiera comparecido en persona aquella mañana. Pero Guillermito Rada ya no era un simple pagador de salarios. Su lealtad febril hacia la Compañía fue peldaño propicio para ascender rápidamente en la escala de empleados. Ahora realizaba diversas funciones en las oficinas centrales, un tanto imprecisas pero todas provechosas para los intereses de la Compañía. Recibía a los que llegaban solicitando trabajo: contrataba a

quienes le parecían más eficientes y menos revoltosos; discutía los reclamos de los obreros; arreglaba amistosamente los accidentes de trabajo en forma tal que a la Compañía no le salieran excesivamente costosos; notificaba los anuncios de despido siempre con la misma frase que no admitía réplica: La Compañía ha resuelto prescindir de sus servicios a partir de mañana; revisaba de cabo a rabo las cuentas de los pagadores. Y representaba a la Compañía cuando algún funcionario gubernamental requería su presencia, como en este caso.

—Se trata de algo muy importante

—comenzó el jefe civil repantigado de nuevo en su silla

—, Los agitadores han vuelto a repartir hojitas entre los obreros de Oficina N° 1. Los invitan a formar un sindicato y atacan fuertemente a la Compañía.

Del bolsillo trasero del pantalón extrajo una hoja de papel, arrugada de tanto rodar y plegada en cuatro dobleces. La extendió cuidadosamente sobre la mesa, la cubrió con la ruano derecha abierta y extendida, y continuó su perorata:

—Antes de tornar las medidas de orden público que el caso requiere, yo he querido informarles a ustedes la situación. Al padre Toledo porque es un sacerdote de orden y un hombre de experiencia. Y a la Compañía porque es la más directamente

— amenazada por esta propaganda subversiva...

—La sociedad entera está amenazada

—interrumpió el padre Toledo en cadencia de sermón

—. No hay sino contemplar el ejemplo de España, mi sufrida patria, donde los rojos se apoderaron de los sindicatos, de las escuelas y por último del gobierno, con lo cual obligaron a los verdaderos españoles y a nuestro glorioso ejército a levantarse en armas para recuperar la dignidad, la patria, la religión, todos los sagrados principios que estaban en peligro de muerte.

Guillermito Rada escuchaba con íntimo regocijo aquellas diatribas contra los sindicatos pero no olvidaba que su rango de representante de la Compañía lo obligaba a ser discreto y parco en sus expresiones. Se limitó a cabecear con gesto preocupado y encendió la pipa sin dejar de mirar al jefe civil por encima de la llamita del fósforo. Porque ya Guillermito Rada fumaba pipa como Charles Reynolds.

—Hay que tener en cuenta

—recuperó la palabra Gualberto Cova

— que no estamos en tiempos de la dictadura sino en una democracia respetuosa de las leyes y de los derechos constitucionales. Sin embargo...

—Sin embargo

—lo interrumpió una vez más el padre Toledo

— cuando la ley demuestra debilidad ante sus enemigos termina por perecer en manos de ellos. Y los peores enemigos de la ley, los peores enemigos de Dios, los peores enemigos de la propiedad, son los rojos. Los rojos que por intermedio de sus partidos y sus sindicatos, llámense republicanos, socialistas, comunistas, anarquistas, o lo que sea, intentan minar las bases de la sociedad cristiana.

—Son argumentos de mucho peso

—deslizó Guillermito Rada sin comprometerse

—. De mucho peso y expuestos con verdadera valentía.

—Bueno

—y el jefe civil alzó la voz resueltamente para evitar una nueva interrupción del cura

—. Yo no estoy dispuesto a tolerar la presencia de agitadores profesionales en este municipio. He recibido informes confidenciales según los cuales se van a reunir esta noche en la casa de Pancho Marcano con intenciones de formar el sindicato...

—Así comienzan

—rezongó el cura a media voz.

—Pues aquí no van a comenzar. Esta misma noche le pongo la mano al comité entero, los meto a todos de cabeza en un calabozo y en menos de una semana no queda un solo sindicalista por estos contornos.

Gualberto Cova se había puesto de pie para pronunciar con mayor énfasis estas últimas palabras y tremolar en alto, con una rigidez de cólera en los dedos, la hojita mimeografiada. Guillermito Rada, consciente de su misión, juzgó llegado el momento de hablar en nombre de la Compañía:

—Informaré a mis superiores acerca del problema que usted nos ha planteado, coronel Cova. Les diré igualmente que usted está a punto de resolverlo en la forma más razonable y más conveniente a los intereses de la colectividad. Tengo la seguridad de que míster Thompson se sentirá profundamente satisfecho de su competencia como guardián del orden público en esta región petrolera tan valiosa para la economía de la nación.

Era ése, justamente, el discurso que el jefe civil Gualberto Cova deseaba oír aquella mañana. Pero lo habría escuchado con una complacencia infinitamente mayor si mister George W. Thompson en persona se hubiera dignado venir a pronunciarlo.

Una noche brotó la luz eléctrica.

El corso Serafini llegó con una planta pequeña, bastante usada pero aún en condiciones de echarse a andar, y la instaló en el mismo corralón donde el coronel Numa Pompilio Pereira proyectaba sus películas cuando pasaba en romería. Serafini techó el descampado con grandes planchas de zinc y puso a funcionar el viejo motor fatigado y su correaje curtido. Se produjo una luz cobriza y medio triste que pringaba los rostros con un tinte amarillo de enfermedades biliosas.

—¡Van doce!

—dijo Tony Roberts en mangas de camisa, dio la espalda a la ancha mesa verde y se dedicó a entizar cuidadosamente la tapita de suela del taco.

Ya eran dos los billares del tuerto Montero y seis las mesitas para los bebedores. Tony Roberts balanceaba sus grandes brazos de molino, descargaba un tacazo seco sobre la superficie de la bola blanca y ésta cruzaba raudamente a todo lo largo del tapete para encontrar la roja en el ángulo opuesto y retornar precisa al remate de la carambola. De vez en cuando se interrumpía para apura, de un trago la mitad del vaso de cerveza que había colocado sobre una silla de cuero o para gritarle burlonamente a su adversario, el perforador Harry Rolfe:

—¡Y van quince! Tony juega demasiado.

Ganó Tony la partida, pagó en castigo Harry Rolfe las cervezas y el alquiler del billar, y salieron a recorrer el pueblo. Como el perforador Harry Rolfe había llegado apenas esa misma mañana de Maracaibo, Tony se sintió en el deber de guiarlo a través de las desordenadas hileras de casas, deteniéndose en los recodos con pretensiones de esquinas que estrenaban aquella noche la luz paliducha de un farol.

—Cuando nosotros clavamos el primer taladro

—dijo Tony Roberts

— esto era una sabana sin más habitantes que las matas de chaparro y las lagartijas. Ahora es casi una ciudad.

A Harry Rolfe le interesó el laberinto pintoresco de las calles construidas al azar. A veces desembocaban seis en una misma explanada; a veces una concluía porque se había cruzado inesperadamente con otra que descendía en diagonal; aquí se torcían como serpientes o se quebraban en zig-zag; más allá se estrechaban en callejones absurdamente angostos que remataban en una pared. Los dos perforadores caminaban cautelosamente, mirando dónde ponían los pies, para no caer en el hoyo de una letrina abandonada, que todavía quedaban algunas en medio de las calles.

—Tenemos tres cabarets, dos hoteles, muchos botiquines, tres galleras, una bomba de gasolina y una agencia de automóviles Chevrolet

—informó Tony.

A la luz de uno de los faroles nuevos jugaban cuatro hombres, el banquero arrodillado, los otros tres sentados a la turca. Uno de los chinos de la fonda repartía las barajas lentamente, con asiática minuciosidad. Se apostaba en billetes y en monedas de plata.

—Los tipos llegan buscando trabajo, lo encuentran pronto y se ponen a botar el dinero que ganan, como si todos se fueran a morir la semana próxima

—continuó Tony

—. Cada esquina es un bar, o un garito, o un burdel.

Se encontraron con Charles Reynolds que venía en sentido contrario y apenas refunfuñó al pasar un hallo! desganado. Tony Roberts comprendió que iba rumbo a los brazos de la Greta Garbo. Había hecho construir para ella una casita de bloques de cemento, con un pequeño jardín delantero que después se secó por falta de riego. La Greta Garbo no volvió a salir a la calle, ni tampoco se asomaba a la puerta. El chino Alfredo, el viejo cocinero del campamento de lona, trabajaba ahora a su servicio, hacía la comida, lavaba la ropa, barría la casa. Era una divertida historia pero Tony Roberts no la contó a Harry Rolfe porque, como él lo había pensado en tanto que se apagaban en la sombra los pasos de Charles Reynolds, «Tony no se metía en la vida de los demás».

Entraron al cabaret de la Cubana, que ahora se llamaba sin la menor modestia «Montmante», y resolvieron cambiar la cerveza por brandy. Un amplificador anegaba de notas estridentes el pequeño patio donde bailaban, o más exactamente se estrujaban al compás de la música, una mujer a quien le decían la «Barco Sereno» y un libanés gordo a quien Tony Roberts no conocía. Ella se le incrustaba al hombre, doblada como una contorsionista, y canturreaba junto con la voz del disco: ¡Compae, póngase duro que ahora es que vamos a gozá!

—Ya tú ves cómo una compañía petrolera sirve para fundar ciudades

—dijo Harry Rolfe por decir algo.

Con lo cual le tocó la tecla más sensible a Tony Roberts, quien, por otra parte, había bebido aquella noche lo necesario para ponerse a filosofar:

—Nosotros trabajamos en una compañía petrolera pero muy pocas veces nos preguntamos: ¿qué cosa es una compañía petrolera? Porque la Compañía no son, como usted bien lo sabe, mi querido amigo Harry Rolfe, los obreros nativos que cobran su salario y salen disparados a despilfarrarlo en whisky caro, el más caro que encuentren, o a dejarlo en las cobijas de los tahures o en las mesas de noche de las prostitutas. Ni tampoco somos la Compañía nosotros, los perforadores americanos, ni los geólogos, ni los ingenieros. Ni siquiera Francis J. Taylor que encontró el petróleo, ni el gerente George W. Thompson, ni el presidente que está en Maracaibo y la gente lo mira con temor y le hace genuflexiones como si él fuera realmente la Compañía vestida de casimir.

El libanés y la «Barco Sereno» dejaron de bailar y se fugaron hacia un cuartico del fondo. El patio de la Cubana quedó solo y el amplificador siguió martillando, sin que nadie le tomara en cuenta su canción procaz: ¡Compae, póngase duro que ahora es que vamos a gozá!

—¿Qué cosa es una compañía petrolera?

—volvió a preguntarse Tony Roberts

—. Un calvo con palmeras estampadas en la camisa que pasa los inviernos en Miami, en un hotel con playa; una señora gorda y emplumada que tiene un apartamento precioso en Nueva York, en la Quinta Avenida; un viejito que ha recorrido el mundo entero en silla de ruedas, empujado por todos sus herederos. Esos son la Compañía, mí querido amigo Harry Rolfe, y todos los meses reciben sus dividendos, se compran un caballo de carrera o un cuadro de un pintor francés, y el resto lo depositan en el Chase National Bank...

Una mulatica con el pelo suelto y aceitoso le dedicaba señas y las sonrisas de un puente de oro a Harry Rolfe.

—La última transformación química del petróleo, aquella que convierte el aceite refinado en dividendos, es la parte más interesante y más curiosa de la industria petrolera

—insistía Tony Roberts un poco borracho.

Salieron porque la Cubana, en vista de que no bailaban ni invitaban a beber a las muchachas, comenzó a apagar las luces. Caminaron de nuevo por las calles en laberinto. Un bombillo rosado iluminaba un trecho de pared blanca donde se leía, ya no escrito en alquitrán sino en reluciente pintura al óleo:

SUSANA TIENE UN SECRETO

Tony Roberts condujo al otro perforador hasta la puerta de un hotel que también pertenecía a la Cubana y había sido levantado con los beneficios que producía el cabaret., Felito, el chulo de la patrona, medio dormido y con una toalla por el cuello a guisa de bufanda, abrió la puerta.

—Quiero un cuarto para esta noche

—dijo Harry Rolfe.

Y Felito le respondió con sus preguntas de ritual:

—¿Cómo lo quiere, mister? ¿Con puta o sin puta?

Construyeron casas a ambos lados de «La Espuela de Plata». La bodega de las Villena quedó como ángulo o esquina de las dos calles nuevas que de esa manera nacieron. A ras del techo, como banderín de proa, sobresalía la tabla rectangular que decía por ambos lados «La Espuela de Plata», el mismo letrero de Ortiz, pero sin el «Detal de Licores». Ahora no los vendían a ruego de doña Carmelita, aún más recelosa y sobresaltada desde el asesinato de Olegario.

El negocio seguía creciendo a la par del pueblo. Las mercancías más diversas se exhibían ordenadamente en las armaduras o se amontonaban en el almacén que fue necesario construir al fondo, más allá del jardín. «La Espuela de Plata» vendía papelones, sal, frijoles, sardinas y salmones enlatados, mantequilla, refrescos, clavos, tomillos, bisagras, machetes, hachas, bombillas eléctricas, alpargatas, sombreros, franelas, zapatos de goma, ollas, sartenes, cobijas, pañuelos, telas y chinchorros.

Las dos mujeres atendían a los compradores y también la india Eusebia cuando se presentaban varios a un tiempo. Eusebia llegó contratada como cocinera pero como la comida era tan sencilla y le quedaba mucho tiempo libre, se empeñó en tomar a su cargo los servicios todos de la casa y en ayudar a despachar en la tienda. Era una mujer maciza y silenciosa, siempre sonreída, que trabajaba alegremente como si experimentase un placer físico en hacerlo.

—Tenemos que buscar otra mujer para que ayude a Eusebia, aunque ella se oponga

—dijo Carmen Rosa

—. Tal vez su hermana Remigia quiera venir a trabajar con nosotras.

—El sábado era quince, día de pago, y vendimos cuatrocientos bolívares en una sola mañana. Lo que no vendimos en Ortiz en todo el último año. ¿Te das cuenta?

—observó doña Carmelita.

Carmen Rosa encendió las luces porque había comenzado a oscurecer e iba a llegar gente, como todas las tardes, a escuchar las noticias de la radio. El primero en entrar fue Clímaco Guevara, que todavía se llamaba Clímaco Guevara y trabajaba aún en las alturas del taladro. Cuando el jefe civil allanó la casa de Pancho Marcano y se llevó al comité organizador del sindicato, Clímaco Guevara logró saltar a tiempo hacia las sombras de la sabana y escurrirse por entre los chaparros como un venado matacán. Al día siguiente se presentó a su trabajo, calmoso y puntual, y puso una cara de insospechable asombro cuando le contaron que su amigo Daniel Villalobos y cinco trabajadores más, entre los cuales no faltaba Pancho Marcano que prestó la casa, se encontraban incomunicados en los calabozos de la Jefatura e iban a ser expulsados de la región ese mismo día. Los expulsaron efectivamente. Se quedó en cambio Clímaco Guevara y hasta ese momento, tres

meses después de la redada, no había vuelto a mencionar la palabra sindicato.

Clímaco Guevara buscó y encontró sitio, acodado a un extremo del mostrador, medio oculto por el cajoncito de la radio, y saludó a las dos mujeres sin quitarse el sombrero, con una imprecisa inclinación de cabeza y un buenas tardes escurridizo.

Después llegaron el boticario Secundino Silva, el capataz Luciano Millán y el turco Avelino, que no iba a escuchar la radio sino a mirar a Carmen Rosa con sus ojos desamparados. El pequeño rectángulo oscuro había comenzado a chisporrotear avisos de cigarrillos y cervezas. Carmen Rosa hizo girar el sintonizador para aclarar las palabras.

Dijo súbitamente la radio:

MUNICH, SEPTIEMBRE 30. DALADIER, CHAMBERLAIN, HITLER Y MUSSOLINI, EN REPRESENTACIÓN DE FRANCIA, INGLATERRA, ALEMANIA E ITALIA, FIRMARON ANOCHE, A LAS 11 Y 35, UN PACTO PARA ARREGLAR PACÍFICAMENTE LA DISPUTA SOBRE CHECOSLOVAQUIA EN LA CONFERENCIA QUE ACABA DE CONCLUIR EN ESTA CIUDAD, EL PUNTO PRINCIPAL DESCANSA EN LA CESIÓN DEL TERRITORIO DE SUDETEN A ALEMANIA, LA OCUPACIÓN ALEMANA COMENZARÁ MAÑANA SÁBADO Y DEBERÁ SER TERMINADA EL 10 DE OCTUBRE.

El padre Toledo escuchaba desde la puerta muy atentamente, sin percibir las señas de doña Carmelita que lo invitaba a pasar al interior y le ofrecía una silla. Ningún comentario interrumpía la voz bien timbrada del locutor que retumbaba en la madera de las armaduras.

CON EL EJÉRCITO ALEMÁN EN LOS BOSQUES DE BAVIERA, SEPTIEMBRE 30. EL EJÉRCITO ALEMÁN SE ENCUENTRA CONCENTRADO EN LA FRONTERA DE CHECOSLOVAQUIA PARA SU ENTRADA AL TERRITORIO DE SUDETEN. SON LAS 12 DE LA NOCHE. NUEVAS POSICIONES SE HAN TOMADO Y EL AVANCE COMENZARÁ DESPUÉS DEL AMANECER.

Aparecieron nuevamente los Avisos de cigarrillos y cervezas. Luego la radio dijo:

LONDRES, SEPTIEMBRE 30. EL PRIMER MINISTRO INGLÉS SIR NEVILLE CHAMBERLAIN ATERRIZÓ EN EL AERÓDROMO DE HESTON Y SE MOSTRÓ LLENO DE OPTIMISMO Y ALEGRÍA POR LA FIRMA DEL PACTO CON HITLER

— POSTERIORMENTE SE TRASLADÓ A DOWNING STREET Y ANUNCIÓ A LA MULTITUD: «HEMOS OBTENIDO LA PAZ PARA NUESTRO TIEMPO, MIS BUENOS AMIGOS, Y AHORA YO OS RECOMIENDO IR A CASA A DORMIR TRANQUILAMENTE EN VUESTRAS CAMAS».

De repente el cajoncito tartamudeó ruidos extraños, sordas detonaciones de truenos sumergidos, chasquidos de agua que salpicara sobre tizones ardientes. Bajo el centello se ahogaban palabras trucas que ninguno entendía.

Carmen Rosa agotó inútilmente su paciencia en una nueva búsqueda de la sintonía. La voz del locutor se apagó definitivamente entre chispazos y gruñidos y fue necesario hablar de otras cosas, inclusive del loco Tadeo, que en ese momento cruzaba la esquina y pregonaba sus latas de agua:

—¡Agua pa la cara! ¡Yo soy Tadeo, el que pone la mano aunque lo pique el gusano! ¡Agua fresca de la pila de la Compañía, a locha la lata!

El cajoncito de la radio volvió a hablar claramente minutos más tarde. Pero ya no dio noticias de Europa sino pronunció un discurso en elogio del Presidente de la República, en el cual se denunciaba a sus opositores como malos hijos de la patria, agitadores sin conciencia y auspiciadores del caos. Desapareció el padre Toledo, se marcharon Clímaco Guevara y Secundino Silva, doña Carmelita retornó al interior de la casa. Carmen Rosa quedó sola en la bodega con el capataz Luciano Millán. El margariteño quería decirle algo, pero no se decidía.

—¿Cómo marcha «La Espuela de Plata»?

—comenzó.

—Bien. ¿Y su trabajo?

—Si supiera que he resuelto retirarme de la Compañía. Quiero poner un taller mecánico junto con Tony Roberts que va a casarse en diciembre y está cansado de ser perforador. ¿Qué le parece?

—Es una buena idea. Aquí corre bastante dinero y un taller mecánico debe conseguir mucho trabajo.

—La verdad es que yo tengo mujer y cuatro hijos y aquí todo el mundo hace dinero menos yo, con mi sueldo de capataz y tantas bocas en la casa. Además

—y se le animaron los ojos porque había llegado sin quererlo al tema que deseaba tratar

— la muchachita más grande, Clotilde, tiene once años y no sabe leer, y tampoco el segundo que ya cumplió nueve.

—¿Cómo es posible?

—Es que por aquí no hay escuelas, usted sabe. Y a mí se me ha ocurrido que si usted tuviera tiempo...

—insinuó tímidamente Luciano Millán, que estaba acostumbrado a hacer favores pero no sabía cómo pedirlos.

—Me los manda desde mañana mismo

—lo interrumpió vivamente Carmen Rosa

—. A las siete de la noche, que para eso tenemos ahora luz eléctrica. Desde mañana mismo, ya lo sabe.

El capataz Luciano Millán, emocionado y agradecido, quería decirle muchas cosas. Pero murmuró simplemente:

—¡Que la Virgen del Valle se lo pague!

Y se fue sin despedirse.

CAPÍTULO X - EL PADRE TOLEDO

—¡HAGAN cola!

—gritó el negro Melchor uniformado, correa que le cruzaba el pecho, funda con revólver a la cintura.

Después de tantos mensajes desesperados había logrado el jefe civil que le enviaran desde la capital del Estado, junto con dos camionetas destinadas a perseguir y transportar a los delincuentes, la autorización y las armas para constituir un cuerpo policial de veinticinco agentes y un comisario... Como consecuencia inmediata se extinguieron los incendios nocturnos y disminuyeron considerablemente los robos, aunque no desaparecieron las jugadas clandestinas porque también a los policías les era placentero arriesgar sus dos bolívares de vez en cuando en el trotecito de un par de dados.

—¡Hagan cola!

—volvió a gritar el negro Melchor y atravesó pomposamente la plazoleta para lucir su uniforme, su correa, su revólver y su cachiporra.

Más de treinta personas pretendían llenar sus latas en la pila de agua de la Compañía, todas a un tiempo, aunque más tarde comprendieron la ineficacia de su atropellamiento y optaron por obedecer las órdenes del negro Melchor. En los primeros puestos de la fila, la mayor de las Maita formaba pareja con un indio rechoncho que le cargaba la lata. Y como detrás de ellos venía el chino Alfredo, el cocinero de la Greta Garbo, Julia Maita aguzaba su ingenio y no cejaba en su propósito de hacerle decir algo indiscreto.

—¿Es verdad que la señora está enferma? Porque como nunca sale a la calle, la gente se imagina que está enferma.

—¿Cuál señora?

—preguntó impasible el chino Alfredo.

—¿Cuál va a ser? La de tu casa, la de donde tú trabajas. ¿Cómo es que se llama? Porque la verdad es que yo nunca he sabido su verdadero nombre.

—Yo tampoco. Yo le digo la señora.

—¿Y cómo la llama mister Reynolds?

—Yo nunca estoy presente cuando mister Reynolds habla con la señora.

—La gente dice que mister Reynolds la quiere mucho. Algunos aseguran que se piensa casar con ella y llevársela para los Estados Unidos. ¿Tú has sabido algo?

—Nada

—dijo el chino.

—Algo tienes que saber, algo tienen que haberte dicho ellos mismos.

Ante tanta insistencia, el chino Alfredo la miró severamente y se sepultó en un silencio inexpugnable.

Cuatro puestos más abajo hacía su cola Tiburcio, el indiecito de la tribu Cachama que le regalaron al tuerto Montero y que ya había crecido lo suficiente como para echarse al hombro una lata de agua. Tiburcio conversaba con Dolorita, su vecina en la cola, una mujer que realizaba oficios diversos en el negocio de la Cubana. Dolorita había sido prostituta en su juventud pero repentinamente la azotó una enfermedad muy extraña, se quedó gorda y sin dientes, y como ningún hombre la buscaba con tal aspecto, tuvo que retirarse de la profesión. Sin embargo, no le era posible vivir en otro ambiente. Por ese motivo le pidió un trabajo cualquiera a la Cubana en Puerto La Cruz y se le aguaron los ojos de contento cuando ella le dijo que sí, que podía venirse con todas a Oficina N^o 1, a tender las camas, a abrirle la puerta a un cliente a medianoche, a ir en busca de la policía cuando otro pretendía marcharse sin pagar, a traer agua de la pila si era preciso.

—La Cubana está indignada

—dijo Dolorita al indio Tiburcio

—. Ha sabido que el jefe civil resolvió cerrar los negocios de mujeres. Que las familias del pueblo se han quejado, que la Compañía se ha quejado, que los periódicos de Caracas escriben diciendo que esto es un garito y un burdel, que ha recibido órdenes terminantes del Presidente del Estado. Todo eso dice el jefe civil. ¿Ya lo sabe el señor Montero?

—Claro que lo sabe

—respondió el indio Tiburcio

—. Lo supo y fue a hablar personalmente con el jefe civil y le contestaron que no iban a cerrar

los negocios sino que los van a obligar a mudarse lejos del centro, allá en plena sabana.

—De todas maneras es una vaina, mijito.

—Eso mismo dice el señor Montero, que es una vaina. Pero dice también que él no se muda ni a tiros, que legalmente no le pueden hacer eso, que de ahí donde estamos no nos saca nadie...

Pero Dolorita, impaciente por llevarle a su patrona la noticia que Tiburcio le había dado, no lo siguió escuchando sino que abandonó su puesto en la fila y se alejó corriendo con la lata vacía a rastras.

—¡Hagan cola!

—gritó el negro Melchor.

Había llegado el Morocho Alegría y, a cuenta de guapo, caminaba derecho hacia el grifo de la pila, a llenar su lata sin tomar en consideración la prerrogativa de los que esperaban su turno.

Protestaron ruidosamente al final de la larga hilera. Eran tres mujeres de obreros las que chillaban y golpeteaban sobre los carros rudimentarios que habían construido para acarrear las latas de agua, cuatro ruedas mohosas de máquinas inservibles, adaptadas a los extremos de una tabla.

—¿Han sabido algo de Chalía Salazar?

— preguntó una de las tres, la de edad intermedia, después de la inútil protesta. El Morocho Alegría había llenado su lata sin hacer cola y el negro Melchor optó por hacerse el de la vista gorda.

—Yo fui a ver a Chalía Salazar esta mañana

—respondió la más joven

—. Wenceslao le metió una paliza que de milagro no la mató. Tuvo que ir al médico de la Compañía a coserla y a vendarle la cabeza.

—Es que eso no se puede hacer

—dijo la más vieja

—. Toda mujer que tiene dos hombres al mismo tiempo termina con la crisma rota.

—¡Es una calamidad!

—replicó la más joven

—. Aquí trabajan más de mil hombres y no hay sino doscientas mujeres, calculo Yo. Y los

hombres que no tienen mujer andan como locos, los Pobres.

—¡Uhm!

—gruñó la más vieja y avanzó un paso más en la cola

—. Tú como que estás pensando hacer algo parecido a lo de Chalía Salazar. Ten cuidado con Ramoncito que ése es todavía más peligroso que Wenceslao y es capaz de dejarte tiesa de una puñalada.

—Yo no he dicho que lo voy a hacer

—protestó la muchacha y enrojeció impensadamente

—. Pero, tú verás, ¿qué hacen esos hombres que se quedan sin mujer y no quieren que los enfermen en casa de la Cubana? ¿Tú comprendes?

—Yo sí comprendo

—accedió la más vieja

—. El que no comprendió fue Wenceslao y hay que ver la paliza que le metió a Chalía Salazar.

Ya abandonaba la pila el loco Tadeo, después de haber hecho la cola como un ser normal. Llevaba terciado sobre los hombros un largo palo de cuyos extremos pendían dos latas chorreantes. El agua le empapaba el pantalón andrajoso y le dibujaba las tetillas bajo la franela. Desde el borde mismo de la pila comenzó a vocear:

—¡Yo soy Tadeo! ¡Agua fresca de la Compañía, a medio la lata! ¡Yo soy Tadeo, el que pone la mano aunque lo pique el gusano!

Al pasar le puso la mano en una nalga a la india Eusebia, la de las Villena. La mujer se volvió enfurecida y le sonó dos lindas bofetadas aprovechando que Tadeo, inerme bajo el peso de las latas de agua, no podía esquivar los golpes ni defenderse.

—¡Hagan cola! ¡Sin desorden!

—gritó una vez más el negro Melchor, orgulloso de su autoridad, de su uniforme, de su revólver, de su cachiporra y de su correa.

Los americanos vivían aparte.

Ya no existía el transitorio campamento de lona de los exploradores pioneros, ni las movibles casas prefabricadas de los perforadores nómadas, sino sólidas quintas levantadas con ánimo de permanecer por tiempo indefinido en una zona que comenzaba a figurar señalada por asteriscos rojos en los mapas petrolíferos que se editaban en Nueva York y en Londres. Eran pequeñas casas bastante confortables, con baño de regadera y cocina eléctrica, ventanas de tela metálica que detenían en seco el vuelo de los insectos, jardincitos delanteros y perro guardián. A ras de tierra, al borde del camino asfaltado, podían leerse los nombres de los inquilinos trazados en blanco sobre rectangulares tablillas negras: G. W. Thompson, J. White, S.H. Corbett, Ch. Reynolds, P.D. Smith, W. Rada. Sí señor, así como suena W. Rada. El médico de la Compañía# y Guillermito Rada eran los únicos nativos que tenían acceso a aquella región privilegiada.

Al fondo del grupo de casas, con cuatro palmeras de moriche en sus ángulos como cuatro vigías, estaba plantado un edificio chato y alargado que todos llamaban el club. En el interior resplandecía un bar pulcro y bien surtido, amueblado por mesitas y por un gramófono que cantaba con excesiva frecuencia *I'm in heaven when we are dancing cheek to cheek*. El salón de juego, que era el más importante, se utilizaba los domingos para proyectar películas de vaqueros y en ocasiones excepcionales se celebraban en su recinto veladas artísticas durante las cuales mister J. White tocaba al piano vales de Strauss, el gordito George Peacock caracterizaba admirablemente a Marlene Dietrich o a Mae West, y la señora de Stanford Corbett se levantaba temblorosa y vestida de negro a recitar versos sentimentales de Longfellow:

*Ensueños de la noche enamorada, decidla quedo que mi amor la cuida cuando en su techo cálido
acostada está dormida,*

mi amada está dormida, dormida.

Justamente la esposa del jefe de ingenieros Stanford Corbett era la más escandalizada entre todas las señoras de la colonia, americana. Así lo había manifestado categóricamente al mismo tiempo que pretendía darle caza con un escarbadietes a la fugitiva aceituna de su martini:

—Lo que está haciendo Charles Reynolds es verdaderamente intolerable.

—Alguien tiene que hablar seriamente con él

—insinuó compungida la señora de Jerome White, geólogo del subsuelo y pianista de las veladas.

La señora de George D. Thompson, que presidía la reunión y estrenaba un traje de un chocante violeta aberenjenado, intervino gravemente:

—Es mi marido quien está en el deber de aconsejarlo. Yo se lo he suplicado muchas veces.

—Lo peor de todo

—chilló la secretaria Margaret Hill con su vocecita de flautín desafinado

— es que todo el mundo asegura que Reynolds está decidido a casarse con esa mujer. ¡Es verdaderamente inconcebible!

Efectivamente, era necesario hablar con Reynolds y hacerle serios reparos con respecto a su conducta. También los hombres del club se habían reunido la noche anterior frente a la mesa de póker y suspendieron la partida durante largo rato mientras discutían «el caso Reynolds», que de esa manera lo denominaron. No era solamente que le hubiese montado casa a una prostituta profesional de baja ralea. Era que, además, hacía el ridículo frente a los nativos y deterioraba el prestigio de la colonia americana entera. George Peacock, el gordito que se disfrazaba de Mae West en las veladas artísticas, lo vio salir el domingo en la mañana hacia el pueblo con un puñado de azucenas en la mano, como un novio de Dickens. Había que hablar sin tardanza con Charles Reynolds y el único con sobrada autoridad para cumplir tan delicada misión era George W. Thompson.

—No se trata de una cuestión de trabajo

—se excusó el gerente de la Compañía

—. Preferiría no meterme en ese asunto.

No obstante, concluyó por aceptar. Esa misma mañana su señora lo había presionado en igual sentido, frente al cornflake del desayuno. Ahora los otros insistían durante aquella partida de póker que, en realidad, había sido convocada con la exclusiva finalidad de plantear y resolver en alguna forma «el caso Reynolds».

—Hablaré con Reynolds

—consintió Thompson acorralado Pero no como jefe del campamento, sino como amigo suyo.

Reynolds vendría al club, como todos los domingos al atardecer, a comprar picadura para su pipa. El *barman*, un negrito trinitario que hablaba el inglés con inflexiones de *patuá* martiniqueño, lo estaba esperando rebotante de entusiasmo porque le acababan de llegar unas cajitas rojas

—de esas que tienen un señor con barba y levita estampado en la hojalata

— de tabaco fresco.

George W. Thompson se cruzó en su camino apenas traspuso las puertas batientes del club y, sin dejarlo aproximarse albar, lo tomó del brazo y lo timoneó amablemente hacia el jardín delantero.

—Tengo que hablar con usted

—le dijo cuando ya caminaban por la vereda asfaltada que se extendía frente a las casas.

Reynolds marchaba a su lado, silencioso y preocupado. Al chupar la pipa apagada sólo extraía un zumo amargo de tabaco húmedo.

—Verá usted

—comenzó el gerente después que recorrieron calladamente más de cincuenta metros Todos sus amigos están muy preocupados a causa de su comportamiento.

—¿A causa de mi comportamiento como empleado de la Compañía?

—preguntó vivamente Reynolds.

—No, de ninguna manera. Usted es un empleado de primera categoría que ha rendido a la Compañía valiosos servicios durante muchos años. Todos nos sentimos profundamente satisfechos de su colaboración.

—¿Entonces?

Una niña rubia y vestida de azul se desprendió en ese momento desde la puerta de una de las casas, atravesó corriendo el jardincito que la separaba del asfalto y vino a enredarse entre las piernas de Charles Reynolds pero no llegó a hacerse daño porque George W. Thompson

—que había sido jugador de rugby en sus mocedades

— la atrapó en el aire como si no fuese una niña sino un balón.

Ambos hombres recibieron el incidente con regocijo porque les aplazaba una conversación que ninguno de los dos deseaba sostener. Pero, diez pasos más adelante, Thompson hizo un esfuerzo y dijo:

—Me refiero a su conducta fuera de las horas de trabajo, fuera de los límites de la Compañía.

—Se refiere a mi vida privada

—precisé Reynolds con cierta amargura

—. Yo le rogaría que no me hablara de eso, míster Thompson. Si considera que mi vida privada es perjudicial a los intereses de la Compañía, le suplico que me lo notifique y yo estoy dispuesto a renunciar al cargo inmediatamente. Pero le agradeceré que no se inmiscuya en mi vida privada.

George W. Thompson comprendió que la menor insistencia provocaría una reacción

destemplada en Reynolds. El hombre estaba tenso, con la mirada en guardia, como un boxeador al sonido de la campana que inicia el combate.

Caminaron en silencio un trecho más y luego emprendieron el regreso. Thompson se detuvo un instante, extrajo los fósforos del bolsillo del pantalón y le encendió la pipa a Reynolds. Este gruñó entre dientes:

—Gracias.

Se acercaba la noche. Las cuatro palmeras del club resaltaban sobre un crepúsculo de canela y púrpura. El barman trinitario encendió las luces.

Enseñar a leer y a escribir no era tan sencillo como se había imaginado Carmen Rosa. A los dos hijos de Luciano Millán se añadieron sin ella darse cuenta tres muchachos más y al cabo de un par de meses la salita de recibo se encontraba transformada en embrión de escuela. Los muebles verdes dieron sitio a los taburetes de los cinco alumnos y una tabla pintada de negro a manera de pizarrón sustituyó al Corazón de Jesús en la pared de fondo. Carmen Rosa repetía los métodos más eficientes que escuchó de la señorita Berenice, o inventaba otros de su cosecha, pero la verdad era que solamente lograba hacerse entender por la hijita mayor de Luciano Millán, Clotilde, que tenía once años, parecía una venadita con sus canillas afiladas y sus orejitas enhiestas, y lo aprendía todo en un santiamén. Los otros cuatro, el hijo segundo de Luciano Millán, la indiecita le que le trajeron las Maíta, el zagaletón del italiano Pasquali y el sobrino bizco del obrero Ramón Valladares, lejos de demostrar el menor interés por sus lecciones, se dedicaban a cazar moscas para destriparlas horriblemente entre las uñas, o a reírse sin motivo alguno, mientras Carmen Rosa se debatía con sus letras inmensas ante la tabla pintada de negro:

—Una M, una A, una N y una O. ¿Qué dice aquí, Serafina?

—Yo no sé, señorita

—contestaba la indiecita amedrentada, a punto de romper en llanto.

Alivio y contento experimentó Carmen Rosa cuando llegaron inesperadamente al pueblo dos maestros de escuela graduados en Caracas, Matías Carvajal y Nelly Carvajal, su señora. Secundino Silva fue a visitarla para contarle a media voz toda la historia. Matías Carvajal, a más de maestro de escuela, era un revolucionario que anduvo entre cárceles y destierros durante la época de Gómez. Cuando vinieron tiempos mejores y se fundaron los partidos políticos, Matías Carvajal se inscribió en uno de ellos y habló en algunos mítines de oposición. Pero el nuevo gobierno, que actuaba tres meses como democracia y nueve como dictadura, lo envió otra vez a la cárcel. Finalmente lo pusieron en libertad pero bajo la condición de que viviera en este pueblo que le fijaron como domicilio. De por qué escogieron aquella región absurda para confinarlo, eso no lo sabía Secundino Silva y posiblemente tampoco lo sabía el propio Matías Carvajal.

—Lo cierto es que llegó esta mañana con su mujer y su hija

—concluyó el boticario.

—Supongo que abrirán una escuela

—dijo Carmen Rosa.

—Algo de eso dijo. Pero acaban de llegar. Y ya el jefe civil lo citó para notificarle que tenía órdenes estrictas de encerrarlo en un calabozo si hablaba de política o intentaba fundar su partido por estos lados.

Secundino Silva se sentía personaje importante al hablar de su reciente amigo:

—El profesor Matías Carvajal es un hombre interesantísimo, una gran inteligencia. Mañana mismo lo traigo a «La Espuela de Plata» y se lo presento.

Lo trajo al día siguiente, a la hora de las noticias por la radio, y a Carmen Rosa no le pareció tan interesante. Era un hombre alto, de anteojos, un poco desgarbado, rasgos comunes y borrosos, de esos tipos que se ven en cualquier sitio y se olvidan fácilmente. Apenas las largas manos huesudas y los ojos profundos valían la pena. Pero los ojos casi nunca miraban de frente porque Matías Carvajal estaba siempre ausente, como si pensara en una persona lejana.

Clímaco Guevara se encontraba en su rincón de costumbre. Secundino Silva y Matías Carvajal hablaban con Carmen Rosa, el padre Toledo se había quedado escuchando desde la puerta, cuando la voz del locutor llegó clarísima a través de unos cielos azules y secos.

BIARRITZ, MARZO 28. LA RADIO NACIONALISTA DE BURGOS HA EMITIDO UN COMUNICADO ANUNCIANDO QUE A LAS 11 Y 30 DE LA MAÑANA EL GENERAL JOSÉ MIAJA HABÍA ACEPTADO EL RENDIMIENTO INCONDICIONAL DE MADRID.

Y segundos después:

MADRID, MARZO 28. SE CONFIRMA QUE EL EJÉRCITO CENTRAL DE MADRID FUE RENDIDO AL ENEMIGO. LAS TROPAS FRANQUISTAS YA SE ENCUENTRAN EN LOS DISTRITOS MERIDIONALES DE LA CAPITAL Y AVANZAN AHORA HACIA EL CENTRO DE LA CIUDAD QUE DURANTE MÁS DE DOS AÑOS RESISTIÓ CON HEROÍSMO EL SITIO DEL GENERAL FRANCO.

Aunque esperaba esa noticia desde hacía más de una semana, Matías Carvajal la escuchó pálido y con la cabeza hundida en el pecho. El locutor continuaba:

BURGOS, MARZO 28. DOSCIENTOS MIL HOMBRES OCUPARON LA CIUDAD DE MADRID, BAJO LAS ÓRDENES DEL GENERAL FRANCO.

— EL MINISTRO DEL INTERIOR, SEÑOR SERRANO SUÑER, ANUNCIÓ QUE LOS ITALIANOS VAN A LA CABEZA DE LAS TROPAS.

Los ojos indios de Clímaco Guevara relampaguearon desde su rincón de sombras.

ROMA, MARZO 28. MUSSOLINI SUPO LA RENDICIÓN DE MADRID CUANDO REGRESÓ AL PALACIO VENEZIA DESPUES DE REVISAR A 18,000 PILOTOS EN LA VÍA IMPERIAL, DE LOS CUALES 3.000 COMBATIERON EN ESPAÑA, LA MUCHEDUMBRE ACLAMÓ AL DUCE CUANDO ÉSTE APARECIÓ AL BALCÓN GRITANDO: ¡VIVA LA ESPAÑA NACIONALISTA!

Secundino Silva, estremecido por un tic nervioso que le sacudía el hombro izquierdo,

— realizaba esfuerzos inauditos para guardar su compostura.

BERLÍN, MARZO 28. EL CANCELLER ADOLFO HITLER TELEGRAFÍO A FRANCO EN LA FORMA SIGUIENTE: ENVÍO A USTED MIS CALUROSAS FELICITACIONES EN OCASIÓN DE LA ENTRADA DE LAS TROPAS NACIONALISTAS A MADRID, ALEMANIA ADMIRA HOY EL MAGNÍFICO PROGRESO DE VUESTRAS TROPAS Y RECONOCE QUE ESPAÑA SE ENCUENTRA EN EL DESPERTAR DE UNA NUEVA ERA QUE HA JUSTIFICADO LOS SACRIFICIOS Y LOS ESFUERZOS CUMPLIDOS.

Calló la radio. El padre Toledo, estallante de júbilo, avanzó hacia el recinto de la bodega y se dirigió a Carmen Rosa con empaque de predicador:

—¡Dios sea loado! Por fin se rindieron los rojos asesinos. Por fin España se ha librado de sus peores enemigos.

A Matías Carvajal se le acentuó la palidez. Después habló con la voz zarandeada por una rabia sombría, sin mirar al padre Toledo:

—España ha caído, señorita Villena, en garras de quien es realmente su peor enemigo, en garras del peor enemigo de toda la humanidad que es el fascismo. Y ha caído vendida a Hitler y a Mussolini por un puñado de militares traidores y vendida también

—fue entonces cuando miró de frente al padre Toledo

— por el clero más oscurantista y más reaccionario, por no decir más criminal, de toda la tierra.

No esperaba el cura tal andanada, ni siquiera sabía quién era aquel hombre de ojos visionarios y manos de cartujo que así le increpaba. Pero su estupor duró tan sólo breves segundos. De inmediato se recuperó y embistió como un novillo:

—Yo no sé quién es usted, señor, pero por lo que oigo debe ser un rojo de corazón perverso. Afortunadamente la justicia de Dios es infinita y esa justicia se cumplirá en todos los rincones del universo como se ha cumplido en España.

—Nunca me he explicado ese empeño de mezclar a Dios en actos criminales

—respondió esta vez directamente Matías Carvajal y miró al cura con agresiva frialdad

—. Ustedes los fascistas odian la justicia, odian la libertad, odian el progreso, odian al pueblo.

Y no deberían invocar el nombre de Dios en respaldo de sus bajas pasiones y de sus sucios negocios.

Todos creyeron que el padre Toledo iba a agredirlo, tan furioso era su aspecto y tan lívido estaba su rostro. Pero, en lugar de hacerlo, dio tres pasos hacia la puerta y desde la calle tronó, sacudido por una ira bíblica:

—Pretendieron apoderarse de España y no lo lograron porque el patriotismo de sus militares y la mano de Dios se lo impidieron. Pretenden apoderarse del mundo pero caerán pulverizados, ahogados por la sangre inocente que ellos mismos han vertido.

Matías Carvajal tardó varios minutos en serenarse, después que el otro se hubo marchado. Le fosforecían los ojos como los de los gatos en las tinieblas. Las venas le latían sobre los nudillos de las huesudas manos empuñadas. Carmen Rosa, desconcertada por la trifulca y sin saber que hacer, le trajo un vaso de agua.

—Perdone usted, señorita

—dijo el maestro de escuela apesadumbrado, cuando logré retornar a su vaguedad de hombre distraído

—. No se imagina cómo me mortifica esta escena ridícula que hemos montado en su presencia.

Y se bebió sorbo a sorbo el vaso de agua.

CAPÍTULO XI - EL TUERTO MONTERO

—ANOCHE me enredé en una discusión furiosa con un cura franquista.

—Te habías propuesto no hablar de política con nadie en este lugar

—respondió Nelly dulcemente.

—Ya lo sé, chica. Pero un fraile gordo y repulsivo se puso a cantar victoria por la caída de Madrid en presencia mía. Te confieso que perdí el control.

—Es sorprendente que tú pierdas el control alguna vez

—advirtió Nelly.

—Son consecuencias inevitables de la guerra española, *catirruana*. Los españoles no solamente perdieron el control ellos mismos, que por cierto nunca lo han tenido, sino que también se lo han hecho perder a la humanidad entera.

Nelly sonrió, arrodillada ante la maleta abierta. Era una mujer alta y blanca, de pelo rojizo y nariz: respingada. Desde muy niña, mucho antes de enamorarse de él, había sentido una admiración desmedida por su primo Matías Carvajal, capitán de todos los juegos infantiles de la parroquia, primero en la clase de historia, *short stop* del equipo de *base ball* del colegio, silbador habilísimo del «Caro nome» de Rigoletto, torpísimo en cambio para aprender a bailar tango. Se asomaba ella a la ventana con sus trenzas anudadas en orondos lazos azules para verlo pasar y oírlo decir siempre lo mismo. ¡Adiós, catirruana! Y más tarde, ya muchacha de bailes y labios pintados, le costó Dios y su ayuda que se fijara en ella y en lo enamorada que estaba, que la dejara de tratar como a sus propias hermanas, distraído, ausente, pensando en otra cosa cuando le decía ¡Adiós, catirruana!

—¿Hablaste con el jefe civil?

—preguntó Nelly mientras sacaba los libros de la maleta y los colocaba cuidadosamente en el suelo, uno sobre otro.

—No había más remedio. Me

— llamó para amenazarme, como habíamos supuesto. Me advirtió sin cordialidad de ninguna especie que si intentaba fundar el partido o pretendía organizar un sindicato, me metería a la cárcel. Lo mismo de siempre.

—¿Y tú qué le respondiste?

—Le dije que tú y yo éramos maestros graduados y que este sitio estaba pidiendo a gritos una escuela. Pensé que tal vez sería más revolucionario en estos chaparrales fundar una escuela que fundar el partido.

Nelly cerró la maleta vacía y se puso de pie, Tenía unos bonitos ojos claros y unas hermosas manos blancas, aunque no sabía exactamente qué hacer con estas últimas. Cruzaba los brazos para ocultarlas bajo las axilas, las escondía entrelazadas a su espalda, o las dejaba caer a lo largo de la falda como palomas sin vida.

—¿Nos permitirán fundar una escuela, Matías?

—El jefe civil no hizo ninguna objeción. A nosotros nos toca poner manos a la obra.

—El problema es que no sabemos cuánto tiempo nos van a dejar en este pueblo. Me dolería abrir una escuela y tener que largarnos a las pocas semanas.

Se hallaban en el cuarto más amplio de la posada de las Maita. El piso era de cemento y los techos de zinc, porque también las Maita habían prosperado. Nelly, que no podía tolerar más de un minuto la visión de desorden, tendió desde temprano las dos camitas de lona, sin esperar la llegada de la india que hacía el servicio.

—No pienses en eso, catirruana

—dijo Matías después de un breve silencio

—. Lo importante es abrir la escuela. Siempre encontraremos a alguno que continúe con ella, que no la deje morir. Aquí hay decenas de niños y niñas que no saben leer ni escribir. Es una verdadera vergüenza.

Nelly aprobó con un gesto las palabras de Matías y se inclinó de nuevo a recoger los libros. Levantó con ellos dos columnas sobre una mesita equidistante de las dos camas. Una gramática española y el Telémaco en francés quedaron al tope de las pilas, ocultando los otros títulos.

—Doña Nelly Carvajal de Carvajal, estas calamidades le han sucedido a usted por haberse casado con un elemento subversivo, con un agitador profesional, con un mal hijo de la Patria, como dicen los defensores del orden público con sobradísima razón.

—Si usted hubiera contraído matrimonio, como se lo aconsejaron sus padres, con don Crispulo Velutini, el más honorable y el más acomodado de sus pretendientes, no se encontraría hoy en esta pensión de mala muerte ni en este repugnante campo petrolero, sino sentada en una mesita del Club Paraíso, con un *old fashion* al alcance de la mano y diciendo con la boquita fruncida: *trois piques, je passe, merci chéri*.

Nelly lo escuchaba dichosa. Una oleada de juvenil alborozo le encendía las mejillas cuando Matías Carvajal peroraba en ese tono burlesco, accionando con sus manos de predicador y alzando al cielo los alucinados ojos negros.

Sin embargo protestó:

—Matías, por favor, fijate dónde pones los pies. Estás parado sobre mis chinelas azules y las vas a destrozar.

No llegó a responder porque entró Mireya y repartió equitativamente besos entre ambos. Era una niña blanca como Nelly pero con los ojos y el cabello oscuro del padre. Había dormido en el pequeño cuarto vecino, en una tercera camita d. lona, y ya se había lavado, vestido y peinado ella misma con esmerada pulcritud. Matías Carvajal la levantó a pulso hasta el nivel de su cabeza y se puso a conversar con ella de quién a quién.

—¿Qué le parece a Su Alteza Real este magnífico castillo encantado? ¿Durmió bien en su colchón de plumas? ¿La atendieron debidamente los pajes y las doncellas?

—Todos se han portado muy bien, Majestad

—respondió Mireya

—. El único antipático ha sido el dragón de la familia, que de tanto ladrar en el medio de la calle me despertó tres veces.

—¿Un dragón dice usted, Princesa? Lo volveré picadillo con mi espada de fuego.

—¡Bravo!

—Y mataré también a los ruseñores del patio que cantan como gallos desde la madrugada.

—¡Bravísimo!

—Ahora la invito a desayunar en el famoso comedor Luis XIV de las condesas Maita. Sirven unos huevos fritos a la Pompadour que gozan de merecido renombre en toda la comarca.

—¡Bájame, papaíto, que me vas a despeinar!

—chilló esta vez Mireya pataleando.

Nelly Carvajal, desde la media luz del fondo, comentó sonreída:

—¡Qué par de locos!

Clímaco Guevara, trepado a la torre de acero, engarzaba ágilmente los tubos bamboleantes y los inmovilizaba entre garfios semicirculares. Ya no era Oficina N° 1 el único pozo abierto en aquella sabana. Clímaco Guevara divisaba desde lo alto de su atalaya la cabria de Oficina N° 2 y adivinaba otras en la lejanía, más allá de los morichales del río.

El perforador Harry Rolfe detuvo bruscamente las agujas del cuadrante y se llevó los dedos a la boca para emitir un silbido estridente, como de locomotora. Clímaco Guevara lo escuchó y comenzó a descender por la escalerilla lateral de la torre porque apenas faltaban cinco minutos para concluir la guardia y el cielo había comenzado a oscurecer.

Cuando llegó a tierra ya los cuñeros Ramón Valladares y Nicanor Arteaga se habían lavado las manos y los antebrazos en el agua de un grifo que asomaba junto a la laguna grisácea y espumosa del barro de circulación. Esperaron a Clímaco Guevara y se sirvieron los tres cafés calientes en un termo humeante antes de salir en fila india por el camino que conducía a sus casas. Estaban tan próximas las casas que la Compañía había resuelto economizar los medios de transporte convenidos en el contrato.

Ramón Valladares, que iba de puntero, se puso a hablar mal del padre Toledo sin volver el rostro.

—Ese cura vagabundo ha metido ya tres camiones en la Compañía

—dijo.

—¿Y qué vaina es esa de meter un camión en la Compañía?

—preguntó Nicanor Arteaga que estaba recién llegado del Zulia y nunca había oído aquella expresión.

—Un gran negocio

—le explicó Ramón Valladares. La Compañía le presta a un tipo el dinero para comprar un camión y después le alquila a buen precio el camión que le ayudó a comprar. Con el dinero de los alquileres el tipo paga el camión y vuelve a pedir prestado a la Compañía para comprar otro.

—¡Un negocio redondo!

—gruñó Nicanor Arteaga.

—Sí, compadre, pero ese negocio no lo hace la Compañía contigo, sino con gente a quien le debe favores o con aquella que se quiere conquistar.

—¿Y cuántos camiones ha metido el jefe civil?

—preguntó Clímaco Guevara, que venía el último.

—El jefe civil tiene más de cinco

—informó Ramón Valladares

—. Pero casi todos se los ha conseguido su mujer, doña María Eduvigis. Esa gorda es insaciable. Si la dejaran hacer, se llevaría hasta la mecha del taladro para su casa.

Traspusieron una verja de hierro y torcieron rumbo hacia los perfiles de las primeras casas que la sombra del atardecer disfumaba sobre un cielo anaranjado. En sentido contrario, por el centro de la calle arenosa, venía Guillermito, Rada al volante de un automóvil negro, con las iniciales de la Compañía estampadas visiblemente en la portezuela. A su paso los tres hombres gruñeron un saludo.

—¡Qué tipo!

—dijo Ramón Valladares.

—¡Una basura!

—corroboró Nicanor Arteaga.

Clímaco Guevara juzgó oportuna la ocasión para revivir un tema olvidado.

—No pueden impedimos que hagamos un sindicato

—exclamó de sopetón

—. Se trata de una cuestión legal, de fundar un organismo de defensa que ya existe en muchos campos petroleros.

—Aquí la gente tiene mucho miedo

—respondió Nicanor Arteaga que no sabía aún con precisión lo que significaba la palabra sindicato

—. Creen que el jefe civil se los va a tragar.

—Ramón Valladares no tiene miedo

—se atrevió a afirmar Clímaco Guevara,

—¡Claro que no tengo miedo!

—y Ramón Valladares que tampoco se había formado todavía un concepto cabal de la función de los sindicatos, se detuvo al pie de un farol acabado de encender.

—Ni yo

—añadió secamente Nicanor Arteaga.

Era todo cuanto Clímaco Guevara deseaba saber. Pero no volvió a hablar del asunto sino después que hubieron pasado por frente a la pared recién levantada sobre la cual estaba clavado un rectángulo de madera que decía en relucientes letras verdes

SUSANA TIENE UN SECRETO

y también por frente al botiquín nuevo que se llamaba «Salón México» y mantenía en infatigable actividad un tocadiscos eléctrico y multicolor que tragaba monedas y chillaba danzones.

En realidad no insistió sino cuando se detuvieron ante la puerta de la casa de Nicanor Arteaga. Entonces dijo:

—¿Nos atreveremos nosotros tres a organizar el sindicato?

—Conmigo puedes contar

—respondió Ramón Valladares.

—Y conmigo también

—completó Nicanor Arteaga ya con un pie en el umbral.

Ramón Valladares y Clímaco Guevara prosiguieron su marcha. Ramón Valladares no solamente no tenía miedo sino, que se había entusiasmado con la idea y lanzaba iniciativas.

—Quizás el maestro de escuela pueda ayudarnos

—sugirió

—. El boticario Secundino Silva me dijo la otra noche que Matías Carvajal era un hombre bragado y que sabía mucho de partidos políticos y de sindicatos.

Clímaco Guevara no estuvo de acuerdo.

—El maestro Matías Carvajal está vigilado por el jefe civil

—explicó

—. No vale la pena comprometerlo ni correr el riesgo de que nos comprometa a nosotros.

Y como habían llegado a la casa de Ramón Valladares, agregó a manera de despedida:

—Además, no creo que sea tan necesaria su ayuda. Yo sé, más o menos, cómo debe marchar un sindicato.

Continuó andando. Será necesario comenzar por explicarles qué cosa es un sindicato, se dijo. Espesas bandadas de insectos negruzcos revoloteaban alrededor de los faroles, Clímaco Guevara era soltero y vivía sin compañía en un rancho de bahareque y moriche.

Pocas semanas más tarde fue Corpus Christi y Carmen Rosa se quedó sola en la bodega. Doña Carmelita, falta de iglesia donde celebrar fecha tan solemne, había ido a confesarse con el padre Toledo y se llevó consigo a la india Eusebia. Ambas esperaban su tamo en el corredor de la posada mientras el cura, sentado en el sillón de cuero que se hizo traer desde Ciudad Bolívar, escuchaba los pecados que sus feligreses musitaban de rodillas sobre el cemento del patio.

Entró un hombre a «La Espuela de Plata» y compró un chinchorro. Luego llegó la mujer de Ramón Valladares, pidió un kilo de harina y se quedó unos minutos con el paquete en la mano, hablando de los nubarrones que oscurecían el cielo y anunciaban una lluvia torrencial. Por último se presentó la señora del jefe civil, doña María Eduvigis de Cova, de andaluza porque también iba a confesarse, y no compró nada porque le pareció muy cara la media docena de vasos que necesitaba. Para no perder el viaje le contó a Carmen Rosa cómo su marido había impartido órdenes terminantes según las cuales las casas de prostitución debían abandonar las calles del pueblo y trasladarse a un sitio apartado, en plena sabana.

—Ya las familias decentes no podemos vivir entre tanto escándalo y tantas palabras sucias, revueltas con los tahures y con las mujeres de mala vida.

No la interrumpió Carmen Rosa. Doña María Eduvigis, que era muy conversadora cuando su marido no estaba presente, insistía en los detalles de su noticia:

—El único inconveniente ha sido el tuerto Montero. Anda diciendo por ahí que su negocio es muy importante, que él tiene amigos influyentes y que se niega a mudarse. Pero Gualberto recibió órdenes superiores de no hacer excepciones y está dispuesto a cumplirlas. Vamos a ver si Montero se muda o no se muda. Yo que conozco a Gualberto, te aseguro que se muda.

No bien hubo marchado la señora del jefe civil, comenzó la tormenta que había presagiado Rita Valladares. Primero llegó la noche prematuramente cuando grandes nubes opacas, de fosoco vientre pizarra, taparon el sol en descenso y otras nubes iguales se alzaron quietas como barcos inmensos atracados a ras de los cuatro horizontes de la sabana. La imprevista oscuridad obligó a Carmen Rosa a encender las luces. Fulguraban tres tempestades distintas y remotas. Resaltaba un relámpago al norte, otro al sur, un tercero al oeste, sin dar tiempo a que se apagara el anterior, tan continuados que la calle se llenaba de luz extraña durante varios segundos, como si hubiera vuelto a salir el sol, como si súbitamente se hiciera de día. Carmen Rosa veía cruzar por el boquete en sombras de la puerta, en el pedazo de cielo gris que se aclaraba una y otra vez, las líneas de fuego amarillo que culebreaban como el copete de las hogueras y otras de fuego rojo que ascendían verticales y se fragmentaban en lo alto como las bengalas de las fiestas de Santa Rosa en Ortiz. Aquel rebaño de centellas que clareaba por entre las abras de la noche, aquella resaca de día refulgiendo en mitad de las tinieblas, le causaban una angustia inexplicable. Era una tempestad silenciosa e imponente, sin el rugido de los

truenos, sin el tintineo de la lluvia, sin el olor agreste de la tierra mojada, volcada entera en la furia restallante de los relámpagos.

Cuando cayeron finalmente los goterones, cuando el primer estampido subrayó el resplandor de un rayo más próximo, justamente en ese momento se coló en la bodega el tuerto Montero. Carmen Rosa se había preparado mentalmente para afrontar aquella odiosa entrevista que sabía inevitable, guardaba en la memoria las pocas palabras duras que se proponía decir. No obstante, nunca pensó que le tocaría enfrentarla en un anochecer ennegrecido por la lluvia, en el recinto de una casa sola, acorralada por la luz de los relámpagos y el bramido retardado de los truenos.

El tuerto Montero se había escurrido por la puerta sigilosamente y estaba frente a ella vestido de dril blanco, con una estridente corbata roja que le estallaba en el pecho. Tenía puesto un sombrero de Panamá que nunca llegó a quitarse y su mano derecha empuñaba un foete. Los vidrios oscuros de los anteojos le ocultaban la nube que le borraba el ojo izquierdo y también el ojo sano que le brillaba como la lumbre de un cuchillo. Carmen Rosa intentó detenerlo con un grito, pero las palabras se le secaron en la garganta y los labios le temblaron apenas de un mudo estremecimiento.

El hombre avanzó resueltamente hasta donde ella estaba y comenzó a decir desde el lado opuesto del mostrador:

—Señorita Villena, antes de irme para siempre de este lugar, porque yo no me voy a mudar de ninguna manera adonde pretende el jefe civil, tengo que hablar con usted.

Un nuevo relámpago convirtió en raudal de plata la lluvia que caía en la oscuridad, más allá de la puerta. En seguida repercutió un trueno furioso que hizo tambalear los frascos de los estantes. Pero las voces frenéticas de la tempestad, lejos de amilanarla, la impulsaron a enfrentarse a la figura abominable que estaba ante ella, tan cerca como nunca lo había estado antes.

—¡Usted no tiene nada que hablar conmigo! ¡Salga de aquí!

—y le sorprendió la aspereza cortante de su propia voz, colérica y vibrante como el zigzag de los relámpagos.

—Es mejor que me oiga

—Continuó el tuerto Montero impasible

—. Tengo una cosa muy importante que proponerle.

—¡Salga de aquí le he dicho!

—y le mostró la calle con la mano extendida, sin mirarlo.

—Oiga usted

—insistió Montero aún más cercano.

Pero Carmen Rosa gritó de nuevo, esta vez tan alto que sus palabras se impusieron por encima

del golpeteo de la lluvia sobre los charcos:

—¡Salga de aquí!

Había decidido aferrarse a esas tres palabras violentas, «salga de aquí «salga de aquí», «salga de aquí», hasta que el rostro cínico, los anteojos oscuros y la corbata color de sangre se borrarán de su vista.

De repente Ulises Montero cambió de actitud. Escrutó la calle en tinieblas, la soledad salpicada por el chasquido del agua que caía sobre el fango, y avanzó violentamente hacia la mujer pálida, rígida como un árbol seco, que aún le mostraba la puerta con la mano extendida.

—¡Tengo que hablarle!

—gruñó sombríamente, otra vez frente a ella, y una mano huesuda se engarabató sobre el hombro izquierdo de Carmen Rosa, le desgarró la tela del vestido, se deslizó hacia su cuello como un reptil.

En ese preciso segundo irrumpió en la bodega, empapada como una venadita que viniera de cruzar un estero, como un tallo que hubiese nacido violentamente de las semillas del agua, la hija mayor de Luciano Millán, Clotilde Millán, huyendo de la lluvia que le sorprendió muy lejos de su casa, en el corazón de los chaparrales. Carmen Rosa gritaba entonces enloquecida por el terror, con un cabrilleo de espanto entre los ojos.

—¡Salga de aquí, asesino!

El tuerto Montero miró rabiosamente a la hija de Luciano Millán, masculló una puerca insolencia, avanzó después hacia la calle dando traspiés de borracho y se perdió en el aguacero perseguido por el último relámpago.

—¡Salga de aquí, asesino! ¡Salga de aquí, asesino!

—gritó dos veces más Carmen Rosa después que se hubo marchado.

Cerró la puerta con manos temblorosas, corrió febrilmente la barra del pestillo, abotonó el garfio del candado, abrazó a Clotilde Millán que la miraba sobrecogida y chorreando agua, la besó en la frente y las dos rompieron a llorar.

CAPÍTULO XII - LA CUBANA

—FALTA Luciano Millán nada más

—dijo Clímaco Guevara.

—No hemos debido convocarlo

—respondió Ramón Valladares

—. Es capataz y gana dieciséis bolívares diarios.

—Además

—agregó Nicanor Arteaga

— se va a retirar de la Compañía la semana que viene para montar un taller mecánico en sociedad con musió Roberts.

—No importa

— se defendió Clímaco Guevara a cuyo empeño se debía la convocatoria del capataz margariteño

—. Luciano Millán es un buen hombre, todo el mundo lo respeta y su presencia le dará mayor seriedad al sindicato.

La reunión se celebraba en la casa de Nicanor Arteaga, pero en esta ocasión las invitaciones no se habían hecho por medio de papelitos sino a viva voz. En un cuarto vecino estaban acostados los dos muchachos y a intervalos se les oía gruñir como animalitos o revolverse bajo la cobija. En este otro cuarto, dormitorio de Nicanor y Casilda, conversaban cinco hombres: tres sentados en el filo del catre, Clímaco Guevara, que ocupaba un taburete, y Nicanor Arteaga, de pie, como correspondía al dueño de la casa. Casilda, inmóvil, enmarcada por la puerta que daba a la cocina, esperaba el momento oportuno de servir el café.

Llegó Luciano Millán retrasado y sonriente. Clímaco Guevara le cedió su taburete y el negro Lorenzo Torres dejó por la mitad un cuento de aparecidos que estaba refiriendo a los del catre. Se hizo un silencio un poco incómodo y, para romperlo, tomó la palabra Clímaco Guevara, que ahora estaba parado junto a Casilda.

—Como ustedes ya saben, muchachos, se trata de formar un sindicato o por lo menos un comité que defienda los derechos de los trabajadores. Con la llegada de la tubería se ha levantado un rimero de taladros nuevos en toda la sabana. La construcción del oleoducto ha aumentado también enormemente el número de obreros en Oficina N° 1 y sus alrededores. Sigue llegando gente de todas partes pero la Compañía puede hacer con nosotros y con los que llegan lo que le dé la gana porque el jefe civil es un perro de presa al servicio de mister Thompson y porque el Comisionado del Trabajo te concede siempre la razón a la Compañía sin molestarse a pensar si la tiene o no la tiene. Necesitarnos formar un sindicato para que cuando Guillermíto Rada vaya a despedirlo a uno, a nombre de la compañía, sepa que no está despidiendo a Nicanor Arteaga, ni a Lorenzo Torres, ni a Clímaco Guevara, sino a un miembro de una organización que está resuelta a dar la cara por sus afiliados.

—¿Y tú crees que el jefe civil va a permitir que le formemos un sindicato sin meternos a todos a la cárcel?

—lo interrumpió calmadamente Luciano Millán. Clímaco Guevara ya no era el mestizo silencioso y ladino que apenas saludaba a aquellos con quienes se cruzaba en la calle. Había recuperado súbitamente su condición de organizador sindical curtido en la experiencia de los campos del Zulia y en la meditación de los calabozos. Esperaba la pregunta de Luciano Millán.

—En otros lugares del país y en otros campamentos petroleros funcionan sindicatos legalmente

—respondió

—. Es necesario hacerle saber al jefe civil que Oficina N° 1 no es una república aparte y que está violando las leyes cuando impide la formación de un sindicato en este lugar. Debemos pedir solidaridad a los obreros de todo el país, denunciar el caso en los periódicos de Caracas que quieran publicarlo. Y si a pesar de todo nos mete a la cárcel a mí y a cualquiera de ustedes, muchachos, pues bien, así es precisamente como han nacido siempre los sindicatos: después que van a la cárcel los primeros que intentan formarlos.

—Hay que lanzar un manifiesto y hacerlo llegar a todos los trabajadores de la Compañía

—dijo trémulo de entusiasmo Nicanor Arteaga, el dueño de la casa, y Casilda lo miró complacida.

—Preferible es ir con tiento

—aconsejó Clímaco Guevara

— para que no nos arrasen como la vez anterior. Creo que debemos conversar primero con los compañeros de trabajo más conscientes, sin hojitas ni manifiestos, hasta conseguir de palabra cincuenta hombres que estén dispuestos a entrar al sindicato. Y cuando ya tengamos los cincuenta, presentarnos ante el Comisionado del Trabajo a pedir legalización. Vamos a ver si el jefe civil se atreve a meter de un solo porrazo en chirona a cincuenta obreros, entre ellos al compadre Millán, que

cuenta con más de cien margariteños resueltos a dar la vida por su amistad.

Sonrió vagamente Luciano Millán para restarle importancia al cumplido. Entretanto, Ramón Valladares levantó la mano desde su filo de catre y dijo gravemente, como si se hallara en un congreso:

—¡Pido la palabra!

Y siguió hablando sin que nadie se la concediera:

—Yo propongo, compañeros, que nos declaremos comité organizador del sindicato desde este mismo momento y nombremos secretario general a Clímaco Guevara y secretario de finanzas a Nicanor Arteaga, para cuando tengamos fondos. Y que comencemos desde mañana a reclutar esa gente de que habló Clímaco.

No fue preciso realizar una votación formal de manos alzadas, como pretendió luego Ramón Valladares, porque todos estaban de acuerdo. Nicanor le pidió a Casilda que trajera café caliente y ella volvió enseguida porque tenía la cafetera blanca y descascarada al rescoldo del fogón y listas las cuatro tazas de peltre que existían en la casa. El capataz Luciano Millán habló de otra cosa con su pocillo aromoso en la mano.

—Ese cura español y la señora del jefe civil han pasado más de seis meses recogiendo dinero para la iglesia en las taquillas de la Compañía, en las casas de comercio, en todas partes. Además, le sacaron varios sacos de cemento y un camión de madera a mister Thompson. Pero de la iglesia no hemos visto todavía ni el terreno donde la van a levantar.

—¡Verdaderamente!

—exclamó Casilda, que no había despegado los labios en toda la noche.

—A mí me están entrando ganas de construir tina iglesia por mi cuenta, con mis amigos margariteños

—continuó el capataz

—. ¿No le parece una buena idea, Clímaco?

Clímaco Guevara no era creyente, pero no deseaba en modo alguno entablar una discusión sobre problemas religiosos con Luciano Millán.

—Eso es cosa suya

—respondió evasivamente.

Luciano Millán puso en manos de Casilda la taza vacía y se levantó para despedirse. Rumbo a la puerta añadió:

—Claro que es una buena idea. Se puede hacer una iglesia sencilla, de bahareque y techo de zinc, con un salón largo para decir la misa y un cuartito para la sacristía.

—¡La Iglesia de la Virgen del Valle!

—dijo Casilda.

—¡La iglesia de la Virgen del Valle!

—ratificó vivamente Luciano Millán.

Cuando el capataz se hubo marchado, Clímaco Guevara encendió el cigarrillo que le tendió el negro Lorenzo Torres y sentenció con invulnerable convicción:

—Irás pronto a misa, Casilda. Si Luciano Millán se lo propone, construye en quince días una catedral.

Tony Roberts cantaba «In a little Spanish town», desde el volante de su fordcito, por el camino de Cantaura a Oficina N° 1. A su lado, vestida de novia pero ya sin velo, iba sentada Graciélita Alcalá, o más exactamente la señora Roberts, porque venían de casarse ante el juez del distrito. Graciélita se reclinaba tiernamente en el hombro macizo del perforador americano y bendecía a todos los santos del cielo por su buena suerte, por el dadivoso destino que le había adjudicado para ella solita aquel gigante rubio que tanto le gustaba. Un trecho más allá alzaba los ojos para quedarse mirando el perfil de Tony, o para hacerle cosquillas en el cuello con la punta de las uñas, o para meterle la mano entera por entre la camisa y templarle suavemente los vellos rojizos del pecho.

—¡Quédese tranquila, señora Roberts! ¡Si usted sigue subiéndole la temperatura a Tony, Tony Ya a chocar!

Pero a los pocos metros detenía el automóvil, apagaba el motor, tiraba fuertemente del freno de mano y se volvía hacia ella para asirla por ambos hombros y darle un beso que consumía tres minutos y que ella devolvía acurrucada en su amplio pecho y ronroneando de gozo como una gatica.

—¡Bueno, bueno, no vamos a llegar nunca!

—protestaba Tony y se zafaba del abrazo.

—¿Y qué importa?

—suspiraba Graciélita

—. Nadie nos está esperando, mi amor.

—Tony no quiere pasar su noche de boda en el monte como los chivos. Tony tiene una casita en Oficina N° 1, una cama nueva con su colchón de resortes y su cobertor bordado, y un florero lleno de margaritas en la mesita de noche. Tony es un caballero.

—Mentira, mi amor, tú no eres ningún caballero. Tú eres un musiú antipático que no quiere a su mujercita a la media hora de casados

—y le metió otra vez la mano por entre la camisa.

Por último formalizaron un pacto según el cual no volverían a besarse sino después de haber cruzado el umbral de la casita que Tony había construido con paredes de bloques de cemento y techo

de tejas, en un extremo del pueblo Oficina N° 1.

—Para confesarte la verdad

—dijo ella

—, yo nunca creí que tú te ibas a casar conmigo.

Tony Roberts disminuyó la velocidad del automóvil y trató de esquivar las piedras derrumbadas y los montones de tierra que se interponían en su camino. Al costado izquierdo, trepada a la ladera, trabajaba una cuadrilla de obreros comandada por el ingeniero texano Christian Carter. Atornillaban y soldaban la tubería de un oleoducto que venía desde Oficina N° 1 y recorría más de cien kilómetros. Por encima del estrépito de los martillos sobre el metal resonó la voz familiar de Christian Carter que había reconocido el vehículo de su paisano Tony Roberts:

—¡Muchas felicidades y pocos hijos!

Tony respondió con un silbido estridente, aceleró la marcha del automóvil y reanudó la charla interrumpida:

—Dígame una cosa, señorita Alcalá. Si usted creyó que Tony no se iba a casar con usted, ¿por qué razón tuvo más de tres años de amores con Tony, por qué lo recibía en su casa, por qué le daba besitos cuando se quedaban solos? Eso significa que usted no es una mujer seria.

—¿Y quién te ha dicho a ti que las mujeres enamoradas son serias, gran zoquete?

—Un momento

—y volvió a pisar el freno

—. Necesito hacerle una pregunta.

¿Usted hubiera sido capaz de acostarse con Tony sin haberse casado con él, señorita Alcalá?

—Sí señor, con mucho gusto, pero Tony no me lo propuso. Y hágame el favor de no volver a decirle señorita Alcalá a la señora Roberts.

El fordcito comenzó a ahogarse, como animal con moquillo, y finalmente se detuvo a final de una cuesta, Tony Roberts descendió salpicando maldiciones en inglés, se quitó el saco, se arrolló hasta los codos las mangas de la camisa, levantó la tapa del radiador, con la mano izquierda y sepultó la cabeza y el brazo derecho en el oscuro nidal de resortes, tuercas y tornillos. En tres minutos arregló el desperfecto y regresó al volante donde le aguardaba Graciélita risueña, absolutamente convencida de que Tony iba a reparar aquel percance en un santiamén y segura también de que, si por imprevista fatalidad no lograba repararlo, era capaz de echarse al lomo el automóvil con ella adentro, y conducirla de esa manera hasta la casa donde los esperaba el colchón mullido, el cobertor bordado y el ramo de margaritas.

—¿Tú piensas llevarme contigo para Texas cuando regreses?

—le preguntó cinco kilómetros más adelante.

Una carcajada sacudió el corpachón del americano.

—¡Pero qué mujercita tan desconfiada, my God! Primero dice que Tony no tenía intenciones de casarse con ella y ahora pregunta si Tony la va a abandonar cuando se vaya para Texas. Pues bien, señora Roberts, Tony no piensa volver a los Estados Unidos más nunca, ¿lo oyó usted?, más nunca.

—¿Por qué Tony? ¿Es que no te gusta tu país?

—A Tony le gusta muchísimo su país, pero también le gusta muchísimo esta tierra. Y como en su país no tiene un centavo ni tiene a nadie que lo quiera, y en esta tierra tiene su casa y ahora la tiene a usted, aquí se va a quedar hasta que se muera de viejo.

El camino se deslizaba paralelo a los tubos relucientes del oleoducto. Los inmensos gusanos metálicos venían desde Oficina N° 1 abriéndose paso por entre barrancos cortados a pico y troncos de árboles abatidos por el hacha.

—¿A dónde van a parar esos tubos, Tony?

—Esos tubos vienen de los pozos e irán a parar a la orilla del mar, a un muelle donde estarán esperando los tanqueros de la Compañía para llevarse el petróleo de ustedes al extranjero. Allá lo refinarán y después se lo volverán a vender a ustedes mismos como gasolina por cincuenta veces su valor.

Ella no estaba en condiciones de prestar atención a una operación comercial tan complicada. Prefirió darle otro beso a Tony en la nuca, a pesar del pacto, y reclinarsse en su hombro sin pensar en nada hasta que entraron al pueblo.

Se detuvieron un instante frente a «La Espuela de Plata» porque Tony divisó a Carmen Rosa parada a la puerta y quiso presentarle a su mujer. Carmen Rosa palmoteó alegremente y tarareó para ellos la Marcha Nupcial que le había enseñado a tocar la señorita Berenice en el órgano de la iglesia orticeña:

Tán, tán, tarán,

tán, tán, tarán, tán, tán,

tarántan, tarán, tán, tarán...

Atravesó de prisa el fordcito las calles tortuosas del pueblo. Gracielita se acurrucó una vez más en el pecho de Tony Roberts y murmuró entre dientes:

—¡San Celestino de mi alma! Afortunadamente nadie fue a contarme que Tony tenía una amiga tan bonita, Porque la verdad es que me hubiera muerto de miedo.

—¿Qué clase de cabaret es éste donde tú me has traído, chingo Felipe? Aquí no hay sino puros machos.

—Tienes razón, compadre, pero yo tampoco sabía cómo era la cosa. Tomaremos aguardiente que nunca está de más.

Los prostíbulos que el jefe civil lanzó a la sabana habían integrado un barrio que llamaban El Mosquero. Sin embargo, a pesar del apodo infamante, los dueños de los negocios obtuvieron ventajas en la mudanza. El traslado coincidió con el levantamiento de nuevas torres de acero, con la construcción del oleoducto, con la llegada de centenares de trabajadores destinados a esas labores. Las calles del centro seguían siendo un laberinto intrincado de imposible solución, pero nuevas calles mejor trazadas nacían de las cuatro ramazones del pueblo y se desparramaban derrumbando los chaparrales.

—¡Mira tú, indio cansado, trae cuatro cervezas más!

—¡Y la cuenta, porque yo no sigo tomando en este campo de concentración!

No cabían los hombres en la casa, no obstante que el patio duplicaba en tamaño al del antiguo «Montmartre». La desgracia

—pensaba la Cubana

—es que no tengo sino ocho mujeres y no me explico qué milagro habría que hacer para repartirlas entre tantos machos. Ah, sí

—seguía pensando al recordar el episodio bíblico que le enseñaron en una escuela de monjas

—, el milagro de los panes y de los peces, pero tendría que multiplicar otra cosa. Y sonreía de su propia picardía.

—¡Tres brandis, gorda, pero mueve ese fondillo que te pesa demasiado!

—A mí me traes un cuantró Dolorita

—dijo la catira Hortensia que se había sentado a la mesa del Morocho Alegría, por si acaso había zafarrancho y necesitaba de buenos puños que la defendieran.

Los dos indios del servicio corrían afanosamente de un lado a otro con las bandejas de peltre entre las manos. Como también se afanaban la gorda Dolorita y la propia Cubana. Felito, el chulo, servía los licores tras el mostrador: whisky escocés de marca, brandy francés y español, ginebra holandesa, ron cubano, porque aquella clientela desharrapada y pringada de aceite pedía y pagaba lo más caro.

—¡Música, ladrona!

—¡Esos cañoneros!

Ya la cirrosis había matado a Mirandita. La Cubana inauguró su nuevo «Montmartre» con una orquesta de postín formada por un violinista de Barcelona, un pianista de Ciudad Bolívar, un indio viejo de Píritu que tocaba la flauta y un negrito de Güiría que era un águila para el saxofón.

—Sigue llegando gente, Tocinito

—le dijo el chulo, que siempre la llamaba Tocinito cuando estaban a solas.

—No sé qué voy a hacer

—respondió la Cubana con las manos en la cabeza pero radiante de satisfacción

—. Todas las mesas están ocupadas y hay más de veinticinco hombres parados en el patio. ¡Y con ocho mujeres nada más, Virgen de la Caridad!

A Felito se le ocurrió de pronto una idea genial:

—¿Por qué no rifamos a Rosa Candela?

Rosa Candela era una muchacha que había llegado esa misma mañana de Puerto La Cruz. No tenía mucho tiempo en el oficio, no obstante su indecoroso contoneo y su innata desvergüenza. Hacía alarde de sus senos redondos y duros, como también de sus magníficas nalgas de mulata, aunque no era mulata sino blanca y con los ojos castaños. Cuando apareció por vez primera en el patio, metida en un traje de lentejuelas tan ceñido que estaba a punto de rasgarse y tan descotado que casi se le veían los pezones, un rugido estalló en cuatro mesas diferentes.

—¡Que suelten ese novillo!

—¡Aquí estoy yo, mamacita!

La Cubana escuchó la insinuación de Felito y le dio su aprobación. La rifa de Rosa Candela serviría para acrecentar el prestigio del «Montmartre», lo cual constituía desvelo permanente de su dueña. Porque si bien era cierto que aquel sábado había acudido una multitud, otras noches

transcurrían sin que viniera mucha gente, tal era la encarnizada competencia que se hacían entre sí los seis cabarets, o burdeles, que funcionaban en El Mosquero. Uno de ellos había sido el negocio de Ulises Montero, antes de que éste se marchara para siempre del pueblo, empecinado en no mudarse al recodo de la sabana que le asignó el jefe civil. El tuerto Montero prefirió venderlo todo, las armaduras, las mesas, el gramófono, el mostrador, los billares, las bebidas, el indio Tiburcio, la clientela y las camas para cinco mujeres. Los hermanos Bellowín vinieron desde Ciudad Bolívar a formalizar la negociación, le pagaron en billetes color de chocolate y se quedaron al frente de «El Hijo de la Noche», que así se llamaba la cantina desde su nacimiento, en tanto que el «Tuerto» desaparecía sin despedirse de nadie.

—¡Silencio, señores!

La Cubana tronchó con un gran gesto imperativo la «Noche de ronda» que tocaban los músicos y se volcó en un discurso inesperado, desde la tarima de la orquesta:

—¡Señores, voy a anunciarles algo sensacional! Les presento a Rosa Candela, esa muchacha buenísima que ustedes están viendo y que acaba de llegar a Oficina N° 1 en busca de un hombre completo...

Rosa Candela se deslizó por entre las mesas, acentuando el vaivén de las nalgas, y fue a situarse junto a la Cubana, de frente a los bufidos rijosos de sesenta hombres.

Cómo se menea la mata de yuca...

—cantó el morocho Alegría.

—¡Silencio!

—exigió nuevamente la patrona

—. El cabaret «Montmartre», en obsequio a su distinguida clientela y sabiendo que todos ustedes le han puesto la vista con malas intenciones a Rosa Candela, ha resuelto rifarla entre los presentes, a diez bolívares la acción.

—¡Que se quite la ropa para ver si está completa!

—¡Que enseñe el maruto, por lo menos!

—¡Silencio! El que se gane la rifa será el amo de Rosa Candela por todo el güiquén, hasta el lunes por la mañana con cuarto, cama y comidas pagadas por la casa

— Tiene derecho a hacer con ella lo que le parezca, ponerla a barrer el cuarto, mandarla a cantar el himno nacional, meterla a monja, lo que le parezca.

—¡Yo me la como cruda!

—¡Yo le doy lo que se merece!

Felito había cesado de servir bebidas y vendía ahora, de mesa en mesa, los números de la rifa. Rosa Candela, orgullosa de saberse objetivo de aquella zarabanda de lujuria insatisfecha, sentía estrellarse sobre sus senos medio desnudos, sobre la leve curva de su vientre, sobre el nacimiento de sus muslos, una y otra ráfaga de sesenta miradas enardecidas por el alcohol y espoleadas por la abstinencia sexual.

La Cubana seguía trepada a la tarima:

—Cada uno tirará tres dados sobre la tapa del piano, en orden, acercándose uno por uno mientras yo los vaya llamando por sus números. Y el que eche el punto mayor, se llevará a Rosa Candela.

Se vendieron cuarenta y cinco acciones y comenzó el sorteo.

—¡El número uno!

—llamó la cubana.

Se adelantó Euclides, el maracucho, pero solamente alcanzó siete puntos con la suma de los tres dados. En segundo lugar jugó el Morocho Alegría y, para evidente satisfacción de Rosa Candela, marcó dos cincos y un seis. Con ese punto se mantuvo en ganancia durante un largo desfile, hasta que subió a la tarima el negro Ruperto Longa, llamado por la Cubana en el vigesimonoveno turno.

El negro hizo entrechocar los dados en el cuenco de unas manos que parecían de cuero curtido, levantó los ojos al cielo, musitó algunas palabras inteligibles y lanzó secamente los pequeños cubos de hueso que corrieron a todo lo largo de la tapa del piano para detenerse en el extremo contrario con tres seis desafiantes pintados en sus lados de arriba.

—¡Dieciocho!

—gritó la Cubana

—. ¡Qué bruto!

El negro Ruperto Longa era endiabladamente feo con sus encías de caballo donde faltaban los cuatro dientes delanteros y su cicatriz de navajazo en medio de la frente. Se mantuvo silencioso y taciturno, acodado en un ángulo del piano en solemne expectativa, mientras corrían los dados de los dieciséis hombres que jugaron después en la esperanza de empatarlo y sin lograr su propósito. Apenas mostró los colmillos de una sonrisa descosida cuando la Cubana anunció:

—¡Ha ganado el señor Ruperto Longa con dieciocho puntos! Rosa Candela es suya.

Después retumbaron otros gritos:

—¡Vamos, Mandinga, llévatela ligero!

—¡Mono Bembón!

—¡Morcilla!

—¡Forro de urna!

Las mesas se tambaleaban bajo los puñetazos de protesta. A Rosa Candela tampoco le había caído en gracia el resultado del sorteo, no porque Ruperto Longa fuera negro, que eso era lo de menos, sino por los cuatro dientes que le faltaban, el costurón que le cruzaba la frente, la sobrecogedora fealdad que de todos sus rasgos emanaba. Sin embargo, tuvo que resignarse a su destino. Ya Ruperto Longa la había agarrado del brazo con sus dedos de cuero curtido, como si se tratara realmente de un objeto que le perteneciera, ya salía caminando con ella rumbo al trasfondo oscuro del patio donde estaban los cuartos y las camas.

Se hizo un silencio rencoroso. Cincuenta y nueve miradas voraces se fueron tras las magníficas nalgas ondulantes de Rosa Candela.

CAPÍTULO XIII - MATÍAS CARVAJAL

—A media noche., cuando Guaicaipuro estaba dormido, le asaltaron la choza ochenta hombres armados al mando de Francisco Infante. El cacique y sus veintidós indios se defendieron a flecha limpia y mantuvieron a raya a sus enemigos durante horas enteras. Fue entonces cuando los españoles incendiaron la choza y Guaicaipuro prefirió salir a morir peleando que perecer entre las llamas. Arremetió contra los sitiadores como tigre acosado, con los puños, con los dientes, con los pies, con la espada que le había arrebatado a Juan Rodríguez. Llegó un momento en que revolcó en el suelo a tres de sus adversarios, en que tumbó bañado en sangre al soldado Juan de Gámez, en que parecía que iba a lograr escapar. Pero eran ochenta hombres contra un puñado de indios, veinte soldados españoles armados con dagas y espadas contra un solo indio desnudo.

Los treinta alumnos formaban un conjunto abigarrado y pintoresco. Había pequeñuelos de seis años cuyos pies les colgaban del taburete y no conseguían alcanzar el suelo y también zagaletos de catorce que ya habían pasado por El Mosquero. Chiquilinas que no sabían limpiarse los mocos y mocitas espigadas de senos ya moldeados. Niños negros con el pelo retorcido en rosquitas chamuscadas, catires de intrusas miradas azules, indios cachamas de estancados ojos tristes, mestizos de los más variados matices y el hijo del chino Alfredo, chino como él. Llegaban desde las casas con sus dispares asientos al lomo: taburetes contruidos torpemente por el padre en los ratos libres, simples cajones vacíos que antaño contuvieron velas o jabones, un sillón grande de cuero parecido al del cura Toledo aunque con troneras en el espaldar, una silla de paleta sustraída al juego de recibo, un banco para tres hermanos. Y luego los colorines de los trajes, los lazos chillones anudados al pelo de las muchachas, las alpargatas amarillas tejidas por los indios de La Canoa, los zapatos blanquinegros de lona y caucho traídos de contrabando desde Trinidad.

—Por último Guaicaipuro cayó muerto, chorreando sangre por sus sesenta heridas, y los indios perdieron a su jefe más valiente. Pero han pasado casi cuatro siglos y los venezolanos repetimos su nombre con veneración y lo invocamos como bandera contra la dominación extranjera sobre nuestro país.

Escuchaban anhelantes aquel relato, seguían embelesados las alternativas de la historia, cautivados por las inflexiones patéticos de la voz que narraba, deslumbrados por los ojos relampagueantes y las manos persuasivas del maestro. Matías Carvajal exponía con tal elemental pasión la resistencia de los indígenas ante los conquistadores que las miradas de sus discípulos no se apartaban de sus gestos, ni los oídos de sus palabras, como si les estuviese refiriendo un cuento de princesas, gigantes y dragones. En realidad, ellos no habían escuchado jamás un cuento y aquellas lecciones de historia venían a solventar un frustrado anhelo de sus pequeños corazones zafios que, al fin y al cabo, eran exactamente iguales a los corazones de todos los niños de la tierra. Matías

Carvajal veía de repente su reloj y se interrumpía para decir: «Ya son las cuatro. Seguiremos mañana». Y la colmena infantil rebullía bajo el deseo de pedirle: «Siga, maestro, siga», lo cual equivaldría al «Cuéntame otro cuento» que ruegan los demás niños.

Matías y Nelly habían organizado su tropel de discípulos en dos grupos, integrado el primero por los que nada conocían, y era forzoso comenzar por enseñarles las letras y los números; compuesto el otro grupo por aquellos que ya sabían medio leer y medio escribir, bien fuera los cuatro garabatos aprendidos en sus casas, bien fuera algo más a la luz de las lecciones rudimentarias de Carmen Ros& Alquilaron un caserón vacío en la calle Sucre, abandonado recientemente por uno de los prostíbulos que ahora funcionaban en El Mosquero. Tenían a su disposición un largo corredor, donde antes se bailaba, y dos habitaciones amplias, donde antes estuvieron la cantina y las mesitas para los clientes. Carvajal hizo raspar los manchones de mugre que veteaban el cemento, baldear los pisos como las cubiertas de los buques, borrar las palabras y los dibujos obscenos, encalar de nuevo las descalabradas paredes de bahareque, abrir claraboyas hacia la calle para llevar luz de sol a los dos cuartos. En uno de ellos enseñaba Nelly a leer y a escribir a los de primer grado. En el otro, Matías Carvajal explicaba a los de segundo nociones elementales de aritmética y de gramática y refería los acontecimientos iniciales de la historia patria. Al concluir las clases de la tarde, Nelly los hacía poner a todos en fila a lo largo del comedor y entonaba con ellos el Himno Nacional o la Canción al Árbol.

Muchos obreros de la Compañía inscribieron a sus hijos. Otros los habían enviado ya a estudiar a Cantaura, a Pariaguán, a Barcelona, a Ciudad Bolívar. Pero también éstos prometieron ir a buscarlos, cuando tuvieran un tiempo libre, para trasladarlos a la escuela de los Carvajal.

—Al llegar esos otros abriremos el tercer grado

—le dijo Matías a su mujer.

Sin embargo, no todos los alumnos eran hijos de obreros, En la tarde del segundo lunes, una vez que se apagaron en el corredor las voces que cantaban el Himno Nacional y quedaron solos los dos maestros, llegó una mujer que había esperado largo rato a la puerta del caserón. Entró pintarrajeada y desenvuelta, contoneándose impúdicamente, porque no sabía caminar de otra manera.

—¡Buenas tardes! Yo quisiera poner a mi hijo en esta escuela.

Nelly tomó el libro de inscripciones y se dispuso a anotar.

—¿Cuál es el nombre del niño?

—Pedro Evaristo Colón.

—¿Qué edad tiene?

—Ocho años.

—¿Sabe leer y escribir?

—Un poquito. Lo que yo he podido enseñarle.

—¿Cómo se llama el representante?

—El representante soy yo misma, su mamá. Hortensia Colón.

—¿Y la profesión de usted?

La catira Hortensia vaciló sorprendida ante la pregunta de Nelly, volvió los ojos hacia Matías Carvajal como en demanda de auxilio y dijo luego:

—¿Mi profesión? Este... Bueno... Yo tengo más de cuatro años en la carrera. Nelly, desconcertada, detuvo la pluma.

—¿En la carrera? ¿Cuál carrera?

—Sí, señora

—respondió Hortensia, recuperando su aplomo,

—. Usted comprende, yo soy mujer de la vida.

—¡Está bien! ¡Está bien!

—intervino Matías Carvajal

—. Puede mandar a Pedro Evaristo desde mañana mismo.

Tony Roberts, en camisa de kaki y pantalones de igual tela, gritaba a todo pulmón:

—¡Allá te va, Morocho Alegría, allá te va!

Lanzó la pelota al aire, en una trayectoria casi perpendicular a su propia cabeza, y no la dejó caer a tierra, sino la golpeó reciamente con el extremo del bate cuando volvió a su alcance. La pequeña esfera blanca salió disparada, voló altísimo como un pájaro y descendió luego sobre la región lejana del campo donde se hallaba el Morocho Alegría con un guante en la mano izquierda. El Morocho Alegría corrió de un lado a otro, precisó finalmente el recorrido de la pelota en su caída y la engarzó de un manotazo certero.

—¡Ahora va contigo!

—gritó Tony Roberts al negro Mandinga Cabrera.

Esta vez la pelota se desplazó violentamente a ras de tierra y Mandinga Cabrera tuvo que hacerle frente, agachado y sin pestañear, a aquel bolido rastrero que le dejó la palma de la mano ardiendo bajo el relleno del guante.

—¡Te toca a ti, Lucho Salazar!

Lucho Salazar, que estaba parado en el centro del campo, detrás del ladrillo que señalaba la segunda base, vio llegar hacia él en línea recta un disparo blanco que amenazaba con tumbarle la cabeza. Pero Lucho Salazar, lejos de meterle el guante, se arrojó de bruces al suelo y lo dejó pasar.

—¿Qué hubo?

—le gritó desdeñosamente Tony Roberts

—. ¡Este asunto se juega como hombres o no se juega!

El orgullo máximo de Tony Roberts era el indio Santos Gamboa, un mocetón taciturno que trabajaba en la tubería del oleoducto y se había convertido bajo sus consejos en pitcher de prodigiosa habilidad, no solamente por la velocidad endemoniada con que salía la pelota de sus manos, sino también por la astucia que ponía en colocarla donde el bateador menos la esperaba. Con la miga de atleta que el indio Santos Gamboa tenía por dentro y el añadido de recursos y triquiñuelas técnicas que Tony Roberts le estaba enseñando, duro trabajo les iba a costar a los de Cantaura anotar una carrera cuando llegara el domingo de verse las caras.

—¡Fíjate bien, indio Gamboa! Agarra la pelota fuertemente por encima de las costuras, con estos dos dedos del medio arriba y el dedo gordo en la parte de abajo. Levanta los brazos así, gira la muñeca así, haz que la bola salga por el lado derecho del dedo del medio y verás como tiras una curva que deja bizco al bateador, al catcher y al umpire.

El indio Santos Gamboa lo escuchaba atentamente, colocaba los dedos en la forma exacta que Tony indicaba, levantaba los brazos, giraba la muñeca y al lanzar la pelota por donde el americano le había señalado, le salía una curva cien veces más enrevesada y más esquiva que la que el propio maestro esperaba.

Clímaco Guevara contemplaba el entrenamiento desde la sombra mezquina de un chaparro. Fue Clímaco Guevara quien reclutó y presentó a Tony Roberts la mayoría de los componentes del equipo. Fue también él, junto con Luciano Millán y el propio Tony Roberts, quienes trazaron y acondicionaron la cancha. Eligieron un peladero de la sabana, le pasaron varias veces por encima la aplanadora que Tony obtuvo prestada de la Compañía y marcaron por último las líneas de cal de acuerdo con los trazos y las medidas que Tony recordaba. En cuanto al difícil reclutamiento del Morocho Alegría, ésa fue obra exclusiva de la habilidad de Tony Roberts. Se emborracharon una noche juntos en el cabaret de la Cubana y a mitad de los tragos Tony Roberts le dijo:

—¡Caramba, Morocho, Tony necesita un hombre fuerte como tú capaz de descoser la pelota a palos, para ganarle a Cantaura!

El Morocho Alegría, que en ese instante tenía a Rosa Candela sentada en las piernas, se rió despectivamente de una insinuación tan descabellada.

—¡No jeringues, musió! Yo jugaba pelota cuando era muchacho, pero ya estoy viejo para esa gracia.

—¿Y cuántos años tienes?

—Veinticuatro, musió.

Tony Roberts se tomó su cerveza con mucha calma y continuó:

—Eres un viejo de veinticuatro años que se gasta la vida bebiendo aguardiente, buscando pleito y tirándole cabezazos a los policías cuando lo van a poner preso. Una noche de éstas te pueden romper el alma, Morocho Alegría, y te van a dejar viejo de verdad.

—Todavía no ha nacido el hombre que me rompa nada, musió

—replicó el Morocho bruscamente.

—Bueno, no le busques pleito también a Tony. El asunto es que Tony necesita un hombre que batee muy duro para ganarle a Cantaura. ¿Por qué no te acercas mañana un momento a vernos practicar, a las cinco de la tarde? Nada más que a vernos practicar...

El Morocho Alegría le respondió que no iría, que a esa hora estaría ocupado en algo de mucho mayor importancia y se levantó a bailar con Rosa Candela.

No fue al día siguiente, es cierto, sino dos días más tarde y se quedó un cuarto de hora conversando con Tony Roberts mientras Santos Gamboa desplegaba sus curvas desde su loma de lanzar. Y cuando volvió, una semana después, Tony le gritó al verlo.

—¡Ponte un guante, Morocho Alegría, para ver si es verdad que tú jugabas pelota cuando eras joven!

Aceptó ponerse el guante y esa complacencia fue su perdición. Porque Tony Roberts le tiró la bola tan violentamente que al recibirla le sonó en el guante como un estampido y el Morocho Alegría, enardecido, se empeñó en devolverla aún con mayor fuerza y en amaratarle la mano al americano como el americano se la estaba amaratando a él. La derivación de aquella pugna fue que a los quince días se encontraba plantado en la zona más remota del campo, dispuesto a perseguir y atrapar las pelotas más elevadas que salían del bate de Tony Roberts. Y el americano mascullaba satisfecho:

—Ya tengo el bateador que necesitaba para ganarle a Cantaura.

Concluyó el entrenamiento cuando comenzó a oscurecer. Entonces se reunieron todos al pie del chaparro.

—Me parece que la cosa va bien

—opinó Clímaco Guevara

—. Los de Cantaura se van a llevar un susto.

—Vamos bien

—respondió Tony Roberts

—. Pero hay que conseguir un buen peto para el catcher, porque esas curvas del indio Gamboa no las van a poder batear sino para atrás.

El último en incorporarse al grupo fue el Morocho Alegría, sudoroso y sonreído. Venía arrastrando los pies desde su puesto lejano, canturreando estribillos de sus madrugadas tormentosas:

Préstame tu caballo

pá ponerle mi montura.

Mi montura es de maracas,

de caña y de raspadura...

—Tony quiere hablar contigo

—le dijo el americano y sin esperar respuesta se lo llevó del brazo lejos de los otros.

—¿Qué pasa?

—preguntó el Morocho Alegría sin dejar de sonreír.

Estaban junto al parapeto de madera y alambres que había construido Luciano Millán detrás del sitio que correspondía al catcher.

—Tony quiere pedirte un favor muy grande. El domingo que viene será el juego contra Cantaura. Tony necesita que tú no tomes aguardiente en toda la semana, que no vayas a casa de la Cubana y que no busques pleito.

Tony Roberts le tendió la mano solemnemente. El Morocho Alegría se la estrechó sin gran entusiasmo, sonrió una vez más y se alejó canturreando:

¡Ay! yo quisiera montar

tu linda cabalgadura.

Préstame tu caballo

pá ponerle mi montura...

—¡Adiós, Carmen Rosa! ¡Qué linda vas!

Era Julia Maita, la mayor de las Maita, que venía en sentido contrario y estuvo a punto de tropezar con ella frente a la botica de Secundino Silva.

Carmen Rosa iba vestida de blanco, camino al caserón de bahareque donde los Carvajal habían abierto su escuela la tarde anterior, una vez concluidas las noticias de la radio. Matías Carvajal convocó a los presentes para discutir una idea que él y su mujer tenían en mientes. Esbozó el proyecto y a Carmen Rosa le pareció un tanto irrealizable, pero obtuvo, en cambio, un apoyo efusivo por parte de Clímaco Guevara.

—¡Buenas tardes, señorita Carmen Rosa!

Era el chino Felipe Hung, desde el postigo de su ventorrillo, cercado por cafeteras humeantes y tacitas blancas.

—Tienes miedo a confesártelo, Carmen Rosa Villena, pero yo te lo voy a decir claramente. A ti te interesa ese maestro de escuela como no te ha interesado hombre ninguno desde que murió tu novio Sebastián Acosta. Hay un impulso ciego que tú no sabes de dónde te nace y que te obliga a mirarlo aún cuando haces esfuerzos para no mirarlo. Hay un extraño hormigueo en la sangre que te anuncia su presencia. Hay un rumor en el aire que quiebra y se queda en suspenso cuando suena su voz.

—¡Eso es mentira, Carmen Rosa Villena! Yo rechazo tus palabras con todas mis fuerzas, como se rechaza una calumnia. Si me atrae en alguna forma ese hombre es porque lo considero más inteligente que los demás y solamente por ese motivo me agrada escucharlo y hasta mirarlo.

—Pues no. Aunque pretendas engañarte a ti misma, la verdad es que el maestro de escuela Matías Carvajal te gusta más de lo conveniente. Y lo más grave es que tú también le gustas más de lo conveniente a él.

—Ahora protestó en forma mucho más indignada, Carmen Rosa Villena. Te advierto que ese señor, hombre casado y padre de una niña, nunca se ha fijado en mí sino para saludarme como a todo el mundo: «Buenos días, Carmen Rosa», «¿Cómo está usted, Carmen Rosa?»...

—Sí, mujer, es cierto. Pero hay que ver cómo se le humedecen los ojos cuando lo dice, cómo se le inquietan las manos cuando tú te acercas, y la corbata roja y negra que se pone para ir a escuchar la radio en tu bodega. ¿Verdad que le queda bien?

—Bueno, sí le queda bien y además tiene una mirada negra que provoca dejarse hundir en ella como en un pozo oscuro desde donde te llamara una voz dulce y misteriosa.

—¿No te dije que estabas enamorada, Carmen Rosa Villena?

—Tú no has dicho hasta este momento que yo estaba enamorada, sino simplemente que me gustaba el maestro de escuela. Y es ahora cuando yo comienzo a aceptar que tienes razón, que sí me gusta, es ahora cuando tú te empeñas en agravarme el problema y me dices que estoy enamorada.

—Es que tú, Carmen Rosa Villena, no eres mujer para enamorarse a medias, si no para enamorarse en cuerpo y alma. Y el día que te enamores, ¡Dios te ampare y te favorezca!

—Adiós Carmen Rosa, ¿para dónde vas tan sola y tan bonita?

Era el turco Avelino, con sus bigotes de guerrero y sus ojos de gitano, parado a la puerta de su quincalla.

—Vamos a admitir que me gusta Matías Carvajal, incluso que me estoy enamorando de él. Pues bien, en tal caso debes comprender que ése es un camino disparatado que no conduce a ningún sitio. Y debes comprender en seguida que es preciso cortar ese enamoramiento de raíz como una mala hierba, huir de la mirada de Matías Carvajal como de la peste. ¿Estamos de acuerdo?

—Estamos de acuerdo, me obligas a estar de acuerdo. Pero, ¿qué podemos hacer?, ¿tendrás energía suficiente para esquivar su presencia y sus palabras?, ¿no estarás ya demasiado enamorada, Carmen Rosa Villena?

—Ni estoy demasiado enamorada, ni Matías Carvajal sospecha lo que me está pasando. Es necesario que nunca lo sepa, hablarle fríamente como si se tratara de cualquier otra persona, no volver a mirarlo de frente, hacerle comprender que nos importa muy poco su existencia, su cercanía. ¡No hay otra solución!

—Tienes razón, Carmen Rosa Villena, no hay otra solución sino echarle agua y olvido a esa candela en que te estás quemando.

Había llegado al portón de la escuela. Nelly salió a recibirla con sus hermosos ojos claros y sus manos inexpresivas. Mientras caminaban hacia el salón de clases, Nelly le dijo que era la primera en llegar. También le advirtió que Matías lo había presentado así, como igualmente pronosticó que Secundino Silva aparecería el último, con gran tardanza, si acaso se aparecía.

—¡Buenas tardes, Carmen Rosa!

—¡Buenastardes!

—respondió ella sin una brizna de emoción en la voz, como si hubiera saludado al jefe civil o al padre Toledo.

Se sentaron los tres alrededor del pupitre desde el cual Matías Carvajal recontaba sus relatos históricos. Sin esperar a los otros, Nelly y Matías comenzaron a hablar de su proyecto, pero Carmen Rosa no logró recordar después con precisión lo que entonces dijeron. Se trataba de comprar libros, de organizar una pequeña biblioteca, de alquilar esos libros de casa en casa y adquirir otros nuevos con el dinero que de ese modo se obtuviera. Los Carvajal hablaron también de formar una pequeña orquesta con los niños de la escuela. Conversaban los dos al mismo tiempo, interrumpiéndose a menudo el uno al otro, pero nunca daban la impresión de arrebatarse la palabra sino, por el contrario, parecía que el que hablaba se la había cedido gustosamente al que había permanecido callado. Se turnaban con tal precisión y donaire que alguien hubiera podido imaginarse erróneamente que ensayaban sus conversaciones.

—Oyéndolos cantar el Himno Nacional

—decía Nelly

— he observado que hay varios niños con muy buen oído. Esa facultad natural...

—Como también

—la interrumpía suavemente Matías y ella dejaba la frase, trunca para que él continuase la suya

— debe haber otros bien dotados para la pintura o para el teatro. El asunto es buscarlos, encontrarlos y desarrollar...

—Sería un crimen dejar perder esas facultades

—interpolaba Nelly a su turno y Matías callaba para permitirle expresar su pensamiento

—. Podemos conseguir los instrumentos y comenzar por una pequeña orquesta. Yo tengo algunos conocimientos musicales y Matías es, en el fondo, un pintor malogrado.

—Estoy dispuesta a ayudarlos en lo que pueda

—dijo Carmen Rosa cuando ellos callaron

—. Aunque, francamente, no creo que mi ayuda les va a servir de mucho.

A concluir ella de decir servir mucho tocaron a la puerta, eso sí lo recordaba más tarde Carmen Rosa con absoluta nitidez. Nelly acudió a abrir y los dejó solos, uno frente al otro, sentados en los dos extremos del pupitre. Carmen Rosa, aferrada a su decisión de no mirarlo, bajó los ojos y los clavó fijamente en la superficie blanca de su falda. La tarde había comenzado a oscurecer lentamente sin que Matías Carvajal se levantara a encender la luz. Una mano de Carmen Rosa permanecía sobre el pupitre, quieta y como abandonada. Ella comprendió que debía decir algo, que aquel silencio no tenía explicación, e iba justamente a hablarle, a pedirle tal vez que encendiera las luces, cuando sintió caer sobre su mano el contacto tibio de otra mano larga y decidida que arrojaba la suya completamente, que la mantenía presa como un pichón de paloma, que la cubría y oprimía dulcemente sus latidos asustados.

—¡Retira tu mano, Carmen Rosa Villena!

—No la retiro. No puedo retirarla.

—Estás enamorada de Matías Carvajal, Carmen Rosa Villena, y se lo estás confesando.

—No puedo retirar la mano. No soy dueña de mis movimientos. Tengo la voluntad nublada.

—¡Retira tu mano, Carmen Rosa Villena!

—No me siento capaz de luchar contra esta miel de ternura que me envuelve toda.

—¡Dios te ampare y te favorezca, Carmen Rosa Villena!

La mano de Matías Carvajal se apartó raudamente, como había llegado, cuando se oyó resonar en el largo corredor la voz de Luciano Millán que respondía:

—Estoy a su orden, señora Nelly, para la biblioteca y para lo que quiera. Pero no olvide que yo no soy sino un pobre capataz que apenas sabe firmar.

CAPÍTULO XIV - CARMEN ROSA

—¡BUENAS tardes, Carmen Rosa!

Seis meses habían transcurrido después de la caída de Madrid y la conclusión de la guerra en España, pero todos se reunían como antes a escuchar las noticias en «La Espuela de Plata», con excepción del padre Toledo, que no volvió a aparecer, quizá porque su curiosidad política había quedado definitivamente saciada con el triunfo de los ejércitos de Franco, o tal vez porque no deseaba encontrarse de nuevo en aquel sitio con el maestro de escuela.

Matías Carvajal, en cambio, nunca faltaba. ¿Cómo iba a faltar si aquella hora en la bodega le era tan vital como el aire y como el agua? Los ojos de Carmen Rosa lo esperaban intranquilos, él estaba seguro, y se serenaban después de su llegada para quedarse pendientes de su presencia y de todos sus movimientos, aunque aparentemente no lo estuvieran viendo, aunque ella se mantuviera de perfil y en conversación con una tercera persona, ya que también entonces los ojos de Carmen Rosa se soslayaban levemente para buscarlo. Y cuando le hablaba a él, cuando lo miraba de frente, vano era el esfuerzo que hacía para no mirarlo a través de una dulce llamada.

—¡Buenas tardes, Carmen Rosa!

Matías Carvajal llegaba a «La Espuela de Plata» después que Luciano Millán y Clímaco Guevara, algunas veces más tarde que el boticario Secundino Silva. Al concluir las clases de la escuela debía quedarse en el salón para darle a Mireya las suyas, porque ya Mireya cursaba sexto grado y no deseaba en modo alguno interrumpir sus estudios, Mireya no tomaba en seno a su padre sino cuando él le estaba enseñando las lecciones y más seriamente todavía al final de las clases, cuando ella le disparaba preguntas difíciles sobre el tema que habían estudiado y él ponía todo su empeño en responderlas en la forma más diáfana posible. Por culpa de esas preguntas y respuestas, al llegar a la bodega ya estaban presentes Luciano Millán y Clímaco Guevara, y a veces también habían entrado Secundino Silva y dos o tres personas más.

—¡Es la tercera vez que le doy las buenas tardes, Carmen Rosa!

Por estar pensando en Matías Carvajal, Carmen Rosa no se había dado cuenta de que él había llegado ese día antes que ninguno y estaba parado a la puerta y la miraba en demasía y le daba tres veces las buenas tardes.

—¿En qué pensaba usted tan fijamente?

Carmen Rosa levantó los ojos sin responder y él comprendió exactamente en qué pensaba y en quién pensaba. Fue entonces cuando Matías Carvajal caminó hasta el filo del mostrador y le dijo con una voz indiferente, como si estuviera preguntando el precio de una mercancía cualquiera de las que se alineaban en las armaduras:

—Yo tengo que hablar con usted. Necesito verla a solas. Lo que tengo que decirle me está quemando por dentro.

Carmen Rosa volvió a mirarlo, esta vez alarmada y aturdida. Matías Carvajal realizaba un esfuerzo visible para no alterar el acento intrascendente que había empleado al comienzo.

—Al doblar la esquina de la tienda del turco Samuel

—continuó

—, tres puertas más abajo de esa esquina, por la calle que va al campo de pelota, está una casa azul y blanca. Yo la esperaré ahí el domingo a las diez de la mañana.

—¡Usted está loco!

—respondió la voz angustiada de Carmen Rosa.

—No estoy loco. Una fuerza cien veces más poderosa que mi voluntad me empuja hacia usted, pero eso no se llama locura. El domingo a las nueve de la mañana comenzará el juego de pelota contra Soledad y una hora más tarde no habrá un alma en las calles del pueblo. Yo la esperaré tres casas más debajo de la quincalla de Samuel, por la misma acera, en una casa azul y blanca, desde las diez hasta el mediodía, sin moverme.

—¡Quítese eso de la cabeza, por favor!

—y volvió los ojos hacia el interior de la casa para cerciorarse de que nadie había escuchado aquella proposición inaceptable

—. ¡Yo no iré de ninguna manera!

—Y yo la esperaré de todas maneras, de diez a doce, aunque usted no vaya.

Y dejaré la puerta entornada para que usted la empuje sin necesidad de tocarla. Y si usted no llega, me sentiré dichoso con el solo pensamiento de que tal vez habría querido ir.

La voz de Luciano Millán resonó desde la calle:

—¡Buenas tardes, comadre!

La llamaba comadre porque al dar a luz la mujer de Luciano Millán su cuarto hijo, el capataz

decidió nombrar madrina a Carmen Rosa y padrino a Clímaco Guevara. Este no se llamaba Clímaco Guevara ni era creyente, pero aceptó el padrinzago para no desairar a Luciano Millán e incluso estaba dispuesto a decir en alta voz las palabras del Credo al borde de la pila bautismal.

A los dos minutos entró Secundino Silva, achacoso, de anteojos negros para ocultar los ojos enrojecidos pero sin lograr dominar el temblor de las manos. Y un rato después llegó Clímaco Guevara, que esa tarde había estado de guardia en el tope del taladro, y se situó en su rincón habitual, medio tapado por el cajoncito de la radio.

Se oyó de repente la voz enfática del locutor:

BERLÍN, SEPTIEMBRE 10. ALEMANIA ENCENDIÓ HOY LA HOGUERA DE UNA GUERRA CUYAS LLAMAS PARECEN DESTINADAS A ENVOLVER A CASI TODOS LOS PAÍSES DE EUROPA Y EN PARTICULAR A FRANCIA Y GRAN BRETAÑA SI, FIELES A LOS COMPROMISOS CONTRAÍDOS CON POLONIA, ACUDEN A SU AYUDA PARA HACER FRENTE A LA AGRESIÓN DE LOS EJÉRCITOS NAZIS. EN LAS ÚLTIMAS HORAS DE ANOCHE, CUANDO LA SITUACIÓN HABÍA ALCANZADO TAL GRAVEDAD QUE YA CASI NADIE ESPERABA QUE SE SALVARA LA PAZ, EL CANCELLER HITLER DIRIGIÓ UNA PROCLAMA AL EJÉRCITO PARA DECIRLE QUE POLONIA NO ESTABA DISPUESTA A RESPETAR LAS FRONTERAS DEL REICH. LUEGO, EN TONO INFLAMADO, AGREGÓ QUE PARA PONER FIN A ESAS ACTIVIDADES DE LOS POLACOS NO LE QUEDABA OTRO CAMINO QUE CONTESTAR A LA FUERZA CON LA FUERZA.

Carmen Rosa no atendía a aquellas frases tremendas ni levantaba la mirada de las cicatrices del mostrador. Simplemente pensaba y la estremecía de pronto el temor de que alguno de aquellos hombres adivinara las cosas absurdas que estaba pensando.

BERLÍN, SEPTIEMBRE 1º. UN COMUNICADO MILITAR EXPRESA QUE LA AVIACIÓN ALEMANA BOMBARDEÓ Y DESTRUYÓ LOS OBJETIVOS MILITARES REPRESENTADOS POR LOS AERÓDROMOS DE VARIAS CIUDADES POLACAS... VARSOVIA, SEPTIEMBRE 1º. UN COMUNICADO OFICIAL ACUSA A ALEMANIA DE BOMBARDEAR CIUDADES ABIERTAS, ENTRE ELLAS A VARSOVIA, RADOM, PULTSUK, KOBRIYN, CRACOVIA, MADLIN Y OTRAS. HUBO CENTENARES DE MUERTOS. CERCA DE KUTNO, LOCALIDAD SITUADA A UNOS CIEN KILÓMETROS AL OESTE DE VARSOVIA, FUE BOMBARDEADO UN TREN EN QUE SE EVACUABA A LAS MUJERES Y A LOS NIÑOS.

Ahora todos callaban sobrecogidos, inmóviles en sus respectivos rincones. La voz del locutor proseguía machaconamente:

PARÍS, SEPTIEMBRE 1º. EL PRIMER MINISTRO DALADIER, AL ENTRAR AL PALACIO DEL ELÍSEO PARA ASISTIR A LA REUNIÓN DE GABINETE, DECLARÓ: «LA COSA COMENZÓ. NOSOTROS HICIMOS TODO LO POSIBLE POR EVITARLA»...

LONDRES, SEPTIEMBRE 1º. CHAMBERLAIN DECLARÓ EN LA CÁMARA DE LOS

COMUNES QUE SI SE LLEGA A LA GUERRA LA RESPONSABILIDAD SERÁ DE UN SOLO HOMBRE: HITLER.

—¡Canallas!

—rugió Clímaco Guevara increpando al cajoncito de la radio, como si se dirigiese personalmente al locutor, como si el locutor fuese copartícipe directo de lo que estaba sucediendo en la lejana Europa. Después se marchó violentamente de la bodega, sin despedirse, sin escuchar el final de las noticias.

Matías Carvajal, por su parte, había arrugado la frente y tecleaba nerviosamente sobre la pared con sus dedos ágiles como los de un pianista. Volvió los ojos hacia Carmen Rosa, pero ella había cerrado los suyos, concentrada en sus reflexiones. Súbitamente los abrió y preguntó:

—¿Qué día es hoy?

—Sábado

—respondió maquinalmente Matías Carvajal, a quien en ningún momento se le apartaba de la mente que ese día era sábado, que solamente una noche lo separaba del domingo.

Carmen Rosa había dirigido la pregunta a su compadre Luciano Millán y enrojeció cuando Matías Carvajal se adelantó a responderla. Era sábado, ella lo sabía. Como sabía igualmente que solamente una noche la separaba del domingo. Pero no acudiría jamás a aquella cita insensata, descabellada, inadmisibile. ¿Qué se habría imaginado Matías Carvajal?

Matías Carvajal llegó antes de las nueve a la casa azul y blanca, tras cerciorarse de que la calle estaba desierta. Aquélla era la casa del caporal Margarito Ledezma y la llave había ido a parar accidentalmente a manos del maestro de escuela. Sucedió que la mujer de Margarito Ledezma cayó enferma, tumbada por un dolor agudo en el abdomen, que la hacía gritar a media noche, y el médico de la Compañía opinó que era preciso llevarla a Ciudad Bolívar a operarla de urgencia. Margarito Ledezma se acercó al caserón de la escuela.

—Vengo a retirar al muchacho

—le dijo a Matías Carvajal y le explicó:

—Volveré dentro de un par de meses

—añadió después de un silencio

—, cuando mi mujer esté curada. Tendré que dejar la casa sola aunque me la desvalijen los rateros.

—Yo puedo cuidarle la casa

—respondió con apremiante velocidad Matías Carvajal, impulsado por un incontrolable resorte interior, guiado por un propósito todavía impreciso.

—De ninguna manera, señor Carvajal

—dijo Margarito Ledezma un tanto extrañado~. ¿Cómo lo voy a molestar a usted, a distraerlo de su trabajo por esa tontería? ¡No faltaba más!

—No, hombre, no se preocupe

—y ahora Matías Carvajal habló con acentuada precisión, perfectamente consciente de cuánto significaba o podía significar aquella llave que estaba solicitando

—. Si supiera que con frecuencia me hace falta estar solo, para leer un libro con detenimiento o para escribir un poco, y no encuentro la forma de lograrlo en esta escuela siempre llena de muchachos y de gritos, ni tampoco después que se van porque entonces mi mujer y mi hija se ponen a hacerme preguntas de todas clases, como si yo fuera un diccionario. Le cuidaré la casa y me hará usted un gran favor al mismo tiempo.

Margarito Ledezma le dejó la llave. No era incierto que Matías Carvajal necesitaba de soledad

y silencio para sus lecturas y estudios. Pero aún más innegable era su obsesión de encontrarse a solas con Carmen Rosa, estruendo que acallaba todos sus otros sentimientos, brasa que lo quemaba por dentro, exactamente como le había dicho a ella.

Después que tuvo la llave entre las manos dejó pasar muchos días sin atreverse a proponerle lo que finalmente le propuso. Cinco veces salió de la escuela, rumbo decidido hacia «La Espuela de Plata», y cinco veces se devolvió cabizbajo del medio camino, repitiéndose mentalmente que sus proyectos eran un desatino, que ella los rechazaría indignada. Ahora no se explicaba de dónde había sacado al cabo tanta osadía para hablarle con sosegada naturalidad, como si estuviera comprando una mercancía de los estantes, cuando en realidad jamás en su vida se había sentido tan emocionado ni tan pusilánime. Pero era en efecto un desatino, como había previsto, y ella no vendría.

Recorrió y escudriñó minuciosamente la casa vacía: el salón de recibo, las dos habitaciones, la cocina y el baño. Al centro del cuarto más amplio estaba la cama matrimonial de los Ledezma, una cama desproporcionadamente ancha, tapada por un cobertor floreado y dos almohadas inmensas, no rectangulares sino cuadradas, no colocadas horizontalmente sino diagonales al espaldar de madera.

Dejó descorrido el cerrojo de la puerta que daba a la calle, se sentó en una de las sillas del salón e inició la lectura del libro, que había traído consigo. Carmen Rosa no vendría, estaba seguro de ello. Apenas una esperanza diminuta, como la llamita de un fósforo que aleteara en un socavón, relampagueaba un segundo en su subconsciencia y volvía a apagarse. Era una posibilidad ilógica, lo comprendía muy bien, porque ella no vendría de ninguna manera.

El libro era una novela compleja y alucinada. No obstante la soledad que lo envolvía, no lograba pasar del primer capítulo. Varias veces se vio apremiado a retornar a las líneas iniciales. Ya era de noche cuando K. llegó. La aldea yacía hundida en la nieve. Nada se veía de la colina. Brumas y nieblas la rodeaban..., porque se le había escapado el sentido del relato, porque ya no sabía quién era K. ni cómo se había introducido en aquella habitación fantástica donde se hacinaba la gente como en un calabozo y dos hombres desnudos se bañaban en una artesa de madera. Por otra parte, era una estéril candidez que desatendiese la historia para aguzar el oído hacia los ruidos de la calle. Carmen Rosa no vendría... El traqueteo de un camión de carga pasó frente a la casa y se amortiguó al doblar la esquina. A lo lejos estallaron los gritos que cerraban un batazo del Morocho Alegría. Su reloj marcaba las diez en punto.

Carmen Rosa no vendría. Se fue sumergiendo en las páginas neblinosas del libro como en un tremedal. Ahora K. se hallaba en una cantina atestada de una muchedumbre irreal y extravagante, figuras del Bosco o de Breughel, hombres y mujeres que hablaban y procedían como habla y procede la gente que irrumpe en nuestras pesadillas. Un capítulo más lejos, K. discutía con una mesonera que razonaba con lógica de filósofo alemán, en largas parrafadas sin punto y aparte, pero sacudido todo por una poesía sorda y embriagante.

Se abrió la puerta lentamente, sin el más leve crujido de bisagras, y surgió la imagen de Carmen Rosa, también como un personaje ilusorio que a florase en el transcurso de un sueño. Estaba vestida de gris y negro

—por primera vez Matías Carvajal la veía envuelta en colores oscuros

— y llevaba una andaluza transparente por encima del cabello. Venía de oír misa en el corredor de las Maita.

Matías Carvajal se levantó de un salto. El libro cayó al suelo y quedó abierto, de bruces sobre el cemento. Ella se había detenido con el aliento en suspenso, pálida y asustada. El la tomó por los hombros y la besó en la frente. Después se miraron y sus bocas se unieron furiosamente, con estremecida ansiedad de sedientos, en un beso que no concluía nunca. Los labios de Carmen Rosa, al principio secos de emoción y de miedo, se entreabrieron después tiernamente como la pulpa de un fruto.

Se sintió suspendida en el aire, liviana, cálida y luminosa, como el fuego. El antebrazo izquierdo de Matías Carvajal cruzaba bajo sus corvas, el derecho llevaba el peso de su espalda y la apretaba contra su pecho. Con ella así cargada caminó hacia el interior de la casa, hacia el cuarto matrimonial de los Ledezma.

—Quiero decirte una cosa, Matías, amor mío

—y dos lagrimones se enredaron entre sus pestañas

—, yo soy una pobre muchacha de pueblo. Anteayer cumplí treinta años, ¿sabías tú que ya tengo treinta años? pero a mí nunca me ha tocado un hombre, nunca. Yo no soy una mujer sino una pobre muchacha de pueblo.

Le había dicho tú por primera vez. Le había dicho Matías por primera vez. Le había dicho amor mío por primera vez.

—¡Ocho por nueve, sesenta y cuatro!

—gritó Pedro Evaristo, el hijo de la catira Hortensia.

—¿Cuánto?

—Sesenta y cuatro, maestro.

—Tú también crees que son sesenta y cuatro?

—le preguntó Matias Carvajal a Clotilde Millán, la venadita de Luciano Millán.

—No, maestro, son setenta y dos.

—Naturalmente que son setenta y dos. Anda al pizarrón, Pedro Evaristo, y multiplica las cifras que te voy a dictar.

Pedro Evaristo se levantó sin muchas ganas de una silla peluda, de cuero de chivo y caminó lentamente hacia el pizarrón. El sol de las once reverberaba sobre las planchas metálicas del techo, encandilaba al volcarse sobre los terrones amarillentos del patio sin árboles. Por la calle pasó el grito del loco Tadeo.

Carmen Rosa lo llamaba «amormío» reclinada en su pecho con el cabello en tumulto y oloroso a jazmines de su jardín. Pronunciaba «amormío» todo junto, como si «amor mío» fuese una sola palabra. A él le corría por entre las venas, más espeso y más caliente que la sangre, un río de claridad jamás presentida que desembocaba o amanecía en su corazón.

—Deme tres potes de leche condensada y una lata de sardinas, señorita Carmen Rosa.

—Se me acabaron las sardinas, Chalía, lo siento mucho.

Las huellas de las manos de Matías Carvajal perduraban a lo largo de su piel por mucho tiempo. La envolvían como una membrana luminosa que la acompañaba a todas partes y que solamente ella percibía. Desde los cuatro rincones de la bodega, desde las ramas del limonero,

desde el techo de zinc de

—su cuarto, la miraban los ojos de Matías Carvajal. En los rumores del agua, en el secreto del viento entre los chaparrales, en los murmullos indescifrables de la madrugada, decía para ella palabras enamoradas la voz de Matías Carvajal.

¿Qué es lo que voy a escribir, maestro?

—preguntó Pedro Evaristo después de esperar un rato al pie del pizarrón, con la tiza en la mano derecha.

—Escribe 787 en la línea de arriba. Así. Ahora escribe 986 en la línea de abajo. Bien. Quiero que multipliques esas dos cifras en alta voz.

Cierta noche, en la celda de una cárcel, un esbirro le cruzó la cara de un cintarazo Matías Carvajal bajó el rostro ensangrentado, sin responder al agravio, porque lo agarrotó el miedo, porque tal vez el esbirro lo hubiera matado. En otra ocasión, medio enfermo de

—hambre, desterrado en Barranquilla, se atrevió a pedirle ayuda a un comerciante venezolano que pasó en un barco holandés, y el hombre le dio cinco dólares pero lo miró como si fuera un sablista. Siempre lo habían mortificado ambos recuerdos penosos. Ahora no. Ahora los traía voluntariamente a la memoria para apreciar cuán insignificantes lucían ante su dicha presente. Todas las humillaciones y todos los sufrimientos del pasado quedaban espléndidamente resarcidas cuando Carmen Rosa le ofrecía su boca en una casa azul y blanca y lo llamaba «amormío» como si se tratase de una sola palabra.

—Falta la leche condensada, señorita

—reclamó tímidamente Chalía Salazar.

—Perdona, mujer. Estaba pensando en otra cosa.

Nunca imaginó Carmen Rosa que aquel placer fuese tan rayano en desmayo de tanto goce. No encontraba en el recuento de su pobre existencia balanza para medirlo ni delicia similar para compararlo. Jamás llegó a presentir que las células todas de su cuerpo palparían al unísono en una sola vibración gloriosa. Jamás soñó que el amor se sentía en el dorso de la mano, en el nacimiento de los cabellos, en el nácar de las uñas, en las aletas de la nariz.

—Nueve por siete, sesenta y tres, y llevo seis; nueve por ocho sesenta y cuatro...

—Setenta y dos

—corrigió nuevamente Clotilde Millán en vista de que el maestro no lo hacía.

—¿Has oído, Pedro Evaristo? Son setenta y dos y no sesenta y cuatro

—intervino el maestro comprensivo, más aún, contrito, como si quisiera echar sobre sus hombros la responsabilidad de aquel error.

¡Qué hermosa es, Matías Carvajal, qué hermosa es! Son hermosos sus pies bien plantados, sus pies límite sur de su presencia, emisarios del mundo de la almendra, que llevan a la casa el quererla tanto que llega con ella. Es hermosa su boca donde adquiere el fuego la ternura del higo y del azúcar, la piedad del anís de la albahaca. Son hermosas las avellanas suplicantes de sus ojos, sus senos de durazno y porcelana, sus muslos de jacinto y llamarada, su sexo de amapola y miel de abejas. Es hermosa toda ella, la rosa entera, desnuda y terrenal como las espigas, astral y trémula como las estrellas.

—¡Adiós Chalía!

—Todavía no le he pagado, señorita Carmen Rosa.

—Tienes razón, Chalía. Déjame ver. Son cinco reales.

Chalía desanudó dificultosamente una de las puntas de un pañuelo rojo que era su portamonedas, contó el dinero y lo colocó sobre el mostrador.

—¡Adiós Chalía!

—¡Muy buenos días, señorita Carmen Rosa!

Es un hombre casado y padre de una niña. Esa idea, que ella espantaba de su mente una y otra vez, volvía con la obstinación de un insecto. Es un hombre casado y padre de una niña, bien. Su felicidad será perecedera, su amor será transitorio, al final la esperan el abandono y las lágrimas. Sin embargo, lejos de estar arrepentida, se siente contenta y orgullosa de haber ido valientemente al encuentro de Matías Carvajal. Lo que ya ha obtenido de aquel amor y lo que le falta por obtener, eso nadie podrá quitárselo jamás, ni la renuncia, ni el tiempo, ni la muerte. Es un hombre casado y padre de una niña, ya lo sabe. Seguramente se marchará un día cualquiera, como ha venido. Pero a ella le quedarán los labios ardiendo para siempre, el corazón para siempre endulzado, su savia de mujer para siempre justificada. ¡Bendita sea la hora en que sacó valor de donde no lo tenía para ir al encuentro de Matías Carvajal, hombre casado y padre de una niña!

—¡La clase ha terminado!

—y dio un golpe seco con los nudillos en la madera del pupitre

—. ¡Hasta la tarde!

Se alzaron todos de sus asientos y corrieron en tropel hacia la puerta del salón, hacia el sol de

la calle. Sus voces se alejaron en un coro chillón, desafinado y disparejo:

—¡Hasta la tarde, maestro!

—¡Hasta la tarde, maestro!

—¡Hasta la tarde, maestro!

Entonces entró Mireya y dijo:

—¡Qué maestro tan pensativo y tan feo!

CAPÍTULO XV - CLÍMACO GUEVARA

FUE una mañana erizada de contratiempos y sinsabores para George W. Thompson, gerente de la Compañía. No bien se hubo sentado frente a su escritorio, en la silla giratoria cuyos ágiles goznes enfermaban de envidia a Guillermito Rada, cuando la vocecita de flautín de miss Margaret Hill anunció la llegada del geólogo de subsuelo Jerome White con seis o siete planos enrollados bajo el brazo y un legajo de papeles en una carpeta negra.

—Viene a pedir balancines

—recordó Thompson, y luego dijo en alta voz:

—¿No decía usted, White, que aquí el petróleo corría a flor de tierra, desesperado por salir a la superficie sin ayuda de nadie? ¿No decía usted que había que taponarlo y frenarlo para que no se derramara? Ahora me viene con ese cuento de los balancines.

—Era evidente como yo le decía, mister Thompson. Pero muchos pozos han sido ordeñados como vacas y ahora necesitan un émbolo que les saque lo que les queda por dentro.

Jerome White extendió sus papelotes y sus planos sobre el escritorio del gerente, no sin antes apartar despectivamente con el codo un florerito ridículo que ahí colocaron las manos sentimentales de miss Margaret Hill. El geólogo de subsuelo traía señalados con cruces rojas los pozos que precisaban un sistema de bombeo. En un plano separado había dibujado con meticulosa habilidad un balancín a punto de funcionar, molino de acero con un aspa solitaria, no nacida para trazar círculos en las alas del viento sino para desplazarse en un subibaja descoyuntado impelida por un motor eléctrico.

Mister Thompson pretendía que la sabana continuara por los siglos de los siglos escupiendo su petróleo sin el concurso de aquellas máquinas a pistón tan ruidosas, tan antipáticas y, sobre todo, tan costosas. Pero nada pudieron sus tacaños deseos ante los argumentos irrefutables de Jerome White, geólogo de subsuelo. Se resignó mister Thompson

—una vez que el otro se hubo marchado con sus cifras y sus dibujos lineales

— a dictarle una carta a miss Margaret Hill por medio de la cual solicitaba de la oficina central el envío inmediato de los balancines.

La voz de la secretaria se escuchó nuevamente a la media hora, más chillona y crispante a medida que iba avanzando la mañana. Ahora anunciaba la presencia de Guillermito Rada acompañado del jefe civil. Algún asunto enojoso debía traerlos, algún embrollado problema que Rada no se atrevía a resolver por su cuenta y riesgo no obstante la autoridad que la Compañía le

había conferido para atender esos menesteres.

—Hágalos pasar y quédese usted afuera, mis Hill.

No era muy cortés la fórmula, pero miss Hill exageraba con frecuencia su sentido de responsabilidad, lo cual la llevaba a meter la nariz donde no le correspondía. Aún más humillante habría sido pedirle que se retirara, ya presentes los dos visitantes.

Estos entraron muy circunspectos, muy preocupados. El jefe civil comenzó a hablar sin adelantarse a ocupar la butaca que mister Thompson le ofrecía.

—Se trata del bendito sindicato, míster Thompson. El señor Rada me advirtió que usted no quería oír una palabra de sindicatos, que esa cuestión nada tenía que hacer con su trabajo. Sin embargo, yo me he atrevido a venir a hablar con ustedes porque la situación se ha puesto grave. Han presentado una solicitud de legalización al Comisionado del Trabajo, con sesenta firmas. Y mientras esperan la legalización, han alquilado una casa en el centro del pueblo.

—Pero usted me hizo saber sin yo preguntárselo, coronel Cova, que mientras usted ejerciera la jefatura civil, aquí no se formaba un sindicato ni a tiros. ¿No fue eso lo que usted me hizo saber?

Gualberto Cova se rascó la cabeza y examinó cuidadosamente el perfil niquelado del florerito de miss Margaret Hill antes de responder.

—Sí, fue eso lo que le hice saber por intermedio del señor Rada. Pero estamos en la democracia y no en la dictadura, mister Thompson. Además, no se trata de cuatro agitadores, sino de más de sesenta obreros. Hasta el capataz Luciano Millán firma la petición. Yo no los puedo meter a todos presos sin que se arme un lío del otro mundo. Ese es el problema. Por otra parte...

—y se calló.

—¿Por otra parte qué?

—insistió Thompson secamente.

—Ese asunto del transporte, mister Thompson. Parece que los cabecillas estaban esperando una ocasión, un descontento de los obreros, para lanzar la idea del sindicato. Usted sabe, los obreros han pedido que la Compañía les proporcione transporte hasta el lugar de trabajo y la Compañía...

—Voy a resultar yo el responsable de la formación del sindicato y no usted

—lo interrumpió Thompson cáusticamente.

El jefe civil se refugió en un silencio prudente. Ya tenía seis camiones de su propiedad

enganchados en la Compañía y aspiraba a que le prestaran el dinero para comprar otros dos. María Eduvigis le había dicho al salir de la casa que ésta podría ser la oportunidad de plantearle al gerente el negocio de los dos camiones nuevos. Pero la cara del jefe americano no presagiaba generosidades aquella mañana.

—¿Conoce usted al menos los nombres de los cabecillas?

—Francamente, no

—respondió contrariado el jefe civil

—. Han trabajado como ratas, en la sombra, «En la sombra no se mueve sino el crimen», como decía el Libertador

—y esponjó el pecho, ufano de haber encontrado ocasión de demostrar que él no era un jefe civil inculto, sino un funcionario capaz de_ emplear citas históricas a su debido tiempo y lugar.

Pero George W. Thompson no estaba para citas.

—¿Ni siquiera puede dar un solo nombre, el nombre de uno de los agitadores?

—Pues sí, verá usted

—recordó Gualberto Cova

—. Justamente anoche obtuve la información de que un obrero llamado Clímaco Guevara, encuellador de altura, es uno de los más empeñados en formar el sindicato.

Thompson anotó rápidamente el nombre sobre un papel blanco que estaba al alcance de su mano. Después se marchó el jefe civil. El americano quedó solo con Guillermito Rada que lo miraba con ojos de perrito pekinés, sentado en el filo de una silla y con las rodillas juntas.

—¡Despida mañana mismo a ese encuellador de altura!

No era usual en Guillermito Rada discutir, ni siquiera expresar el más leve reparo a una orden de George W. Thompson. No obstante, en este caso se sintió obligado a hacerlo, aunque por medio de una voz melosa y compungida, como si suplicase un favor o pidiera clemencia.

—Me permito, indicarle, mister Thompson, que ese tipo, Clímaco Guevara, parece que goza de gran popularidad entre los obreros. Su despido violento ~a ocasionar protestas. Tal vez sería más conveniente proceder con habilidad, Thompson, sorprendido por las inusitadas objeciones de Guillermito Rada, vaciló un segundo. Pero fue solamente un segundo. Después dijo cortante:

—¡Despídalo usted mañana mismo!

Por último, para redondearle la jornada, los graznidos de miss Hill le anunciaron la presencia de Charles Reynolds que venía a decirle adiós. Reynolds, tras consignar renuncia irrevocable de su cargo, regresaba a Nueva Orleans. La Compañía perdía a un empleado eficiente y leal. Y para complemento se llevaba consigo a esa mujer abominable, lo cual maltrataba y escandalizaba los sentimientos cristianos de George W. Thompson. «Cristo

—se dijo mentalmente mientras estrechaba la mano de Reynolds

— perdonó a la Magdalena, pero jamás se le ocurrió casarse con ella». Era un sarcasmo ingenioso, indudablemente. Lo repetiría ante su señora durante el almuerzo, al comentar la partida de Reynolds, simulando que se le venía a la cabeza en ese preciso instante.

Charles Reynolds, de casimir azul, cuello y corbata, fue lacónico en su despedida. Era evidente su prisa por partir. Había dejado el automóvil estacionado a la puerta de la oficina, el techo cargado de maletas y la Greta Garbo sentada junto al volante. La mujer lo esperaba pensativa y seria, los labios sin pintura, vestida con un traje sastre gris y un sombrerito del mismo color.

En Nueva Orleans sería Mrs. Charles Reynolds. Tendría una casa con chimenea, un jardín moteado de crisantemos y un enorme perro negro llamado Blacky. Charles Reynolds la llevaría de brazo por las calles a curiosear vitrinas y la presentaría a sus amigos sin avergonzarse de ella. Por las tardes tomarían té servido en mesitas de mimbre y nadie la volvería a llamar la Greta Garbo.

Carmen Rosa, con la cabeza reclinada sobre el pecho desnudo de Matías Carvajal, murmuraba en alta voz sus cosas más íntimas, cual si al hablar consigo misma pretendiera que el hombre la viera toda por dentro como a través de un cristal.

—Este pedazo de cuerpo donde yo pongo mi cabeza, este rincón de su pecho desde donde se oye latir su corazón un poco más abajo, es la que yo más quiero en este mundo. Solamente el recuerdo de este momento dulcísimo en que yo oía latir su corazón y él me pasaba la mano por la frente y me decía que me quería, solamente ese recuerdo me servirá como un pañuelo para secarme el llanto cuando lo haya perdido.

—Te acabo de encontrar, conejita, te sigo buscando y te encuentro nueva cada vez que te encuentro. ¿Por qué hablas de perdemos?

—Yo sé que voy a perderlo un día. Nunca me he hecho ilusiones. Yo sé que me quedaré triste para siempre. Pero si mil veces volviera a tropezarlo, mil veces le abriría los brazos. Si mil veces me llamara a una casa azul y blanca, mil veces vendría como una sonámbula.

—Carmen Rosa, mi chiquitica linda, óyeme bien lo que voy a decirte. Tengo treinta y cinco años, de los cuales he invertido veinte en luchar contra la mezquindad, contra la ignorancia y contra la injusticia. Estuve preso y desterrado, pasé hambres y miserias, he leído muchos libros y he recorrido muchos países con los ojos abiertos. Pues bien, cuando me pongo a revivir mi vida entera, todas mis emociones, todos mis sentimientos, mis convicciones y mis dudas, mis alegrías y mis odios, no encuentro nada que iguale en intensidad a esa luz de estar junto a tu cuerpo y junto a tu amor. Ninguna obra de arte me ha conmovido tanto como me conmueven, cada vez que los miro, la pulpa de tu boca o la curva de tus pies. Ninguna pasión me ha estremecido como este gozo caliente de tenerte entre mis brazos. Nunca creí que...

Carmen Rosa extendió una mano hasta los labios de Matías Carvajal y apagó entre sus dedos las palabras que aún le faltaba por decir. Después rompió a llorar inesperadamente y mojó con sus lágrimas el pecho del hombre que le servía de almohada.

—¡Qué tonta soy!

—dijo y se deslizó de la cama fugitivamente.

Matías Carvajal la vio caminar desnuda y la contempló luego detenida en mitad del cuarto, secándose el llanto con el dorso de la mano como los niños, Finalmente la miró de espaldas, una espalda de lirio moreno que se angostaba en la cintura, cuando ella tomaba la ropa que había dejado revuelta en una silla y comenzaba a vestirse.

—A veces siento un miedo terrible, amormío

—dijo de repente Carmen Rosa con una media en la mano derecha

—, Vivimos en un lugar muy pequeño donde todos nos conocemos. Esto tendrá que saberse algún día. Lo sabrá el padre Toledo, lo repetirán las hermanas Maita, lo sabrán Nelly y tu hija, será un escándalo en todo el pueblo. Y mi pobre madre se morirá de vergüenza.

—¿Por qué han de saberlo? No lo han sabido hasta ahora y no lo sabrán nunca. Aunque te confieso que a veces siento un deseo incontenible de pararme en medio de la sabana a dar gritos como el Loco Tadeo: «¡Carmen Rosa me quiere! ¡Y yo la quiero con toda mi alma, aunque me pique el gusano!»

Carmen Rosa a medio vestir, aún al aire los senos de durazno y porcelana, se acercó de puntillas hasta el borde de la cama y le ofreció la boca. Matías Carvajal la besó largamente y sólo interrumpió el beso para suplicarle:

—No te vayas todavía...

—¡imposible amormío!

—y se zafó de sus brazos

—. No te imaginas las historias que le invento a mi madre para darle una explicación de estas ausencias... Me he hecho amiga de una familia que vive por estos lados, una señora enferma con dos niños insoportables, que nunca han existido, ni la señora ni los niños. Un día cualquiera mi madre querrá conocerlos y me descubrirá la patraña y no sabré qué decirle, yo que nunca le había dicho una mentira desde que nací.

Enmarcada por la puerta del cuarto, ya completamente vestida, los labios pintados y la andaluza sobre los cabellos, exclamó:

—¡Adiós, Matías Carvajal!

Él saltó de la cama, desnudo como estaba, a darle el beso de despedida. Pero Carmen Rosa, temerosa de quebrantar su decisión de marcharse, le ofreció tan sólo la frente.

Ese trecho de salir a la calle, como el de entrar a la casa de Margarito Ledezma, eran los dos fugaces pero temidos trances en que se le detenía el aliento y le temblaban las manos. ¿En qué forma justificaría su presencia en aquel sitio apartado y su entrada a la casa vacía del caporal Margarito Ledezma? Afortunadamente había venido ya siete veces a la casa azul y blanca

—exactamente siete veces en siete fechas que ella tenía anotadas en un cuaderno, una bajo de la otra, como siete sumandos

—y ninguna persona conocida la había visto entrar, ni salir. Ni siquiera la vieron caminar por aquella calle tan lejana, a la hora en que el equipo de Oficina N° 1 se batía y derrotaba a Cantaura, a Soledad, a Pariguán, a Ciudad Bolívar, afianzado en las curvas del indio Santos Gamboa, en los batazos del Morocho Alegría y en los consejos de Tony Roberts.

Al salir de aquella cita, la octava, se apagó sin embargo su buena estrella. Apenas había caminado cuatro pasos hacia la esquina cuando divisó a lo lejos un automóvil que se aproximaba en sentido contrario, el mismo Buick inconfundible del turco Avelino que cruzaba todas las tardes por frente a su bodega.

El turco Avelino disminuyó la velocidad, iba a detenerse tal vez frente a ella, a ofrecerle un puesto a su lado en el automóvil, a decirle que la conduciría a su casa. Pero luego cambió de decisión, aceleró de nuevo el motor y la saludó al pasar casi sin mirarla, rígido y sombrío:

—¡Buenos días!

A ella se le encogió el corazón como una esponja. Se recostó a la puerta cerrada de la quincalla de Samuel y así permaneció inmóvil varios segundos, sin saber qué hacer. El turco Avelino deduciría todo cuanto estaba sucediendo y se lo contaría al pueblo entero, a Nelly, a la niña, a doña Carmelita.

No es cierto, Carmen Rosa Villena. El turco Avelino te quiere demasiado y jamás saldrá de sus labios una palabra para hacerte daño. Tú estás absolutamente segura de que no le dirá nada a nadie.

—Es necesario reunir a la gente mañana en la noche

—le dijo Clímaco Guevara a Ramón Valladares.

—¿Mañana en la noche? ¿En la casa del sindicato?

—Sí, hombre, en la casa del sindicato. Habrá algo importante que tratar. Encárgate tú de convocarlos mientras yo preparo un informe para abrir la discusión.

—¿Respondió el Comisionado del Trabajo? ¿Nos negó la legalización?

—No, todavía no ha respondido. Se trata de otra cosa. ¡Después te diré!

—gruñó Clímaco Guevara evasivamente.

Estaban al pie del taladro y el viento les trajo la voz del capataz:

—¿Hoy vinieron a trabajar o a conversar?

Clímaco Guevara se apartó del cuñero Ramón Valladares e inició su ascenso a la torre. Trepaba con aplomo y precisión de encuellador veterano, colocando el pie exactamente donde correspondía, tramo a tramo de la empinada escalera, hasta la baranda que en lo alto daba vueltas al inmenso esqueleto metálico.

No había querido referirle lo sucedido a Ramón Valladares para no sembrar la alarma antes de tiempo. Esa mañana recibió dos citaciones diferentes cuyo sincronismo no dejaba lugar a dudas. En el instante de entrar al trabajo, el capataz le notificó que Guillermito Rada deseaba hablar con él al terminar la guardia. ¿Qué podía hablar con él Guillermito Rada si apenas se conocían de vista y ni siquiera se saludaban al cruzarse en la calle? Existía una fórmula invariable: La Compañía ha resuelto prescindir de sus servicios a partir de mañana. Guillermito Rada recibía a los obreros, atrincherado detrás de su escritorio como detrás de una alambrada o de un púlpito. La Compañía ha resuelto prescindir de sus servicios, eso era todo.

Antes lo había abordado el Negro Melchor uniformado, correa que le cruzaba el pecho, funda con revólver en la cintura. El Negro Marchol estuvo de centinela a la puerta de su casa desde la madrugada para decirle al verlo salir rumbo al trabajo: «El coronel Gualberto Cova quiere que usted pase por la Jefatura esta misma tarde, sin falta». Aquella citación y la de Guillermito Rada se complementaban y se explicaban claramente. Guillermito Rada lo despediría al terminar la guardia.

Gualberto Cova lo dejaría preso en un calabozo de la Jefatura, «por agitador». O, en el mejor de los casos, le daría veinticuatro horas para abandonar el pueblo.

Había llegado a la ancha baranda de acero, volando de la torre hacia el abismo, y se disponía a iniciar su jornada. Hizo pasar por debajo de sus brazos las cuerdas del cinturón de seguridad. Allá en tierra, a noventa pies de distancia, más abajo de la culebra barrigona de caucho negro que traía el barro de circulación, se divisaba el casco metálico del perforador Harry Rolfe y los sombreros de paja de los dos cuñeros y del carretero.

Ramón Valladares convocaría la reunión del sindicato. Las noticias de su despido y de su prisión serían el tema central del orden del día. Nicanor Arteaga se levantaría enfurecido a proponerla redacción de una protesta violenta y el negro Lorenzo Torres agregaría: «¡Debemos ir a la huelga, si es necesario!»

Al nivel de su cintura se alineaban las bocas de los largos conductos de hierro, atenazados por los garfios laterales. Un nuevo tubo se bamboleaba izado por el arpón de una grúa y Clímaco Guevara volcaba medio cuerpo por encima de la baranda para atraparlo con un dogal de mecate.

Le desagradaba que lo echaran de la Compañía y del pueblo en aquel preciso momento. Había trabajado con cautelosa paciencia durante seis meses para tejer la red de un sindicato en Oficina N° 1, sin dar un paso en falso como no los daba en lo alto del taladro. Y ahora, cuando estaba a punto de recoger el fruto de esa brega, cuando tenía sesenta y cinco firmas de obreros, cuando había logrado acorrallar a la Compañía, a mister Thompson, al jefe civil, a Guillermito Rada, al cura y al Comisionado del Trabajo, ahora cuando ya circulaban las convocatorias para la primera reunión pública, cuando se había ganado la pelea por el transporte de los obreros, cuando se iba a elegir junta directiva, justamente ahora venían a buscarlo de parte de Guillermito Rada y del jefe civil para echarlo de la Compañía y del pueblo.

Logró enlazar el extremo del tubo bamboleante y se deslizaba junto a él a lo largo de la baranda para fijarlo en el semicírculo del último garfio libre. Buches de petróleo y de barro gris le habían salpicado la cara y el cuello. El maldito viento silbaba como una bruja loca entre las jarcias de acero.

No lograrían destruir el sindicato, por supuesto, aunque se lo llevaran preso y lo hicieran desaparecer de Oficina N° 1 y sus contornos. El sindicato quedaría en pie, dirigido por Nicanor Arteaga, por Ramón Valladares, por el negro Torres, que ya sabían a ciencia cierta qué cosa era un sindicato. Ya no eran los cuatro gatos que se reunieron en el rancho de Casilda Arteaga, sino sesenta y cinco obreros provenientes de los más diversos rincones del campamento, cuñeros, carreteros, armadores de cabrias, encuelladores de altura, mezcladores de barro, ayudantes de perforación, mecánicos, soldados, choferes de camiones y tractores, albañiles y carpinteros, que firmaron la petición y dieron parte de sus salarios para alquilar la casa.

Clímaco Guevara, con un pie en la baranda y otro en uno de los rieles que cruzaban la torre, se prendió del arpón amarillo que colgaba desde lo alto. El perforador Harry Rolfe operaba allá abajo sus manivelas y le gritaba algo que él no podía escuchar porque el viento deshilvanaba los gritos y se los llevaba hacia los chaparrales.

Clímaco Guevara pensaba proponer la fundación de un periódico en la primera reunión de la directiva. Así como suena, un periódico en esos andurriales petroleros, con su imprenta propia

comprada de segunda mano en Maturín o en Barcelona. Definitivamente, le causaba un amargo disgusto que lo echaran del pueblo.

—My God!

—gritó el perforador Harry Rolfe y abrió los brazos como un Cristo.

Tal vez Clímaco Guevara, por estar pensando en otra cosa, no anudó debidamente su cinturón de seguridad. O tal vez el mecate no se hallaba en buenas condiciones, o tal vez un hierro al caer del tope de la torre cortó las cuerdas como una navaja. Lo cierto fue que el cuerpo del hombre se desprendió desde su altura de noventa pies y venía por el aire, desarticulado como un pelele. Tropezó con uno de los salientes de la estructura de la torre, el golpetazo desvió su trayectoria y fue a dar en tierra, a pocos metros de una de las patas de la cabria. Todo sucedió en un parpadeo, en el tiempo exacto que invirtió el perforador Harry Rolfe en gritar «My God!» y abrir los brazos como un Cristo.

Los otros obreros no lo vieron caer, sino escucharon el grito de horror de Harry Rolfe y el porrazo del cuerpo sobre el suelo.

¡Se mató!

—rugió Ramón Valladares desde la plataforma y saltó hacia la escalera lateral.

Todos hicieron corro alrededor del sitio donde yacía tendido Clímaco Guevara. El encuellador de altura era tan sólo una piltrafa inconsciente. Un espinazo quebrado sobre un charco de sangre.

—¡Déjenlo acostado! ¡No vayan a sentarlo! ¡No intenten darle agua!

—aconsejaba pálido el capataz.

Un hilo de sangre descendía de las comisuras de la boca, por encima de los manchones de petróleo y de barro gris. El brazo izquierdo, que se extendió instintivamente para librar la cabeza del golpe, era un lefio partido cuyas puntas de hueso asomaban por entre los jirones de la camisa.

—¡Se mató!

—volvió a rugir sordamente Ramón Valladares.

—Todavía no se ha muerto

—le respondió el capataz, arrodillado junto al cuerpo maltrecho.

Después se levantó y añadió:

—Todavía está vivo. Hay que llevarlo boca abajo en una cobija para no agravar las fracturas.

Se lo llevaron como decidió el capataz, tendido boca abajo en la cobija color de aceituna del

perforador Harry Rolfe. Desde la pata del taladro hasta la primera casa del pueblo, los goterones de sangre pintaron un caminito.

CAPÍTULO XVI - MIREYA

CUATRO meses después del accidente de Clímaco Guevara

—un viernes de julio

— Llegó la carta de Lucas Carvajal, el hermano mayor del maestro de escuela. La india Rafaela había traído la sopera humeante, el aromoso hervido sobre cuyas excelencias cimentaba la negra Narcisa Droz su prestigio de insuperable cocinera. Matías Carvajal discutía a brazo partido con Mireya e impugnaba los argumentos que la niña enarbolaba cotidianamente a la hora de tomarse la sopa.

—No me gusta.

—Es absolutamente imposible. No existe una sola persona sobre la tierra a quien no le guste o pueda no gustarle el hervido de Narcisa Droz.

—Sí existe. Ya tú ves cómo a mí no me gusta.

—Dices que no te gusta porque no lo has probado, mi princesa. Pero cuando lo pruebes te darán ganas de tirarte de cabeza en la sopera.

—¿Para qué voy a probar si ya sé que no me gusta?

Era así todos los días hasta que intervenía Nelly inflexible:

—¡Mireya, tómate la sopa! Y te advierto que no te estoy dando una opinión, sino una orden terminante.

Ante procedimiento tan sumario, Mireya sonreía y comenzaba a tomarse la sopa.

—Yo creo que Pausolino Guzmán es tan buen carpintero como profesor de gramática

—dijo Matías.

Hablaba del maestro que había llegado un mes antes, a ponerse al frente del segundo grado en tanto que Matías Carvajal iniciaba el tercero con los alumnos más avanzados y los hijos de los

obreros que regresaron de Barcelona, Cantaura, Pariaguán y Ciudad Bolívar. Pausolino Guzmán andaba por Aragua de Barcelona, enseñando a leer en una escuelita de mala muerte donde jamás cobró el sueldo completo, cuando los Carvajal lo invitaron a trabajar con ellos. Se presentó a los tres días, trepado a los cajones de bebidas gaseosas que hacían pirámide sobre el entarimado de un camión de carga.

—¡Mejor carpintero que profesor de gramática

—asintió Nelly

—. Hay que ver los pizarrones, los bancos y los pupitres que ha construido con sus propias manos.

—¿Y la mesa grande para la Dirección que está claveteando ahora?

Pausolino Guzmán era un hallazgo. A más de sus cristales rosados para ver la vida que no se empañaban nunca, a más de su certificado de maestro de escuela y sus virtudes de carpintero vocacional, poseía experiencia de actor, tramoyista y apuntador, adquiridas en su adolescencia. Antes de transcurrir la primera quincena, ya maquinaba la creación de un grupo teatral integrado por los muchachos de ¡segundo grado.

—Cuando habla de teatro enloquece un poco, como toda gente que ha pisado alguna vez las tablas

—sentenció Nelly

—. Dice que no se quedará tranquilo hasta que no logre montar a Hamlet en Oficina N° 1.

—¿A Hamlet?

—preguntó Matías asombrado

—. Si intenta montarlo en Oficina N° 1, va a morir el pobre Pausolino asesinado como todos los personajes del drama.

Mireya se había tomado la sopa y preguntó quién era Hamlet, lo cual trajo como consecuencia una tan divertida y disparatada interpretación del príncipe de Dinamarca y del significado de su famoso monólogo, por parte de Matías Carvajal, que Nelly se sintió en el deber de protestar, aunque se veía en apuros para contener la risa.

—¡Por favor, Matías! Vas a confundir a la muchacha.

—¿Quién confunde a este demonio? Además, en nuestra biblioteca circulante, aunque parezca mentira, hay un ejemplar de Hamlet bastante bien traducido que a nadie se le ha ocurrido pedir. Lo

hojaremos juntos, princesa.

La biblioteca alineaba ya cerca de trescientos volúmenes. Los de mayor demanda eran unos libracos infantiles, editados en varios tomos y bajo títulos presuntuosos: «El Tesoro de la Juventud», «La Llave del Saber», «El Mundo Pintoresco». Matías Carvajal, sin embargo, encargaba a los libreros de Ciudad Bolívar versos y novelas de su preferencia que luego procuraba hacer leer a la gente del lugar. El día anterior vino Carmen Rosa a la escuela en busca de un libro y Matías Carvajal puso en sus manos los Veinte poemas de amor de un poeta chileno que él tenía en grande estima. Tal vez los estaría leyendo en ese mismo instante, sentada entre los rosales de su jardín, a la sombra olorosa y húmeda del jazminero.

Cuando llegó la carta de su hermano mayor, Matías Carvajal pelaba una naranja para Mireya y repetía mentalmente versos de Neruda. Manejaba el cuchillo lenta y cuidadosamente porque la niña deseaba recibir, junto con el fruto mondado, la cáscara entera transformada en una larga espiral amarilla. Tocaron a la puerta y la india Rafaela fue a abrirla.

—Es una carta

—dijo vagamente al volver, sin especificar a quién venía dirigida, porque la india Rafaela estaba recién llegada al pueblo y todavía no sabía leer ni Nelly había tenido tiempo de darle las primeras lecciones.

Matías adivinó desde lejos:

—La empalizada de la letra de Lucas, desde aquí la veo. Es para mí.

—Léela

—pidió Nelly.

Comenzó a hacerlo en silencio pero, antes de concluir el primer párrafo, le centellearon los ojos y renovó la lectura en alta voz. Su hermano mayor enviaba noticia s trascendentales. El nuevo presidente de la República, un general a quien la opinión pública había señalado como aspirante a dictador, iniciaba sorpresivamente su gobierno decretando una amnistía para los presos, desterrados, confinados y perseguidos, y proclamaba su intención de respetar y hacer respetar los derechos humanos, inclusive el derecho de organizar sindicatos y partidos políticos. Tal cosa significaba que Matías Carvajal podía regresar a la capital cuando le viniera en gana, que el partido saldría de las catacumbas, y se lanzaría a la calle abiertamente. La carta concluía de esta manera: «Tus amigos te están esperando, tus compañeros te están esperando, todos te estamos esperando. Abandona esa horrible pocilga petrolera y retorna a la vida civilizada. Abrazos a Nelly y a tu princesa».

Nelly se levantó emocionada, agitando nerviosamente las hermosas manos torpes, tan emocionada que derramó la taza de café sobre el mantel.

—No es que me desagrade este lugar

—habló como si su alegría requiriera disculpa

—. Al contrario, me va a doler mucho dejar la escuela. Pero la verdad es que tenía unas ganas incontenibles de volver a ver a mi gente, de conversar con nuestros amigos, de vivir como hemos vivido siempre en una ciudad con periódicos, con orquestas, con campanas y con tranvías.

Mireya corrió a la cocina a transmitirle la noticia a la negra Narcisa Droz, que era buena amiga suya. Al regreso agitaba la espiral amarilla de la naranja como una bandera y gritaba:

—¿Cuándo nos vamos? ¿Nos vamos mañana?

El loro de la casa, excitado por los gritos de Mireya, chilló desde su aro de barril, no palabras precisas, sino la confusa algarabía de un tropel de niños al salir de una escuela. Matías Carvajal, con la carta en la mano, silencioso y desconcertado, no quitaba los ojos del mapa de Australia que el café volcado había dibujado sobre el mantel.

El caporal Margarito Ledezma no regresó al pueblo en mucho tiempo. Matías Carvajal recibió dos o tres cartas suyas en las cuales le relataba cómo su mujer había sido operada de peritonitis y otras complicaciones. Mejoraba lentamente pero los médicos no permitirían un viaje por aquellos caminos cruzados de baches y pedregales hasta tanto no estuviese completamente restablecida. El maestro de escuela le respondió que no se preocupara por la casa, que la encontraría exactamente igual a como la había dejado.

Llegaba muy temprano y barría los pisos con la escoba que la mujer de Margarito Ledezma dejó como centinela en un rincón de la cocina. Después desempaquetaba las sábanas y las fundas blanquísimas que había traído desde la lavandería de los chinos y, aunque ponía el más paciente esmero en tender aquella cama inmensa, lo cierto era que nunca le quedaba impecable como deseaba, sino cruzada por una arruga que resultaba imposible alisar sin que otra arruga asomase donde menos lo esperaba.

Transcurrió más de una hora y no se entreabrió la puerta para dar paso a Carmen Rosa. Era un domingo sin juego de pelota en Oficina N° 1 porque Tony Roberts se había llevado el equipo a batirse con los de Cantaura en su propio terreno. Tal vez Carmen Rosa se topó en su camino con una persona conocida, tal vez encontró un grupo de vecinas en la esquina del turco Samuel.

Tenía la carta de su hermano Lucas en el bolsillo y la palpaba de vez en cuando como si un impulso involuntario lo obligara a cerciorarse reiteradamente de su existencia. Aún no había tomado determinación alguna. ¿Cuál determinación podía tomar? Marcharse y dejar a Carmen Rosa sería como dejar su propia sangre regada en aquella sabana. Pero, ¿era posible no marcharse? El, Matías Carvajal, que siempre sabía exactamente lo que debía hacer y cómo lo debía hacer, se sentía incómodo y pobre diablo al contemplarse a sí mismo en aquella actitud indecisa de hombre perdido en un bejucal.

Pasaron treinta minutos más. Dejó de formularse preguntas que no lograba responder sino con nuevas preguntas y, como se consideró incapaz de prestar atención a las páginas del libro que había traído, se refugió en la práctica de uno de los ejercicios mentales que realizaba en la cárcel para aliviar la largura de las horas muertas.

Casi al mediodía llegó Carmen Rosa. Efectivamente, había encontrado al turco Samuel parado a la puerta de su quincalla, con las manos en los bolsillos, en espera de una clientela que no llegaría porque era domingo. Carmen Rosa pasó de largo, sin volver la mirada hacia la casa azul y blanca. Fue a visitar a Graciélita, la mujer de Tony Roberts, que estaba embarazada y no la dejó marchar hasta tanto no le hubo mostrado el ajuar completo del niño «igualito a Tony» que iba a tener. Todo esto lo refirió Carmen Rosa después del beso sediento que se daban cada vez que ella cruzaba la puerta para entrar en la salita del caporal Margarito Ledezma.

—¿Cuándo te vas?

—preguntó enseguida gravemente, aún antes de que él mencionara la carta de su hermano.

El boticario Secundino Silva, enrojecido de entusiasmo y de brandy, había irrumpido la noche antes en la bodega para contarle los sucesos de Caracas: los discursos democráticos del general Medina, la amnistía, la vuelta de los emigrados políticos.

—Lo único lamentable

—concluyó el boticario

— es que se nos irá Matías Carvajal y nos quedaremos sin la escuela y sin su amistad.

«Se nos irá Matías Carvajal». Fueron estas últimas palabras las que calaron más hondo, las que martillaron sobre las sienas de Carmen Rosa durante la noche silenciosa y en vela, y no lograron acallarlas los gallos de la madrugada, ni el entrechocar de peltres de la india Eusebia que preparaba el café, ni los tacones de doña Carmelita que salió para misa.

—¿Cuándo te vas, amormío?

Matías Carvajal respondió con las preguntas que antes se había hecho a sí mismo: ¿Cuándo me voy? ¿Cómo me voy? ¿Es cierto que me voy?

—Yo sé que te irás amormío, que no puede ser de otra manera. Yo sé que no te puedes quedar en este pueblo para toda la vida. Yo sé que en Caracas te esperan tus compañeros, tu casa, todo el mundo. Yo sé que veré tu nombre en los periódicos, leeré tus escritos, escucharé tu voz por la radio, y me preguntaré si es verdad que te he conocido, que me has tenido entre tus brazos, que me has besado en la boca. Yo siempre he sabido que esto no iba a durar eternamente, que iba a perderte un día, pero me equivoqué en el tamaño del dolor porque ya me está doliendo mucho más de lo que había pensado.

Matías Carvajal advirtió entonces, a la luz de una certidumbre que no admitía alternativas, que nunca había querido a nadie como quería a aquella mujer. Su corazón se debatía como un caballo ciego porque no encontraba el camino de no perderla y la mantenía convulsivamente apretada contra su pecho, como si presintiese que alguien vendría a arrebatársela. Ella esquivaba la mirada del hombre para evitar que la suya se le volviera llanto. Se había prometido a sí misma, con todas las fuerzas de que era capaz, no verter una lágrima en aquel encuentro que bien pudiera ser el último.

—¿Cuándo te vas?

Lo preguntó de nuevo pero Matías no sabía cuándo se iba, ni siquiera sabía si realmente se iba. Carmen Rosa se soltó del abrazo y comenzó a desvestirse con ánimo afligido y a colocar su ropa lentamente sobre el espaldar de una silla.

—Quisiera saber

—dijo Matías Carvajal cuando ella avanzó a su encuentro si eres en verdad tan bella como yo te miro o si es el quererte tanto lo que me hace mirarte tan hermosa.

Aquel día no la llamó «chiquitica linda», ni ella le susurró «¡amormío, me muero!». Se miraron todo el tiempo a los ojos, calladamente, con un fulgor desesperado. Y un rato más tarde Carmen Rosa insistió en preguntar, con la cabeza reclinada sobre el pecho desnudo de Matías Carvajal, tensa en un esfuerzo implacable por contener las lágrimas:

—¿Cuándo te vas, amormío, cuándo te vas?

El aeropuerto era otro retazo de sabana desbrozado y apisonado, tal como el campo de pelota. En un ángulo se alzaba una casucha techada de zinc donde los viajeros entregaban el equipaje a dos empleados de franela y sombrero de cogollo que lo conducirían hasta el avión.

Llegaron en el automóvil del turco Avelino, quien fue a suplicarle muy ceremonioso: «Yo deseo llevarlos hasta el aeropuerto, señor Carvajal. Espero que usted no me niegue el honor de acompañarlos». También estaba presente Pausolino Guzmán, el maestro de segundo grado, en cuyas manos quedaría la regencia de la escuela.

Matías Carvajal no pronunció una palabra mientras el Buick azul del turco Avelino cruzaba el largo trecho de sabana, planicie interrumpida por siluetas de cabrias, balancines y mechurrios, o atajada por las casas que iban naciendo en desorden al borde de los caminos. Ni siquiera atendió a las preguntas de Mireya acerca del movimiento acompasado de los balancines, acerca del milagroso principio que impedía la caída de los aviones, acerca de su propio silencio:

—¿Por qué estás tan triste y tan callado?

Afortunadamente Nelly respondía en su nombre, exactamente lo mismo que él habría respondido.

—Los balancines bombean el petróleo cuando ya el pozo no tiene fuerza suficiente para impulsarlo a la superficie.

—Los aviones no se caen porque mientras la ley de gravedad los empuja hacia abajo, actúa sobre ellos otra fuerza más poderosa, creada por los motores, que los empuja hacia adelante.

—Tu padre está triste y callado porque le duele dejar la escuela a medio andar y los alumnos a medio enseñar.

Un sol blanco y macizo pesaba sobre el campo de aterrizaje y sobre el zinc del pequeño refugio. El avión tardaría media hora en aparecer, según informó el representante de la compañía de aviación, un mulato simpático que sudaba copiosamente, agobiado por el sol, los pantalones de lana y la corbata negra. Mireya y Nelly se quedaron dentro del automóvil para disfrutar de su sombra caliente, pero sombra al fin. El turco Avelino, bajo el tinglado de zinc, silbaba entre dientes una canción. Matías Carvajal tomó del brazo a Pausolino Guzmán y lo condujo hasta el verdor solitario de un cují, único árbol capaz de subsistir al rescoldo de aquel sol salvaje.

—Te lo repito una vez más, Pausolino, cuento contigo para que no se muera la escuela.

—Y yo le repito que no la dejaré morir. Ya he pensado traer dos maestros de Aragua y una normalista de Pariaguán que fue novia mía hasta hace un par de años. A lo mejor empatamos y me caso con ella.

—Cásate, compañero, pero no dejes morir la escuela, ni la biblioteca, ni el coro, ni el grupo teatral.

De repente extrajo una llave del bolsillo del pantalón y se la tendió a Pausolino 47

—Cuando un caporal llamado Margarito Ledezma regrese a Oficina N° 1, irá a buscarme a la escuela y se extrañará al no encontrarme. Dile entonces que me llamaron desde Caracas, que tuve que marcharme y le dejé esta llave.

Pausolino tomó la llave, una llave, cualquiera que ~a servir a cualquier cerradura. Pero no pidió mayores explicaciones. Por lo demás, en ese punto llegó hasta ellos el grito de Mireya:

—¡El avión! ¡Miren el avión!

Un pequeño aeroplano plateado de un solo motor, que a Mireya le pareció gigantesco y ensordecedor, descendió en busca de la parcela amarillenta que resaltaba entre los chaparrales. Las ruedas levantaron cameritos de polvo al tocar la tierra. Luego el pajarraco se detuvo ante la caseta de zinc y bajó por la escalerilla una señora gorda, único pasajero en tránsito.

Matías Carvajal encendía nerviosamente un cigarrillo tras otro. La sonrisa del turco Avelino, que no venía al caso ni se justificaba en una despedida, no se borraba un instante al pie de sus bigotes. Y luego los chistes ingenuos pero evidentemente inoportunos de Pausolino Guzmán.

—Yo preferiría hundirme en un barco que caerme de un avión. Porque en los naufragios nos queda al menos tiempo para decirle cuatro groserías al tiburón que nos va a comer.

Mas tarde, con la frente adherida al cristal de la ventanilla, Matías Carvajal contempló por última vez los adioses aspavientosos que accionaba Pausolino Guzmán y la inadecuada sonrisa del turco Avelino. Un alto espaldar le ocultaba las cabezas de Nelly y de Mireya. La aeromoza era una pequeña rubia desteñida, vestida de azul celeste y olorosa a brillantina.

El vuelo del avión lo arrancaba de una inmensa sabana moteada de chaparros, signada por las torres de las cabrias, embanderada con las llamas de los mechurrios, en cuyas veredas nacían casas en desorden alrededor de los taladros. En una de esas casas quedaba una mujer, detrás del mostrador de una pulpería, rodeada de palanganas de peltre y ristras de ajo. Una mujer hecha de sangre y huesos como todas las mujeres, con dos muslos, dos senos, dos manos y dos pies.

Sus dos pies desnudos caminaban por el piso de cemento de la casa de Margarito Ledezma. Sus dos pies se curvaban vibrantes sobre la blancura de las sábanas. Sus dos pies: se rendían en desmayo de estambre o meladura.

Matías Carvajal simulaba que dormía en tanto que el avión se remontaba, se alejaba de la sabana, se perdía entre las nubes y lo separaba de Carmen Rosa. Para quedarse junto a ella habría necesitado nacer de otro cuerpo y con otro nombre, ser un inmigrante como el turco Avelino, o un capataz como Luciano Millán, o un obrero como Ramón Valladares, sin su título de maestro, sin sus estudios de humanidades, sin sus amigos de Caracas, sin el partido, sin Nelly y sin Mireya. Sin todo aquello que lo alejaba definitivamente de Carmen Rosa mientras el avión dejaba atrás las nubes y enfilaba hacia el mar.

—¡El mar, papaíto, el, mar!

Mireya le sacudía los hombros y le mostraba el cristal de la ventanilla. Volaban sobre el mar, al amparo de un desnudo cielo de abril. Allá abajo, la distancia empequeñecía la piedra perenne de los farallones. Las olas salpicaban jazmines de espuma sobre los acantilados. Mar adentro parpadeaba la pelusa blanca de un velero.

Matías Carvajal, maestro de escuela positivista, filósofo materialista, revolucionario de ideas concretas, veterano de cinco cárceles, peregrino de tres destierros, no se avergonzaba de las ganas de llorar que llevaba por dentro.

CAPÍTULO XVII - OFICINA N° 1

CARMEN Rosa salió de la casa de los Roberts y echó a andar hacia el centro del pueblo. Graciélita había dado a luz un niño, «igualito a Tony» como ella lo deseaba, y Carmen Rosa fue a llevarle escarpines azules de regalo. Ahora regresaba a «La Espuela de Plata» caminando por las anchas calles sin acera y en su recorrido atravesaba todo un barrio que había brotado recientemente en los alrededores del campo de pelota. Veía por primera vez aquellos rostros que asomaban a las puertas o emergían de las bocacalles.

Así sucedió hasta que surgió al doblar una esquina el edificio que construyó el turco Avelino para su establecimiento comercial. El turco Avelino, desprovisto de su frondoso bigote y vestido con cierta elegancia no obstante la corbata verde esmeralda, se atravesó ante ella y la invitó a pasar al interior de la tienda. Carmen Rosa no pudo evitar el recuerdo de su primer encuentro con el turco Avelino, cuando éste llegó a la sabana con su gran cesto a cuestas, vendiendo baratijas por cuotas, polvoriento de tanto cruzar caminos reseco, y le dijo «buenas noches» aunque eran apenas las diez de la mañana. El turco Avelino trabajó duramente año tras año, minuto tras minuto, soportó privaciones sin cuento, economizó hasta el último céntimo, para llegar a lo que era hoy, con su Buick azul y su edificio de dos pisos. Dentro del salón de anchos ventanales Carmen Rosa contemplaba los bruñidos automóviles montados en exhibición, las neveras blancas enfiladas contra la pared, los aparatos de radio, las llantas olorosas a árboles de caucho. El turco Avelino le había propuesto matrimonio innumerables veces, tantas veces como la encontró a solas, y Carmen Rosa le contestaba siempre que no era posible. Entonces él la miraba tristemente y le decía: «Está bien, Carmen Rosa, pero si algún día cambias de opinión, yo seré el hombre más feliz del mundo». No cambiaría nunca de opinión, ambos lo sabían, pero a Carmen Rosa le agradaba y la enternecía ese amor inmarchitable y sin recompensa del turco Avelino, que se mantenía lozano a través del tiempo y las circunstancias, a través de la pobreza y de la abundancia, sin que ella lo hubiera alentado jamás en forma alguna.

Tomó una calle transformada de ayer a hoy, hilera de muros de colores diversos, sucesión de rosados techos de tejas, no casas blancas y coronadas de paja como las de antaño, y desembocó frente a la iglesia de la Virgen del Valle, levantada a pulso por las manos de Luciano Millán y sus margariteños. Nunca rindieron cuenta el padre Toledo y doña María Eduvigis de Cova de la colecta que realizaron para construir un templo, ni tampoco del cemento y las maderas que con tal fin obtuvieron de la Compañía. Pero Luciano Millán y sus margariteños edificaron en pocas semanas aquel caserón de bahareque y zinc, al cual solamente le faltaban las campanas para ser una verdadera iglesia. El curita nuevo, un merideño desmirriado cuya delgadez contrastaba con los contornos amondongados del padre Toledo, colgó de una viga del techo unos cuantos fragmentos de tubos de taladro y los hacía sonar a falta de campanas. Al golpearlos con un martillo desparramaban por el pueblo variados sonidos de acuerdo con los diversos espesores y diámetros, e incluso lograba arrancarles un doble de difuntos doloroso y conmovedor.

La misma calle al prolongarse la condujo a una plazuela ruidosa, suerte de mercado al aire libre, gritería circundada de kioscos y tarantines. Allí estuvo antes la gallera del tuerto Montero pero ahora era una explanada estallante de estridencias y tufos. La pelambre de un italiano o los bigotes de un libanés asomaban por entre las ollas y cacerolas en ringlera, o el trasluz de los chinchorros y las piezas colgantes de muselina, o al pie de las ristras de zapatos anudados por los cordones, o debajo de las botellas thermo pendientes del techo como lámparas. Chirriaba la manteca en las sartenes, y un vaho de frítangas emanaba de los kioscos donde los chinos vendían empanadas y costillitas de lechón. Carmen Rosa se mezcló al alboroto que inundaba la plazuela, a la comparsa de hombres y mujeres que hablaban lenguas diversas y vestían trajes diferentes, a las negras trinitarias o martiniqueñas con pañuelos rojos sobre los hombros, a los españoles blasfemantes e impulsivos, a dos indios del Cari que corrían tras una gallina en fuga, a un grupo de obreros con cascos de aluminio que regresaban del trabajo, a un hindú envuelto en una sábana blanca. Todos gritaban o gesticulaban con los brazos alzados al vender o comprar las cosas más disímiles: navajas de afeitar, pantaletas rosadas, peras y manzanas de California envueltas en papel de seda, gallos de pelea, neumáticos de automóvil, alfileres de oro, cigarrillos rubios de contrabando, ron de Jamaica.

El vocerío de los choferes atronaba por encima de los demás gritos:

—¡A Ciudad Bolívar voy!

—¡Estoy saliendo para Barcelona y el Puerto!

—¡Hasta Caracas lo llevo!

Carmen Rosa logró finalmente abrirse paso, no sin antes lanzar una mirada enfurecida a uno de los choferes que le dijo en voz baja e insolente:

—¡A usted la llevo gratis donde le dé la gana!

Más adelante quedaba la farmacia de Secundino Silva pero su dueño no la atendía aquella tarde, sino un sobrino suyo que vino desde Ciudad Bolívar a trabajar como su ayudante. La verdad era que el aguardiente había comenzado a hacerle daño al pobre Secundino. Hasta pesimista se volvió en lo últimos tiempos y hablaba de morirse, idea que nunca antes le pasó por la mente, cuando lo asaltaban al atardecer unos vértigos que sólo se aplacaban con un brandy doble. Se mantenía, sin embargo, firme en sus convicciones revolucionarias y recibía de Caracas unas revistas políticas que echaban candela, según su propia expresión.

Junto a la botica estaba un cine, uno de los tres cines que funcionaban en Oficina N° 1. Acababan de encender las luces porque había comenzado a oscurecer y anunciaban un film de gánsteres y balazos que Carmen Rosa no iría a ver. Por lo general no coincidía su gusto con el del público del lugar. En cierta ocasión, cuando ella se hallaba conmovida y apasionadamente interesada por la trama de una película italiana, los espectadores estallaron en alaridos de protesta y amenazaron con romper las sillas.

Llegó luego a una esquina iluminada por el neón tricolor de cuatro bares. En uno de ellos, «El Trocadero», se jugaba al billar y desde la calle se escuchaba el topetazo de marfil contra marfil. Sobre la ventana de la casa vecina refulgía un letrero, también en luz de gas neón:

SUSANA TIENE UN SECRETO

Susana en rojo, tiene un secreto en verde. Cuando se apagaba Susana se encendía Tiene un Secreto y cuando se apagaba Tiene un Secreto permanecía encendida Susana.

Susana se había enriquecido, como tantos otros. Fue a Caracas y regresó con muchachas de diversos tipos y con un aparato eléctrico que cantaba *parlez-moi d'amour* con voz cascada y excitante de mujer borracha.

La gallera nueva estaba cerrada. Desbordaba de luces en cambio el botiquín del italiano Manfredi y en su interior discutían dos clientes medio borrachos acerca del sitio de Moscú por los ejércitos nazis.

—¡Acuérdate de lo que le pasé a Napoleón!

—llegó a los oídos de Carmen Rosa.

En sentido contrario, con los grandes faros encendidos, venía uno de esos camiones gigantescos, de ruedas dobles e interminable plataforma, manejado diestramente por el Morocho Alegría, que ahora no peleaba a puñetazos en los cabarets ni iba a la cárcel. Carmen Rosa respondió a su saludo y a su sonrisa y abandonó la vía ancha que la había traído para meterse en una torcida y angosta como el lecho de una quebrada. Estaba ya en el laberinto de las calles iniciales del pueblo, de las que nacieron en las inmediaciones del primer taladro. Pasaba por frente a la posada de las Maita, siempre en el mismo sitio, siempre con su patio interior, donde cantaban los gallos al pie del naranjo tiñoso Y sin frutos Julia Maita, la mayor, estaba parada ala puerta, mirándolo todo con los anteojos que le recetó el oculista recién llegado de Maturín.

—¿Cómo estás, Carmen. Rosa? ¿Por qué no entras a conversar un rato conmigo?

No entró. Julia Maita se quejaría de la situación, del precio de los huevos que estaban por las nubes, del acueducto que tanto prometían y nunca construían, y le explicaría cuánto esfuerzo le costaba competir con los dos hoteles nuevos, especialmente con el más moderno que tenía como veinte cuartos y les concedía licencias incalificables a los huéspedes. Sin embargo, Carmen Rosa sabía a ciencia cierta que la posada de las Maita estaba llena invariablemente de agentes viajeros y sabía asimismo que fueron las Maita las primeras en depositar dinero en el banco, cuando abrieron una sucursal en Oficina N° 1.

Prefirió visitar a Clímaco Guevara en el local del sindicato. Ninguno se imaginó que Clímaco Guevara escaparía de la muerte cuando lo vieron llegar al pequeño hospital de la Compañía, inconsciente y bañado en sangre, con la columna vertebral y varios huesos del brazo y la pierna fracturados, ni cuando volvió en sí, aventado como un ahogado y respirando a duras penas. Le hicieron varias operaciones, lo metieron en un chaleco de yeso, le atravesaron los huesos con alambres finísimos de acero, pero Clímaco Guevara no recordaba nada de cuanto sucedió en el hospital, como tampoco tenía memoria de los hechos que transcurrieron durante las cuatro semanas

anteriores al accidente. Lo importante era que no entregó el alma como todos creían, aunque quedó paralítico para el resto de su existencia. El médico afirmaba que solamente el espíritu de pelea contra la fatalidad que alentaba en el corazón de Clímaco, su empeño en aferrarse a la vida con todos los garfios de sus huesos rotos, lo habían librado de la muerte. Y esgrimía como argumento, en defensa de su aserto, que otros hombres caídos de la altura de los taladros, con lesiones mucho más leves que las de Clímaco Guevara, morían indefectiblemente.

Clímaco Guevara se trasladaba de un lado a otro en una silla de ruedas y vivía en el local del sindicato, asistido por las mujeres de los obreros. En un cuarto del fondo trabajaba la imprenta y hasta Carmen Rosa llegó el olor áspero de la tinta y el golpeteo de la prensa plana que editaba El Taladro. Unos ojos de indio la contemplaron desde un rostro negro cuando Clímaco Guevara se aproximó a ella impulsando con sus propias manos las ruedas del carrito de inválido.

—Vale la pena seguir viviendo para mirarla a usted tan bonita

—dijo.

Carmen Rosa prosiguió su caminata. Donde antes quedaba la Jefatura Civil de Gualberto Cova existía ahora una plazuela cercada por árboles de mango. Carmen Rosa tomó una enrevesada callejuela en zig-zag, una de las seis trochas anárquicas que partían de la explanada y fue a dar al taller de sus dos compadres, Luciano Millán y Tony Roberts, quienes seguían trabajando a esa hora no obstante que ya la noche se había metido de rondón en el pueblo.

De Luciano Millán, tendido cuan largo era debajo de un automóvil, sólo se veían los zapatos que asomaban por entre las puertas. Tony Roberts, por su parte, escudriñaba el motor con una lámpara de minero adaptada a la frente. Carmen Rosa saltó por sobre un rimero de cables, tuercas, barras metálicas y envases oxidados.

—¡Trabajando a estas horas! ¿No les da vergüenza?

—Es que tenemos que entregar este carro mañana al amanecer

—se disculpó Tony Roberts.

Carmen Rosa se quedó un rato de palique con el americano. El taller tenía trabajo de sobra, tal era el número de automóviles que circulaban en el lugar o lo cruzaban provenientes de los cuatro puntos cardinales. La propia Compañía acostumbraba reparar vehículos suyos en el taller, a pesar de las cosas inconvenientes que Tony Roberts solía decir cuando se tomaba más de seis cervezas, pequeñas indiscreciones que de fijo no le agradarían a mister George W. Thompson en el caso fortuito y harto improbable de que le tocara escucharlas.

Los sábados por la tarde refunfuñaba acodado en el mostrador de la botica:

—Ya le han sacado a este brazo de sabana millones y millones de dólares. Tantos millones que usted, mi querido amigo Secundino Silva, se moriría del susto si Tony le dijera la cifra exacta. Los accionistas de la Compañía, que nunca han visto esta sabana ni en fotografías se han comprado yates, palacios, escuadras de automóviles, colecciones de platos de porcelana, gargantillas de brillantes

para las coristas; han ido muchas veces a Hawái, a la Semana Santa de Sevilla y a la ruleta de Montecarlo; han importado masajistas, pedicuros y cocineros franceses. Mientras tanto, los hijos de los obreros que sacaron el petróleo comen tierra junto al rancho. Mientras tanto, mi querido amigo Secundino Silva, el aguardiente, el analfabetismo y la desnutrición son las tres divinas personas de este Paraíso.

Carmen Rosa anduvo nuevamente. Era una noche fresca y el viento batía espléndidamente las llamas de los mechurrios. En los mil recodos de la sabana se alzaban aquellos tubos negros que quemaban el gas sobrante, tremolando banderolas de fuego en medio de las tinieblas, rezongando salmos misteriosos con sus lenguas de candela azulosa y amarillenta.

Carmen Rosa caminó de improviso hacia el antiguo pozo Oficina N° 1, hacia el sitio donde antaño se irguió la cabria de Oficina N° 1 y donde ahora quedaba apenas una tubería simbólica, árbol de acero con muñones de manubrios, paraje cercado por una verja de hierro en cuyo tope se leía una inscripción en letras mayúsculas:

SE INICIÓ LA PERFORACIÓN DE ESTE POZO OFICINA N° 1 EL 23 DE FEBRERO DE 1933 Y FUE EL PRIMER POZO PERFORADO EN LOS LLANOS DEL ESTE DE VENEZUELA. FUE COMPLETADO EL 16 DE JULIO DE 1937 A UNA PROFUNDIDAD FINAL DE 6.184 PIES. LA PRODUCCIÓN INICIAL FUE DE 1.327 BARRILES DE PETRÓLEO POR DÍA.

PRODUJO 729.489 BARRILES A FLUJO NATURAL, DESPUÉS SE PUSO EN FLUJO ARTIFICIAL Y PRODUJO 375.432 BARRILES MÁS. TOTAL: 1.104.921 BARRILES.

Una luna inmensa y deforme, calabaza de luz, vientre desnudo de un niño de fuego, asomaba por encima de los techos cercanos. Carmen Rosa enrumbó finalmente sus pasos hacia «La Espuela de Plata», donde la esperaba doña Carmelita rezando su rosario y estremecida de vejez y de temores. Al pie de un farol jugaban cuatro muchachos: un negrito descalzo, el hijo rubio de un perforador americano, un chinito de la lavandería y Lucas Tadeo, el menor de la catira Hortensia. El negrito, capitán de la guerrilla, arengaba a su hueste:

—¡Al asalto! ¡A tomar a Berlín! ¡Vivan los milicianos de Oficina N° 1!

Todos cuatro habían nacido en el pueblo y se sentían orgullosos de su origen, tal como si hubieran venido al mundo en una gran ciudad.

Table of Contents

MIGUEL OTERO SILVA

Sinopsis

OFICINA N° 1

CAPÍTULO I - RUPERTCAPÍTULO II - LUCIANO MILLÁNCAPÍTULO III - FRANCIS J. TAYLORCAPÍTULO IV - EL INDIO GABINOCAPÍTULO V - PETRÓLEOCAPÍTULO VI - LA GRETAGARBOCAPÍTULO VII - CHARLES REYNOLDCAPÍTULO VIII - OLEGARIOCAPÍTULO IX - LUZ ELÉCTRICACAPÍTULO X - EL PADRE TOLEDOCAPÍTULO XI

- EL TUERTO MONTERO CAPÍTULO XII - LA CUBANA CAPÍTULO XIII - MATÍAS
CARVAJAL CAPÍTULO XIV - CARMEN ROSA CAPÍTULO XV - CLÍMACO
GUEVARA CAPÍTULO XVI - MIREYA CAPÍTULO XVII - OFICINA N° 1